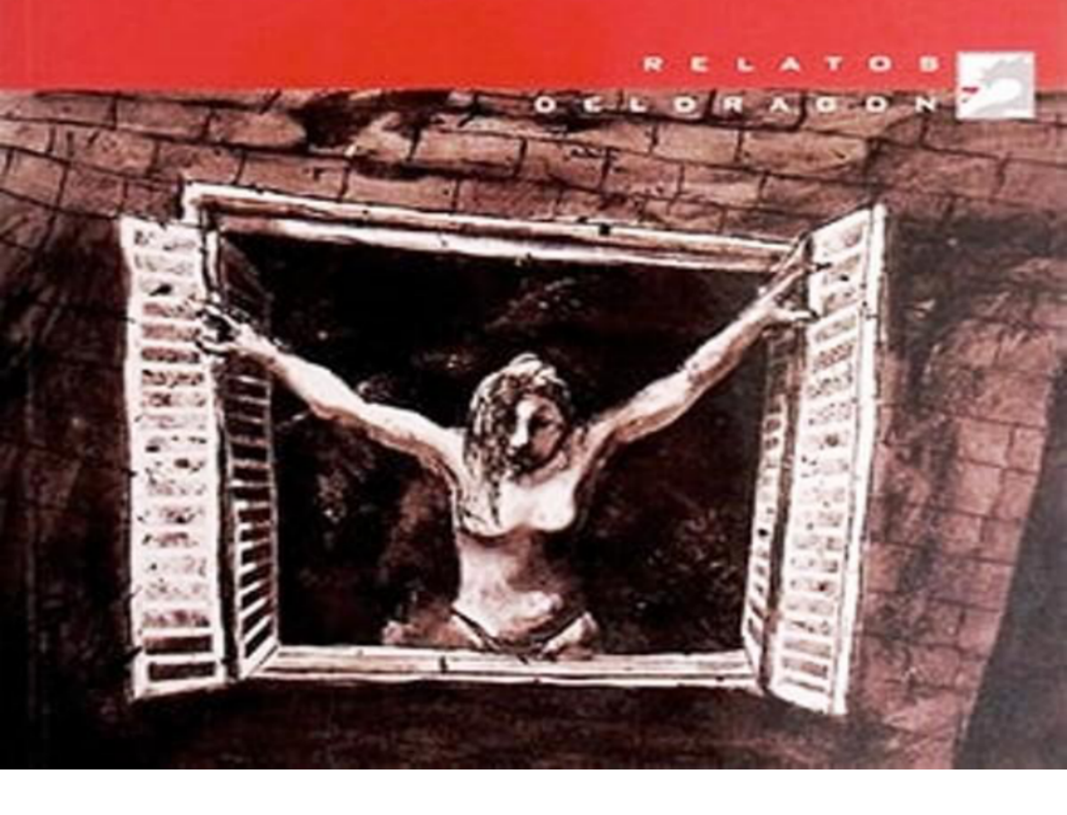
Inés Arteta

CHICAS BIEN



CHICAS BIEN

INÉS ARTETA



A Armando

Ah! Lindos tiempos del Parque Goal del Ocean, el Moulin y El Edén,
donde llegaban chicas bien de casas mal con otras chicas mal de casas bien.
Hoy, quince abriles que ando por el centro! Ya no existen El Cairo, El Cotton Club.
Siempre buscando aquello que no encuentro calor de hogar, familia, juventud.

De Pucherito de Gallina, de Roberto Medina.

Cama sin sábanas*

* Primer finalista en Saint Adrià de Besòs 2005.

Fumo un cigarrillo debajo del tilo. Lo fumo casi tragándolo. Es de noche, mis hijos duermen y hay silencio. Las ventanas de la casa están oscuras salvo la de mi cuarto. Como tantas noches, imagino que hablamos. Te cuento mi día, lo narro para vos: El reloj sonó a las seis y media. Despertarme es siempre un alivio, dejo de soñar con vos. Quedé cinco minutos retozando: dos para acordarme quién soy (sí, dramatizo, ya sé), y otros tres minutos para organizar las tareas del día y al fin sacarme de la boca el regusto del despertar. Imagino que dirías: ahí está lo importante, nena.Ahí.Te juro que si hubiese una píldora que provocara una lobotomía de sueños y pesadillas, la tomaría ya mismo. El cerebro liso. Sin los surcos y recovecos que enroscan la frase te extraño, te extraño, te extraño, hasta estrangularla y escurrirla por una gárgola negra que es la conciencia y que la obliga a licuarse.Ya en el sexto minuto después del ti-tin, ti-tin, hacía un esfuerzo terrible por tapiar la imagen de nuestra cama sin sábanas, que se empecinaba por zafar de la conciencia, tan competente. Ya sé, no le hacemos mal a nadie. Pero desde tus ojos, mi vida se ve demasiado fácil. Discutimos. Dudo si omitir o contarte que mientras me esforzaba por despertarme y regresar a mi vida, se me aparecía el eco de la pesadilla anterior: yo misma contándole a Juana, mi vecina, mis volteretas en tu cama sin sábanas y justo mi cuñada tocando el timbre como un porrazo de realidad. Nunca le contaría a Juana de vos, porque Juana es, además de mi vecina, mi amiga y amiga de otras amigas, y una amiga no puede sostener sola el peso de ninguna información, Juana tendría que alivianar la carga con otra amiga.

Dudaba si contarte esa parte porque hay cosas de mí que no te cuento, con vos puedo inventarme.
Un minuto con la cara bajo el chorro de agua fría para avivarme del todo, dejar que la conciencia erija tabiques bien altos. El flequillo empapado, dentífrico en la boca y tres buches. Me convertí en pura realidad; entonces podía festejar que era lunes por fin y empezar a visualizarlo de principio a fin, de cabo a rabo, de sol a sol; con la tarea de cada lapso de ese lunes en particular, idéntica a la de cualquier otro lunes en general.

Me vi en el espejo. No me miré, me vi cuando me agachaba a pescar las pantuflas del estante de abajo. No era para nada la misma mujer que veo desde tus ojos. Después, las pantuflas: plaf, plaf, y bajaba las escaleras en musculosa blanca, esa de camionero que me gusta tanto, y la bombacha que no fue furor en la cama sin sábanas porque enseguida volaba por el aire y ahora me hace ruborizar. Puse el agua para el café. Saqué la leche de la heladera. Le metí la nariz al corte del sachét para asegurarme de que durante la noche no se hubiese agriado. Estaba buena. Saqué la manteca. Plaf, plaf hasta el cuarto de mis hijos.
Y, sí, una tiene hijos.
Y por más que una se queje: menos mal. ¿O no?, ellos nos hacen sentir que estamos en el mundo por un motivo irrefutable. Arriba, arriba, vamos, vamos, y corrí la cortina. La más chiquita decía que se sentía tan mal, tan mal. Busqué el termómetro.Treinta y seis nueve.Te falta una rayita para fiebre, le dije.Y mientras levantaba ropa sucia del piso, le di un sermón sobre el esfuerzo: que no seas tonta, mucho peor es faltar, después te atrasás y no entendés nada de lo que explica la maestra. Ella insistía: en serio, ma, me siento tan mal, te lo juro por mi vida (exagerada como la madre, dirías). Yo también insistía, ahora abrazada al pilón de ropa sucia, haciendo una perorata sobre la responsabilidad, mirá tu papá cómo trabaja tanto por nosotros, en definitiva ir a la escuela es la única responsabilidad que vos tenés. Por fin conseguí tenerla vestida y tomando café con leche y tostadas con manteca con los demás hijos. Me dio un poco de remordimiento. La pobre tenía una carucha. Pero una tiene que enseñarles a ser valientes y que las cosas que hay que hacer, hay que hacer.
Además era lunes, la casa por fin para mí sola.
Preparé las viandas y, de sorpresa, le puse una moneda a cada uno para el kiosco del recreo.
Se fueron.
Comenzaba el mejor momento del día. ¿No? El silencio de la casa para mí sola, porque mi marido, que hubiese tardado una hora más en irse, estaba de viaje. Plaf, plaf hasta el silloncito de mimbre al lado de la ventana y meter los pies debajo del almohadón con la taza en una mano y el diario en la otra. Lunes: fin del sábado y domingo y los chicos gritando y corriendo y saltando de acá para allá y la suegra criticando las ensaladas a pesar de que le hice su preferida, la mismísima criolla con ajíes de tres colores, (aunque me hubiese olvidado de remojar la cebolla y entonces se le repita). ¿Qué te digo? Que el día todavía estaba pálido y el pasto tenía una escarcha blancuzca que más que hielo parecía tiza. Me hago la poeta. Narro como si cada cosa que una mira, cada evento que una vive, pudiese tener un sentido especial. Un pájaro azul picoteaba el pasto. Cómo

hace para no helarse, me estaba preguntando, distraída en mi regodeo de lunes de taza humeante y el encontrarle el sentido poético a los detalles. Entonces me di cuenta de que la tiza blanca sobre el pasto no era escarcha sino el reflejo del amanecer que estaba sucediendo en otra parte más allá de mi jardín. Estamos en noviembre y en noviembre no hiela. El pájaro tenía el pecho gordo y el plumaje azul, era algo así como real. Brillante. En mi ánimo poético, sentía que él y yo, en esa mañana de silencio, nos entendíamos. Debía estar ahí para decirme algo. Transmitirme un mensaje. Pero no sabía cuál. Se paraba en sus patas bien estiradas y torcía la cabeza hacia atrás con un porte condescendiente, del que baja de las alturas. En eso: ¡zap! El pajarito picoteó el pasto y enseguida le colgaba una lombriz del pico.
Como mi marido estaba de viaje, podía aprovechar para remolonear, para hacer un suspenso en mi vida y dejarme de buscar el sentido poético de las cosas.Aún tenía cuatro horas de silencio, y para tender camas y poner la ropa en el lavarropas y levantar los escombros del fin de semana. Nunca hago eso de remolonear porque hay tanto que hacer..., y porque seguro que vuelven los sueños y después ando todo el día boleada, sacándomelos de encima. Pero ese lunes sin marido, a pesar de que la casa parecía sacudida por un tornado, no pude resistir la tentación de tirarme un ratito más y recordar. Hasta que sonó el timbre. Ni llegué a ponerme el batón por la insistencia del ring. Era Juana. Vino con las mellizas en el cochecito. Lloraba y le di café. No le entendía mucho porque hablaba entrecortado. Le hice un café y le unté una tostada pero no la quiso porque estaba gorda. Ahí el llanto era un estruendo y los ojos como los de un chino. Empecé a entenderle algo de lo que decía y todo tenía que ver con la gordura. Las dietas no le servían. A mí no me parece que esté tan gorda, pero viste que hoy en día las revistas y la tele te llevan al raquitismo.
Vos porque sos flaca, dijo.
El viernes anterior había sido el cumpleaños de Juana y yo le llevé un biscochuelo de vainilla con cobertura de chocolate. Juana soplaba las velitas y el marido le dijo: Meté la panza, querés.
Lo hubiese matado. Imbécil.
Pero igual el tema de la gordura me aburría. No parece un tema para andar llorando en la cocina de tu amiga. A mí me gustaría ser gorda. Comer y comer en noches como la de ayer en vez de masoquearme con esta conversación ficticia y sentir que me muero de lo que te extraño.Y cigarrillos.
Una tiene ciertos derechos, decía Juana, a vos qué te parece. Sexo al menos una vez por semana. No pido tanto.
Ahí empecé a interesarme.
Entonces dijo que la noche anterior (o sea el domingo) había convencido al marido de hacer el amor gracias a la música y dos velas

azules. Y que cuando ella estaba arriba de él, a punto de por fin conseguir lo que hacía tanto se le escabullía, el marido le dijo: Parecés un buda.
De golpe, no sé por qué, tal vez para hacerla tener fe, de que viviera más allá de la indiferencia o maltrato del marido, ¿no?, abrí la boca. Le conté.Yo, que siempre soy de escuchar y me guardo las cosas, siempre, siempre, vengo a abrir la bocaza.
Juana se calló y me miraba con ojos como limones. Las mellizas meneaban sus chupetes y también me miraban, como si entendieran. Juana ya no lloraba. Se refregó las manos y dijo que había que festejar. Iba a la despensa y traía galletitas de chocolate.
Guacha, me decía, guacha. Te lo tenías guardado. Contá.
Le conté todo con lujo de detalles. Culpa de la modorra por andar retozando cuando hay tanto que hacer y los ojos como pegados y no poder poner la cabeza en marcha.Tal vez fue por eso. La casa que era un asco y yo en bombacha y musculosa, y el timbre que sonaba de nuevo. Si es mi cuñada, lo soñé, le dije a Juana. Ley de Murphy, sí. Veía a mi cuñada por la ventanita al lado de la puerta.Agaché la cabeza y volví a la cocina. Shh, le dije a Juana con un dedo cruzando mi boca. Quería amordazar a las mellizas que gateaban sobre el mosaico. Si las mellizas hacían ruido y mi cuñada pegaba la cara al vidrio de la cocina y se daba cuenta de que no había salido al supermercado como pensaba decirle; era todavía peor a que me viera a las diez y media con los pelos parados y en bombacha y musculosa: letra para las quejas de mi marido.
Ring de nuevo.
Juana se tapaba la boca con las dos manos para esconder la risa. Parecía como si mi amiga hubiese llegado apagada y ahora se encendiera. Por mi cuento, claro. Se olvidaba de sí misma como víctima y ya se estaba viendo de prima dona entre las otras como nosotras porque tiene un cuentazo para contar. Nos pasa, competimos por los cuentos acerca de otras que ese día no estén, ¿sí? Eso le decía cuando zafamos de mi cuñada: vas a andar contándolo y vas a contar un cuento distinto y no vas a contar que te lo conté porque lo soñé. Las mellizas se habían dormido en el cochecito con sus chupetes, una frente a la otra.
Nada que ver, soy tu amiga, confiá en mí, decía Juana.Y pedía detalles. Que si en la cama sin sábanas te supo esperar y el nuevo olor y si te hizo esto, te hizo aquello, y dónde lo conseguiste y tuviste la sensación de que tenerte ahí fue lo mejor que le pasó en su vida.
Eso sí que me haría adelgazar, dijo.
De golpe mi cuento sonaba chabacano. Aunque lo adobaba con anilina color aventura, la boca se me estiraba por la sonrisa y le describía las caricias sumisas y parsimoniosas a lo largo de la columna con las

palmas de las manos, como hechas con una pluma, los besos en las orejas, las palabras,no lo puedo creer, y mi llanto de gratitud.
Entonces me callé. Juana esperaba. Esperaba qué, me preguntaba.
Te enamoraste, dijo.
El piso de la cocina estaba frío. Me levanté. Puse un repasador sobre el mosaico, me senté otra vez y prendí un cigarrillo.
No es eso, dije, para nada convencida de que entendiera.
Claro, dijo ella. Ser protagonista.
No fantasees con camas sin sábanas, le dije de repente. Es todavía peor. Después andás con el frustre agriando la boca.
Por la culpa, me preguntó.
Por el dolor de la imaginación, dije.
Ella no entendía, no podía entender. Insistía: yo no pido tanto.
Ni vos ni yo tenemos plata para separarnos.
Quién habló de separarse, dijo.
Qué conseguís, seguía yo, como si nada. La casa sin el marido y todo igual que antes, sólo que sos una divorciada que de vez en cuando liga una cama sin sábanas, que ya no tiene el mismo gusto porque entonces es permitido, como es permitido hablar de relación que crece y de futuro.
Vos porque sos flaca, dijo Juana.
Maldije el momento de haber abierto la boca.
Qué tiene que ver la flacura y la gordura, dije. Qué futuro tenés cuando ya tenés los hijos y son de tu ex marido, insistí a los gritos. No vas a meter al tipo en tu casa. Una porque se te arma con tus hijos y otra porque es llovido sobre mojado.
Quién habló de separarse, dijo.
Cama sin sábanas a escondidas, grité ahora. Andás todo el día con un bollo en la boca del estómago, la cabeza en otra parte, queriendo siempre lo que no tenés y lo mismo llega la repetición. Siempre llega la repetición.
Te pasa algo, dijo.
Parecía mi marido, siempre pregunta si me pasa algo y suena como si dijera que soy tarada. Entonces dije: No me pasa nada, solo te digo que querer lo que no existe, duele más.
Me daba cuenta de que gritaba, pero no podía bajar la voz.
Te enamoraste, dijo.
Juana no entendía. Dije: en las camas sin sábanas al principio es todo que sí y de repente estás haciendo todo vos.Allí también estás suplicando que te quieran.
Yo no pido tanto, insistió.
Las mellizas se despertaron y lloraban muertas de hambre. Juana me miraba, como esperando. Pero ya había dicho demasiado. Ella se iba diciendo que me llamaba a la tarde, yo le dije que mañana, tenía

mucho que hacer.
Subí las escaleras para cambiarme y me di la orden de dejar la casa impecable, lavar todo y tenderlo derechito y las zapatillas blanquísimas, y en castigo por bocona cocinar ñoquis de sémola que me dan tanto trabajo, y dejar la cavilación para la noche, la hora del cigarrillo debajo del tilo y, como ahora, mirar mi casa desde el jardín, hablar al aire e inventar mi charla con vos. Aunque hoy suene diferente. Me doy cuenta de que conozco de memoria tus observaciones, tus burlas, tus chistes para demostrar tu inteligencia al mismo tiempo que mi candor, abulia y cobardía. Y sometimiento correspondido. Me doy cuenta de la enorme distancia entre vos y el hombre que invento. No le llegás ni a los talones.
Siento que envejecí.

El 08*

* Primer finalista en Saint Adrià de Besòs 2006.*

En años noventa a todos nos iba bien o pronto nos iría bien. Teníamos la vida por delante y vendría llena de prosperidad. La imaginábamos como un momento radiante detrás de otro. De todos nosotros, al que mejor le iba era a Alejandro Galardé.

Galardé trabajaba para unos franceses que le pagaban una fortuna. Usaba trajes oscuros, traba en la corbata y zapatos brillosos de Botticcelli. Estaba casado con Vicky Galardé, una chica rubia, de ojos azules y el modo muy suave.Vivían en un country, tenían un cócker spaniel campeón de cóckeres spaniels y dos hijos medalla de oro en un colegio bilingüe. A nosotros no nos iba muy bien, pero estábamos convencidos de que muy pronto progresaríamos, tal vez no tanto como Alejandro Galardé, pero seguro progresaríamos, porque en aquella época parecía que la dicha y la bonanza le llegaban a todo el mundo. César había dejado su trabajo porque estaba seguro de que enseguida conseguiría otro trabajo mejor. Ya habían pasado tres meses y todavía no había conseguido otro trabajo, ni siquiera peor. Con la idea de achicar gastos, le vendíamos el auto a los Galardé. Era un Mitsubishi del setenta y cuatro color azul, muy gauchito, que yo adoraba porque había sido de mi abuelo. Me lo había regalado hacía cuatro años, para el casamiento, y jamás nos había traído problemas.

Ese día sonó el portero eléctrico a las dos de la tarde:
Isa, soy yo, Ale.
Me había olvidado de que Alejandro venía a traerme el 08. El 08 es un formulario que llenás con los datos del auto que vendés.Yo tenía que firmarlo y Alejandro se llevaba el formulario firmado y el Mitsubishi. Apreté el botón para abrir la puerta de abajo. Me pregunté por qué habría convenido con Alejandro para ese día y esa hora, si estaba tan apurada, tenía una hora para bañarme y salir a Expo Auto, donde trabajaba de promotora. Debí haberle dicho que viniera el sábado por la tarde. Pero Alejandro ya estaba subiendo, así que trataría de terminar con el trámite lo más rápido posible y enseguida aprovechar la hora que tenía para lavarme el pelo y planchar el trajecito blanco, mi uniforme en Expo Auto.

Apenas le abrí la puerta, noté algo raro. Alejandro inclinaba las cejas y se frotaba las manos. El traje gris era impecable, no tenía una sola arruga. Estuvo un rato larguísimo con la cabeza inclinada, mudo. Después dijo mi nombre en un tono tan dramático, que temí que estuviera pasando algo malo, y siguió:
Tengo que hablar con vos, Isabel, por favor.
De los nervios, desvié la conversación. Le pregunté si quería tomar o comer algo. Dijo que tenía un hambre bárbaro. Fui a la cocina maldiciendo mi boca, ahora me quedaban cincuenta minutos para lavarme el pelo y tendría que irme sin planchar el trajecito. Saqué un lactal de la heladera. Le puse mayonesa y una feta de jamón. Planté dos hielos en un vaso y llené el vaso con agua de la canilla. Mientras tanto, especulaba con lo que Alejandro tendría para contarme. Seguro que era algo malo de Vicky, tal vez tuviera cáncer. Y pensar que son tan felices, me dije. En dos semanas se iban de luna de miel a Río por el octavo aniversario y nosotros les cuidaríamos la casa, los hijos y el cócker.
No doy más dijo Alejandro cuando volví al living con el sándwich y el vaso. Estaba sentado en la punta del sofá, del lado de la ventana. Apoyaba los codos sobre las rodillas. Apoyé el sándwich y el vaso sobre la mesita ratona y me senté en la silla frente a la ventana. Lo que debe ser mi pinta, pensé cuando me acordé que tenía el pelo sucio atado en una cola de caballo, y estaba en jogging.
¿Trajiste el 08? dije, y enseguida me arrepentí. No estaba siendo empática con el drama que Alejandro había instalado entre nosotros apenas llegó. Dijo que sí y puso el formulario sobre la mesa. Fui a la cocina a buscar una birome. Mientras abría cajones, dije que Vicky iba a estar chocha, el Mitsubishi es un auto ideal para una mujer, tiene veinte años pero es mucho más confiable que uno nuevo, viste cómo son los autos japoneses, jamás la va a dejar en la calle. Imposté un tono jovial para disimular la envidia que me daba Vicky y su vida linda con Alejandro.
Isa dijo Alejandro cuando volví a sentarme en mi silla. Lo que voy a decirte es en serio. No creo en los psicólogos, los psicólogos complican las cosas. Mucho mejor es decir la verdad directamente.
Enseguida sentí rabia, parecía como contar billetes frente a los pobres. Para qué necesitaría un psicólogo alguien que tiene todo. Después le vi la cara de fatalidad y me remordió la conciencia. Miré el reloj. Me quedaban cuarenta minutos. Alejandro se puso de pie. Mientras se sacaba el saco, noté que le temblaban las manos.
Tengo una contractura terrible dijo, mirándome con cara de dolor. ¿Sos buena haciendo masajes?
Yo estaba inclinada sobre el formulario con la birome en la mano. Qué masaje ni masaje, me dije. Era necesario que terminara con este

asunto lo antes posible, que Alejandro me mostrara adónde firmar y se fuera de una vez. Pero tal vez sería más rápido, como muchas noches con César, si hacía lo que él quería. Además, tampoco era cuestión de espantarlo y que no nos comprara el Mitsubishi. Entonces me paré detrás del sofá y le friccioné los pulgares sobre los hombros. Alejandro cerraba los ojos. Después de un rato, espié el reloj: treinta y cinco minutos. Solté su espalda y vi la camisa marcada con mis dedos sucios. Le dije que estaba apurada, que tenía que ir a trabajar.
Voy al grano, Isabel dijo, y se tapó la cara con las manos. Después siguió, todavía desde atrás de sus manos. No doy más, no puedo seguir así.
Me apoyé contra el respaldo de mi silla y crucé los brazos, atenta.Alejandro había sacado su cara de tragedia de las manos. Parecía a punto de llorar. Tenía tan pocas ganas de escuchar una tragedia. Lo que yo quería era ponerme el trajecito blanco de Expo Auto y sonreír toda la tarde como si la vida fuese un momento radiante detrás de otro.
Me parecés muy atractiva, Isabel dijo Alejandro, de golpe.
Mordisqueé la punta de la birome. Pensé. Pensé. Pensé. La frase no quería decir nada. El hombre que me había contratado para promotora de Expo Auto había usado la misma palabra antes de darme el trajecito blanco. Se me ocurrían frases tan neutras e inocuas como Río de Janeiro debe ser divino en agosto o a Vicky le queda tan lindo el pelo corto, pero no dije nada.Alejandro me miraba fijo, como esperando.Tenía la frente brillante de sudor y se pasaba la lengua por los labios. Noté que había dejado su saco sobre el sofá. Tal vez debajo del saco había un grabador escondido y me estaría grabando para una prenda o una apuesta o una de las cargadas típicas del grupo de amigos de César. Si abría la boca, mi voz quedaría grabada en el casete y otra vez sería el hazmerreír del grupo. Isa, callate, me dije. Por el amor de Dios, cerrá tu bocota. Hacía poco había caído en una trampa parecida. Otro amigo me había llamado por teléfono diciendo que me quería contratar para una propaganda de apresto para planchar. Me preguntó si tenía problema en salir en televisión en ropa interior y yo mordí el anzuelo como una mojarrita. Dije que no tenía problema y el que me llamó dijo que el apresto no planchaba los pliegues de mis nalgas, chau, hasta la próxima, ja, ja. Después pasaron la grabación en un cumpleaños y todos se desternillaron de risa de mí.
Para no decir nada mordí una punta del sándwich de Alejandro.
No puedo dejar de pensar en vos, me estoy volviendo loco dijo.
Yo seguí muda, masticando.
Se inclinó hacia mí.
¿Qué me decís? dijo. Estiró un brazo y tocó mi mano, la mano que sostenía el sándwich.

¿De qué?
De lo que te acabo de decir.
¿Por eso nos invitás todos los fines de semana a tu casa?
No, no. Nada que ver. La pasamos tan bien los cuatro...
Entonces.
Entonces qué.
Me estás invitando a un telo.
En el barrio había tres telos. Unos meses antes de este día lo había visto a Alejandro entrando con el auto a la cochera del telo sobre Sinclair, ese de paredes color rosa y cortinita de plástico tapando la entrada. Iba con una rubia, y pensé que sería la secretaria. Pero no, era Vicky.
Te estoy preguntando si sentís lo mismo que yo.
Qué sentís.
Que no puedo vivir sin vos.
Me dio un ataque de risa. Me reí y me reí y me reí. Disculpá, dije. No sé por qué me reía, si es tan difícil resistirse a un halago. Abrí la ventana para que entrara el aire y el aire frenara mi risa. Saqué la cara hacia afuera. El Mitsubishi estaba estacionado en la esquina. Lo apunté con un dedo. Allá está, dije. Me imaginé a Vicky manejándolo por la Panamericana y al cócker lamiendo los vidrios y los hijos medalla de oro sentaditos y abrochados con el cinturón de seguridad. Me di vuelta y vi el formulario sobre la mesa. Distinguí una crucecita al lado del número de mi documento. Firmé y dije: perdoná el apuro, pero tengo que irme a trabajar, si llego tarde me lo descuentan. Cuando Alejandro ya estaba en la puerta del ascensor, se detuvo y me pidió que fuese un secreto entre él y yo. Dije que sí, que sí. Después dije que los autos japoneses son perfectos, nada que ver con los nacionales, que viven en el taller.
Se fue. Sentí un gusto amargo en la boca y tragué pensando que el mundo era una inmensa trampa. Me lavé el pelo rapidísimo y salí con el trajecito blanco y el pelo mojado. En Expo Auto pensé que a Alejandro nunca se le había ocurrido que César estuviese en casa. Justo se había ido a una entrevista de laburo en un banco, pero perfectamente podría haber estado en casa, hacía tres meses que estaba siempre en casa. Me costaba concentrarme en captar clientes y repartir folletos. Pensaba que Alejandro podía arrasar con lo que quisiera, como un nene consentido en una juguetería. Me imaginaba a los juguetes rogando, como huérfanos, ser favorecidos por el nene, y al nene descartando uno detrás de otro.
Volví de Expo Auto a las doce de la noche. César dormía. Pensé en despertarlo y contarle todo. Mejor no, seguro se sentiría mal porque él no podía llevarme a Río. Fui al baño y me aseguré de que quedara la puerta abierta. Quería que César se despertara y contarle.Abrí la

canilla de la bañadera, dejé que corriera el agua e hiciera mucho ruido. César no se despertaba. Entonces cerré la puerta. Descolgué una toalla y le pegué a la pared con la toalla. Le pegaba y le pegaba. Qué te pensás, decía, casi gritando, qué te pensás, egoísta.
Salí del baño y César seguía durmiendo. Muchas veces que César no supo qué hacer conmigo porque no entendía lo que me pasaba, se hizo el dormido. Fui a la cocina. Pensé:¿Y si me paro en la cama y salto y salto y cuando reacciona le digo, César, vayamos a un telo?. Pero al día siguiente era sábado y tenía que estar en Expo Auto a las nueve. Me serví una copa de vino blanco. Pensé en darme un baño de espuma, pero no tenía. Quedaba poco detergente y no había jabón de lavar, sólo una botella de apresto. La abrí. El olor era extraño, un poco salado. Me desvestí en la cocina y volví al baño con el apresto. Dilapidé un chorro de apresto en la bañadera llena de agua tibia. Sí, el olor era salado, suave, y no hacía espuma pero era resbaloso. Me metí en la bañadera y tomaba el vino de a sorbitos, como una actriz de cine. Después cerré los ojos y hundí la cabeza debajo del agua. Imaginé que me sumergía en el mar tibio de Río. Debajo del agua había silencio, un silencio absoluto, como debajo del mundo. Si sacaba la cabeza fuera del agua, oiría una voz en portugués que ofrecía caipirinhas de maracuyá. De golpe lloré. Un rato largo después seguía llorando y salí de la bañadera. Me senté en el piso, apoyé los brazos sobre el bidet, y lloré un poco más.

Noche de búhos

* Segundo premio Honorarte 2005
Nunca la había visto fumar.

Un rato antes cenábamos en el comedor de los grandes. Comíamos callados, sólo se oía el ruidito de los cubiertos. Mamá tenía la mandíbula apoyada sobre los nudillos, el codo sobre la mesa. Sin los rulos.

Todas las tardes ella se lavaba la cabeza y se ponía un rulero en la nuca y otros dos a cada lado de las orejas. Cuando se los sacaba, el pelo caía en rulos negros y brillosos. Esa noche se había atado el peso en una cola de caballo. La vi jugar con el puré de calabaza, lo revolvía y lo pisaba formando rayitas como las de un campo recién arado. Mi hermano Maxi me pateó debajo de la mesa. Se tapó la boca para esconder la risa. Yo lo miré furiosa. Cómo podía reírse si mamá tenía esa cara.

Pueden levantarse dijo papá.

Todavía no habíamos comido el postre. Arroz con leche, lo había visto en la cocina, Tomasa le rociaba canela. No dije nada. Me levanté. Mi hermano corrió afuera.Yo caminé para el lado de los cuartos. Cuando llegué a la puerta del pasillo me di vuelta y la miré. Todavía tenía esa cara.
¿Qué espera? dijo papá.
Fui a mi cuarto. Mi cuarto era el último, justo

debajo de la torre, tenía una ventana muy chica casi tapada por la enredadera. Nunca me importó que me tocara el peor cuarto, lo único que me importaba era estar en La Cumbre, como todos los veranos.

Me senté en la cama. Leí Asterix.Ya la había leído pero no tenía otra cosa que hacer. De repente oí la puerta del garaje. Apagué la luz. Me acerqué a la ventana. El Fairline tomaba el camino de pedregullo hacia arriba, los círculos rojos de los faros traseros subían la lomada despacio. Después oí cerrarse la puerta de entrada. Mamá salía de la casa y caminaba despacio hasta el banco de piedra, debajo del nogal. En ese nogal mi hermano y yo habíamos jugado cuando éramos más

chicos, nos turnábamos para treparnos y sacudir las ramas; las nueces caían redondas y duras como una tormenta de granizo y había que tratar de esquivarlas. Después abríamos algunas con una sola mano, apretando una contra otra, y las comíamos.

Mamá prendió un cigarrillo. Era la primera vez que la veía fumar. Ella no sabía que yo la miraba, la luz de mi cuarto estaba apagada. La vi cruzar las piernas como un indio, los codos sobre las rodillas, inclinar la cabeza y tomarla con las manos. Enseguida tiró el cigarrillo. El cigarrillo dio una voltereta en el aire y cayó en el cantero de dalias. Me distrajo un saltamontes en el marco de la ventana, daba saltitos, parecía esfumarse pero enseguida lo veía de nuevo en otra parte.

¡Sht! ¡Gringa!

Cartucho y el Gurí, agazapados detrás de la enredadera, las caras pintadas de negro con corcho quemado, me hacían señas con una linterna. Cartucho es el hijo de Remigio, el casero de Villa Abascal, la quinta de mi abuelo donde pasábamos los tres meses de verano. El Gurí es Maxi. Cartucho lo bautizó Gurí porque era más chico que nosotros y a mí me bautizó Gringa por el pelo rojo y los ojos amarillos.

Era Noche de búhos. Así llamaba yo a nuestras salidas nocturnas detrás de los búhos. Cartucho los llamaba lechuzones. Seguíamos sus llamados, esos ruidos tan de las noches en las sierras, con ruido a u, y que después en Buenos Aires me volvían cuando no podía dormir. Seguíamos los búhos con linternas y cuando los alumbrábamos, los ojos parecían agrandárseles. Cartucho decía que los lechuzones hipnotizaban a los otros pájaros. Él estaba haciendo un álbum con los lechuzones de La Cumbre y decía que lo vendrían a buscar de Europa para preguntarle, porque él iba a ser el que más sabía en el mundo. Yo nunca supe por qué Cartucho tenía tanta fascinación por esos pájaros con caras de gatos y ojos saltones, pero me contagiaba su fascinación. Al Gurí no le interesaban los búhos, pero no quería perderse de andar de noche con Cartucho. Hacía unos días que se creía el Sargento Sanders, de Combate. Combate era un programa en la tele sobre un pelotón de la Segunda Guerra Mundial, que veíamos cuando mamá y papá cenaban afuera.

Pelotón, a la casa del conde dijo el Gurí, el ceño fruncido, el blanco de los ojos resaltando en la cara negra.

Pensé que el Gurí era muy valiente, imponerse así frente a Cartucho. Me dio corcho quemado y me pinté la cara yo también para

respaldarlo. No me daba vergüenza pintarme la cara porque Cartucho también se la había pintado, pero sí me daba vergüenza el casco que me alcanzó el Gurí cuando terminé de pintarme. Igual me lo puse, esa noche no quería que nadie se ofendiera.

Caminamos por el camino de pedregullo hacia arriba. El Gurí dijo que en la casa del conde íbamos a encontrar una bomba atómica escondida por los nazis que se habían escurrido allá en La Cumbre. El mundo se iba a salvar gracias a nosotros. Vi que Cartucho sonreía y que sostenía su cuaderno de lechuzones con su cinturón. Ahora íbamos en fila, apretados contra la ligustrina que subía hasta el portón verde. Eran como dos cuadras,Villa Abascal es muy grande.Trepamos el portón. El cartel de madera que dice Villa Abascal hizo un ruido hueco y cayó al piso.

Póngalo, cabo Gringa dijo el Gurí, no debemos dejar rastros al enemigo.

Le hice caso. No quería discutir con él y además sabía que se esforzaba por mostrar seguridad frente a Cartucho, que parecía conocer las sierras como la cocina de su casa.

Pelotón dijo el Gurí, la misión de hoy requiere movilidad rápida de montaña.
Quería decir que iríamos a caballo. La casa del conde era arriba en la sierra y a pie tardaríamos una hora. Sacó un rifle hecho con ramas de un escondite en la zanja, tapado con una chapa.Yo me daba cuenta de que Cartucho le estaba teniendo demasiada paciencia y rogaba que no se hartara.
Llegamos a lo de Don Tato. Don Tato es el jardinero de Villa Abascal. Ese verano nos prestaba los caballos algunas noches a cambio de que no le dijéramos a papá que había sido él el que aplastó los bulbos del invernadero cuando se cayó con la botella de ginebra.
Galopamos por la calle de atrás, la que sube al Cristo. No había luna todavía, pero igual se notaban los triángulos de los picos de las sierras al fondo, recortados contra el cielo oscuro. Una ráfaga de viento trajo olor a peperina. Era un olor fuerte, olor a sierra. A veces, durante el invierno en Buenos Aires, un olor parecido me recuerda a peperina, enseguida pienso en La Cumbre, y aquella noche aparece en mi memoria.
Terminó el ripio y el camino se angostó. No recordaba ese camino, era la primera vez que íbamos para ese lado en todo el verano.
Empezamos a ir al paso porque había piedras.Y el camino se hizo curvo, cada vez más curvo, se enroscaba en la sierra. Tuve miedo.
Sentía el corazón en las manos que me temblaban. El miedo son

disfraces que cose tu cabeza, decía mamá. ¿Por qué no le encargás a tu cabeza un disfraz de reina y te dejás de brujas y monstruos?.
Mamá era realista.
Me quedé sin pilas dije.
Retaguardia, soldado dijo el Gurí, siga mi luz.
La cabeza de mi caballo malacara iba pegada a la cola del caballo zaino del Gurí, que se zamarreaba para un lado y para el otro, como con un ventilador descompuesto. El redondel blanco de la linterna del Gurí alcanzó una tranquera rota, y la tranquera dibujaba una sombra sobre la tierra.
Soldado Gringa dijo Cartucho, señalando la tranquera.
Me estiré hacia la tranquera para abrirla sin bajar del caballo, presumiendo frente a Cartucho. La tranquera tenía chapa a lo largo del tablón más alto, nunca había visto una así. Lacadena estaba oxidada y se trabó en el gancho. El caballo del Gurí empujó la tranquera con el pecho, estaba vencida y se atrancaba en la tierra. Cartucho señaló unos árboles con hojas plateadas a la izquierda del camino. Eran álamos. Lo sabía porque mamá se la pasaba mencionando el nombre de todos los árboles, a ella le gustaban las plantas como a Cartucho los lechuzones.Atamos los caballos al tronco de un álamo. Nos sentamos en el pasto y el Gurí desplegó un mapa del terreno de la casa del conde. Quería explicarnos la táctica después de que entendiéramos la misión. Cartucho miró hacia las copas del álamo. Rogué que no se cansara del todo de mi hermano. El Gurí dijo que el conde era científico, el único nazi que sabía fabricar la bomba atómica. Acá siguió con sus experimentos, hice mis averiguaciones. Soldados, una fuente segura me contó que vino de un pueblo muy cerca del de nuestros abuelos, pero del lado de Alemania y no de Austria, y tuvo que escaparse cuando la policía descubrió quién era de verdad. Se fugó a Chile y la casa quedó abandonada. Dentro de la casa está escondida la fórmula para fabricar la bomba atómica, soldados.Tenemos que encontrarla antes que los nazis. De repente oímos un canto triste y con eco. Es un alicucu dijo Cartucho mirando hacia arriba.Y el Gurí dijo,disciplina, soldados, no he dado orden de replegarse. Cartucho se estaba parando y sacaba el cuaderno de la cintura.
Tenemos que volver a base con la fórmula dijo el Gurí. Apuntó la linterna al mapa. Primero inspeccionaremos el terreno.
Jugá con tu hermana, pibe dijo Cartucho. Yo tengo cosas que hacer. Se iba hacia la izquierda, en dirección a un monte tupido de pinos. Flanco izquierdo, cabo Gringa dijo el Gurí.Yo miraba la espalda de Cartucho. Se veía lo más bien por el reflejo de la luna, pero todo parecía un poco azul. El Gurí me tironeó de la manga. Dijo: ¿Preferís que te diga Gringo en vez de Gringa?

Lo que yo prefería era ir detrás de Cartucho, estar sola con él debajo de los pinos. Pero me daba pena mi hermano y su manera de sentirse más grande gracias a hacerse el sargento. Ahora se encajaba el casco bien hondo y le veía el blanco de los ojos muy abiertos. De golpe tuve un mal presentimiento y me dieron ganas de volver a casa.
¿Listo para la inspección, Cabo? insistió el Gurí.
Sopló un viento helado y temblé.
Mejor vayámonos susurré bajito, como si alguien pudiera oírnos.
Nunca estuvimos tan cerca del enemigo, Cabo. Tenemos la oportunidad de asalto por sorpresa.
No me gusta, Sargento dije, mitad siguiéndole la corriente, mitad ruego.
La cara del Gurí tenía dos arañazos en el tinte negro. Vio que yo miraba las ramas que se había colgado del cuello de la remera y susurró:
Usted también debería camuflarse, Cabo.
Me di vuelta y vi la silueta de Cartucho que entraba en el monte. Prendía su linterna y el círculo de luz se movía en las ramas.
Flanco izquierdo, soldado Gringo dijo el Gurí, y me dio su linterna.
Corrí apuntando la linterna delante de mí. El pasto era alto y difícil para correr. Llegué a un claro y pasé debajo de un árbol de damascos y estaban maduros. Comí uno y guardé tres en el bolsillo de la campera. Seguí hasta donde empezaba el monte de pinos, a unos treinta metros de la casa. La casa era blanca y el reflejo de la luna la iluminaba fosforescente, un poco celeste, como de hielo. El techo era de tejas curvas color rojo gastado y las ventanas tenían postigos de madera. La sombra de la casa se acostaba negra, gigante. Justo por encima del techo asomó la medialuna blanca en el cielo negro, arrimada al perfil de una sierra. Brillaron miles de estrellas. En La Cumbre hay muchísimas más estrellas que en Buenos Aires, el cielo está todo salpicado de blanco.
Me tocaron la espalda y salté. Di la vuelta enseguida.
¿Vos tenés miedo? dijo el Gurí.
Oímos otro ruido a u. Apunté la linterna a los árboles detrás nuestro y vi un pájaro marrón con cara de gato y ojos saltones.
Los alicucu son difíciles de encontrar, los más difíciles, ¿sabés Gringa? dijo Cartucho, que surgía de adentro del monte. Ese ruido que oíste es un llamado de amor. Hay un lechuzón triste por culpa del amor, creo que ya puedo probar que son monógamos.
Nuestra misión, soldado me dijo el Gurí, furioso.
Por el halo de luz de la linterna pasaba una niebla blanca, como humo, y me acordé del cigarrillo de mamá. Sentía que dos fuerzas tironeaban de cada uno de mis brazos, que podía resistirme a ambas o ceder a la que favoreciera, pero no me decidía por ninguna. Cartucho

empezó a caminar otra vez hacia los pinos y entraba al monte. Algo en la zapatilla me molestaba. Me senté en el pasto. Era un abrojo. Lo saqué y me puse la zapatilla otra vez.
Efectivamente la casa parece abandonada dijo entonces el Gurí.Vamos a rodearla para poder hacer la inspección. Hacemos tenaza. Usted, cabo Gringo, por este flanco dijo señalando los pinos.Yo voy por el flanco derecho. Nos encontramos en el aljibe delante de la casa.
Me metí adentro del monte de pinos. Caminaba apuntando la linterna al suelo que estaba tapizado de piñas, y por eso a veces me torcía los tobillos. De golpe oí otro canto en u, parecido al anterior. Frené.
Cartucho apareció desde atrás de un pino y me asustó.
Otro alicucu le dije.
Es el mismo, tarada dijo.
De repente vimos que se prendía una luz en la casa. Nos quedamos quietos, congelados.
¿No era que estaba abandonada? le dije a Cartucho en un susurro, apretándole el brazo y mirando para el lado en que se había ido el Gurí.
Cartucho se tiró al piso y entonces yo también. Tiritaba y veía poco porque se me había resbalado el casco hasta la nariz. Me lo saqué. Estábamos tan mudos que oía el latido de mi propio corazón, como un galope sobre pavimento.
Acerquémonos más dijo Cartucho.
¿Estás loco? dije yo. Vámonos, Cartucho, vámonos.
No seas miedosa me dijo. Me apretó la mano y entonces lo miré.
Fueron dos segundos como máximo, los dos nos miramos, nuestros ojos se juntaron y no dijeron nada.
Por un pasillo que formaban los pinos veíamos al Gurí que nos hacía señas con la linterna, moviéndola en círculos.
Hay que investigar dijo Cartucho, muy irónico. Mirá si es el Conde que volvió a buscar la fórmula.
El Conde está muerto dije.
Oímos otro canto en u, esta vez bien cerca, como encima de nosotros.
Es un caburé dijo Cartucho, apretándome más la mano. Son los más difíciles. Esos son los que hipnotizan a los otros pájaros.
Se levantó y me ayudó a levantarme agarrándome del codo. Todavía sentía el corazón por todas partes del cuerpo.
Es un mal agüero, vámonos le dije.
¿Sabés una cosa, Gringa? dijo Cartucho . Seguro que no sabés que los lechuzones hijos no aprenden a volar hasta que picoteraron los ojos a los lechuzones padres.
Estábamos solos y pegados a un tronco, no se podía ver la luna ni nada. Ahora Cartucho caminaba apuntando la linterna hacia las ramas más altas.

Lo leí en un libro de la biblioteca de tu casa dijo. En el invierno leo todos los libros que quiero.
Se había detenido y su hombro rozó el mío. Me miró un ratito, los dientes refulgentes por la luna.
Del otro lado del claro, frente a la casa, el Gurí apagaba la linterna y la encendía.
Está haciendo la señal de reunirnos allá, en el álamo de los caballos dije. Hay alguien adentro de la casa, Cartucho, vayámonos.
No tengas miedo, Gringa dijo. Me pasó un brazo por encima de los hombros. El miedo está en tu imaginación.Tu vieja lo explica muy bien.Acordate. Los fantasmas no existen salvo que vos te los inventes. Lo más seguro es que adentro haya un linyera que aprovecha la casa vacía.
¿Quién habló de fantasmas?
De golpe oímos música que venía de la casa.
Es música de Europa, Gringa, Beethoven o uno de esos dijo Cartucho. Son los alemanes.
Rió. Me dio mucha rabia que se burlara de mi hermano. Me adelanté y caminé en puntas de pie hacia la casa, hasta un pino con pinches que me aguijonearon. Después seguí hasta la ventana con la luz encendida. Avancé pegada a la pared. Cuando me faltaban unos metros me agaché y gateé. Quedé hecha un bollo debajo de la ventana. La música se oía fuerte. Esperé un ratito a que el corazón me dejara de saltar. Me di vuelta y Cartucho levantaba una palma diciéndome que lo esperara. Miré hacia el otro lado y vi al Gurí correr hacia los caballos mientras aullaba otro lechuzón. Soldado cobarde sirve para otra batalla, pensé, y después pensé que qué corno me importaban las guerras y los búhos, fuesen Alicucu o Caburé, y al final yo estaba afuera del juego de todos.
Quedé en silencio. Hice la señal de la cruz. Me levanté despacito y asomé la cabeza por la ventana, hasta la nariz.Vi un living con una alfombra morada muy grande, una chimenea inmensa y candelabros al lado de la chimenea. Por todas partes había muebles tapados con sábanas, las puntas empujando las sábanas en picos. Sobre una mesa petisa, frente a la chimenea, montones de velas encendidas y un balde plateado con una botella adentro. Dos sofás, uno frente al otro, alrededor de la mesa petisa. Los sofás no tenían sábanas y eran de terciopelo verde oscuro. En uno de los sofás verde oscuro estaba sentado un hombre, de perfil a la ventana desde la que yo miraba. Había una mujer, con vestido negro, sobre su falda. Rubia. Nunca en mi vida la había visto. La rubia le besaba la boca. Las manos del hombre le agarraban la espalda, las subía y las bajaba. De repente se apartó y dijo: mi condesa. La rubia se rió muy fuerte, sacó la lengua como una víbora y la metió en la boca del hombre.

Cuando llegué al álamo, el Gurí ya estaba subido al caballo. Apunté la linterna a las riendas del mío.
Cartucho llegaba también y desataba su caballo del álamo.
Agarré las riendas, puse el pie izquierdo en el estribo, y me subí.
Los pájaros, los grillos y también los búhos se callaron de repente.
Sólo oía el eco de Beethoven. Cartucho me miró. Detrás de él no había nada más que cielo, cielo muy oscuro, salpicado de millones de estrellas.
Muchas veces, cuando siento que no entiendo el mundo, me acuerdo de esa mirada de Cartucho y entender el mundo no importa tanto.
Sólo importa lo que reconozco dentro de mí.
La vuelta era barranca abajo.
Volvimos en silencio.

El gato en la caldera

Lo de profesora de inglés era un curro, en realidad yo estudiaba historia, pero como mi madre era de familia de irlandeses y de chica se la pasaba hablándome en inglés, entonces en inglés careteaba de lo más bien. Me había inventado un uniforme: pollera recta estilo oficina, blazer, medias largas negras, y taquitos también negros. El uniforme me ayudaba a convencerme de mi identidad de profesora, de que no les robaba a mis alumnos sino que les proveía por lo que pagaban. Total era todo un mientras tanto, hasta que mi marido se recibiera de economista y trabajara en un banco. Nuestra hija había nacido cinco meses después del casamiento, para entonces ya tenía un año y medio, y mi marido se quedaba con ella y estudiaba mientras yo iba de acá para allá por la ciudad dando clases particulares de inglés.

Tenía una clientela de alumnos por recomendación boca a boca, y varios eran dentistas. Había un dentista que cuando me contrató dijo que le gustaba practicar, nomás, así no perdía el idioma, y que no quería sus clases con libro y casete, sino charlar en inglés en un lugar agradable. El lugar agradable era el bar Montecarlo sobre la calle Paraguay, al lado del teatro Ateneo.

La clase de este dentista era a las nueve de la noche. Mi marido y yo dudamos por la hora, no sabíamos que el bar era de gatos, y después no se lo dije; necesitábamos la plata y ya había tenido que rechazar varios alumnos porque todos querían en los horarios pico, como ser: hora de almuerzo o a las siete de la tarde, después de la oficina.

Tomaba el subte C hasta San Martín y de ahí caminaba dos cuadras vacías por Maipú. La puerta del Montecarlo la abría Rúben, un tipo de cara redonda y esmoquin con moño bordó, que filtraba a los que entraban según la pinta. A esa hora el bar contaba con más gatos que clientes, todos hombres de caras tristes que apoyaban un codo en la barra y con un vaso en la mano miraban de costado hacia el lado de las mesas.

Esa vez llegué más temprano, venía derecho de otra clase en el microcentro. Fui directo al baño, no fuera ser que los clientes madrugadores, que ya estaban colgando de la barra, tomaran liebre

por gato. El baño era como un vestuario, zapatillas viejas debajo del lavatorio y los gatos vistiéndose y maquillándose y hablando en paraguayo. La más amiga mía era de Asunción, se llamaba Giselle y también tenía una hija.Yo fumaba sentada en el piso y todas salieron menos Giselle que se pintaba lunas plateadas en los párpados.Yo le preguntaba por su vida y ella me contestaba todo. Dijo que había empezado por una prima que volvía de Buenos Aires llena de billetes y le hacía creer a todo el barrio que los billetes eran porque se había casado con un argentino de guita. Dijo, poniendo el dedo índice de uña con luna debajo del ojo, que se había dado cuenta de cómo era la cosa en verdad, y la encaró a la prima para que se le sincerara. La prima se había reído contándole todo sin pelos en la lengua, diciendo que lo del marido era la meta, el cliente fijo. Entonces le pidió a la prima que la trajera a Buenos Aires con ella y así había empezado. Decía que al principio todo había sido muy divertido y muy fácil, pero ahora que tenía la hija, tenía que pagar una niñera, un departamento más grande, y que además, una vida más ordenada era más cara. En eso estábamos de acuerdo, y nos dimos manija con lo de trabajar por nuestras hijas. Entonces tuvo la misma curiosidad que yo tenía por ella, saber cuánto cobraba. Ella, por una hora, cobraba tres veces más que yo. Sonrió una boca muy grande con dos dientes encimados (que cuando estaba seria no se veían), como con satisfacción. No se lo dije, pero pensé que yo, al menos, tenía la ventaja de no tener que cazar los clientes como ratones, los míos tenían horario fijo, y además cobraba por adelantado, entonces podía saber con cuánto contaba a fin de mes.

Fui a la mesa donde el dentista y yo nos sentábamos siempre, contenta conmigo misma. En la pared había un cuadro de un saxo sobre un piano, y un cartel que decía que el pago mínimo con tarjeta era de treinta pesos, lo mismo que costaba mi clase. El dentista siempre tomaba whisky y decía que el inglés era la llave del mundo. Yo le miraba los bigotes dalineanos que se veían rojos por las luces rojas, y me preguntaba qué puertas podía abrirle el idioma inglés a un dentista, o qué bocas, pero en el fondo me daba lo mismo.Trataba de que se me ocurriera algún tema que le pudiera interesar a un viejo como él, pero no era fácil concentrarme porque se la pasaba estirando la mano para tocarme la pierna, y me distraía con la tentación de plantearle un after hour en un telo y cobrarle la fortuna que cobraba Giselle. Enseguida le sacaba la mano, ponía cara de profesora, y seguía con la clase. De golpe veía los bigotes otra vez, que camuflaban dientes alargados y oscuros en casa de herrero, cuchillo de palo, y pensaba en cómo sería hacerlo con un viejo como él. Pensaba que habría que distinguir entre hacerlo por ganas, como con mi marido cuando todavía no era mi marido, y hacerlo por trabajo.

¿Qué estás pensando? me dijo. Frunciste la frente.
Le dije que mi beba estaba resfriada. El dentista sonrió y, tapándose la boca con la mano, dijo que era una pena que una chica tan chica como yo tuviera tantos problemas. Me defendí, dije que no era para tanto. Él acusó a mi marido de explotador. Que yo trabajara mientras él estudiaba era una postergación para mí,date cuenta, decía,y más adelante, cuando tengas mi edad y muchos años de casada, tu marido no te lo va a reconocer.Lo que a mí me importa es que me lo reconozca mi hija, dije yo, otra vez sacándole la mano de mi pierna. Él se puso a hablar de su propia hija, que tenía mi edad y era una desagradecida. Al final dijo la vida es puro desagradecimiento. Después se le pasaron las ganas de filosofar y me dijo que le gustaban mis dientes grandes y otra vez apoyaba una mano sobre mi pierna. Yo se la sacaba y así seguía la conversación, ahora él diciendo que el trabajo de la mujer siempre era peor pago que el del hombre, y yo llenándome de bronca, convencida de que jamás habría alguien en el mundo que apreciara mi esfuerzo. Estuve por decirle, Keep yor hand in your pocket, viejo verde asqueroso, if you please, y al mismo tiempo tuve un segundo de tentación de cerrar los ojos y dejarle hacer total, de noche todos los gatos son pardos y que después viniera el billete grande. Por entonces la conversación había llegado a la altura de si la mujer tenía que usar su apellido de casada o conservar el de soltera.Yo trataba de que usara la frase I would rather you called me, y le dije mi apellido de soltera.
Desde el civil se me había dado por usar el apellido de mi marido. En aquellos días de recién casada y puro estreno, usar el apellido de mi marido era, por un lado, una ratificación de mi sentencia a vivir mi vida por mi hija, y por el otro, un especie de sentido de pertenencia, como decir este es mi lugar en el mundo. Entonces esa era la primera vez que le mencionaba al dentista mi apellido de soltera. El dentista abrió los ojos bien grandes y me preguntó qué era yo de Amalia O ´Farell. Sentí un cimbronazo, una electricidad en el pecho.Tragué un sorbo de mi vodka tónic y dije que Amalia O´Farell era mi madre. El dentista largó una carcajada y dijo que Buenos Aires era un pañuelo. Se secaba los bigotes con la servilleta de papel y mordía una aceituna. Fijate vos, fijate vos, decía, y movía la cabeza de un lado para el otro. Pero no lo puedo creer, che, insistía, mientras yo deseaba hacer un agujero en el taburete donde estaba sentada y esconderme. ¿Te cuento, te cuento?, dijo, todavía moviendo la cabeza de un lado para el otro. Dijo que él había sido uno de los tantos que habían caído en la trampa de Amalia OFarell. Lo dijo en castellano. Yo les prohibía a mis alumnos hablar en castellano durante la clase, pero no lo reté como hacía siempre, in english, please. No dije nada. Enseguida me estaba contando que hacía muchos años Amalia OFarell había sido paciente

suya, una habitué, por así decirlo. Sus muelas del juicio eran chatitas como hostias y estaban picadas, pero la señora era toda una escultura.Venía de tailleur beige y el pelo rubio y buenos modales, y él se quedaba hipnotizado. ¿Te cuento, te sigo contado?
Dije que sí. Se me había pasado el shock del principio. Que hablara mal de mi madre estaba todo bien. Desde que le di la noticia del embarazo, mi madre y yo no nos hablábamos. Había dicho: tanto esfuerzo y mirá. Después se ocupó de la fiesta de casamiento y de mi vestido blanco, todo en tono de reproche, y nunca hablamos de otro tema que no fuese si el catering de cazuela de pollo o de carne o si el vestido de satén o de encaje.
No te parecés nada a ella, seguía el dentista. Lo último que yo quería para mí misma era parecerme a mi madre. Pensé en mi beba, si un día ella querría parecerse a mí. Justo un gato de pelo largo hasta la cintura y pollerita escocesa empezaba un baile en el caño y el dentista miró para ese lado. Después siguió contando que tuvo que hacerle un tratamiento de conducto a mi madre y la obra social no se lo cubría. Que en la segunda visita, apenas le dijo cuánto le iba a salir, ella, sin siquiera pestañar, le había pedido plata prestada por una semana. Quería hacerle un regalo sorpresa al marido. A la semana siguiente era el cumpleaños, dijo, y quería sorprenderlo. Apenas le daba el regalo, le pedía la plata al marido y se la devolvía.A él, la señora le había dado rotunda confianza, y no digo qué más, piba, vos sos la hija, pero era como soñar con Rita Hayworth. Cumplí mi sueño una vez, nomás, justo antes de terminar el tratamiento de conducto, disculpá la sinceridad, eh, pero Buenos Aires es un pañuelo.
Rita Hayworth no volvió más por el consultorio y su ficha desapareció del fichero. Dos meses después le comentaba el asunto a un paciente irlandés y el paciente saltó del sillón, casi se clava la ganzúa en la encía. Sí, sí, decía, Rita Hayworth, a ver si se trata de la misma mujer, decía: una rubia de ojos como de agua y alargados, sí, sí, la conocí en una kermesse de San Patricio. El irish había creído que era amiga de sus amigos porque parecía amiga de sus amigos, y era muy graciosa con el versito de Im not irish cause the irish are poor, y que, con tal de verla otra vez, le prestó lo que había ganado en la tómbola. Al final resultó que el número de teléfono que le había dado no existía, y después supo por unos folks de Venado Tuerto que Rita Hayworth tenía una órbita de acreedores, todos cómplices de ella con respecto al marido; el marido no se podía enterar porque siempre era una sorpresa.
Me transpiraban las manos y sentía hielo en el pecho. Me preguntaba si el dentista ya sabría que, esa señora, en verdad, no tenía marido, se había muerto de cirrosis a los sesenta y cuatro, cuando yo era una beba. Había resultado un chasco porque no tenía las estancias que le

había dicho que tenía y que a mamá sólo le había quedado el sonido aristocrático del apellido. De golpe, mirándole los bigotes, me acordé de algo que nunca me hubiese acordado a no ser por el cuento que acababa de escuchar: Yo, muy chica, acompañando a mamá al dentista. En la sala de espera había revistas viejas y un escritorio con una recepcionista veterana que siempre me ofrecía medialunas. Un día, la veterana no estaba. Fui a la cocina a ver si tenía suerte y encontraba medialunas. Apenas entré a la cocina un gato marrón saltó de no sé dónde y quedó parado sobre la mesada, con las patas estiradas. Nos quedamos los dos paralizados y en eso escucho: Agarralo, agarralo. Era el dentista. El gato salió corriendo y se escondió detrás de la caldera. Pero, che, decía el dentista, otra vez.
Lo miraba ahora, la cara morada por el reflejo de las luces rojas, y me daba cuenta de que podía ser el mismo, sólo que más viejo y de bigotes más sobresalientes. Me acordé de que aquel dentista se había agachado a tratar de alcanzar el gato; que me agaché también y le pregunté qué comía. Dijo que comía lo que él le ponía para que saliera y entonces atraparlo, pero siempre se le escurría a ese hueco detrás de la caldera; le pregunté por qué quería agarrarlo; y que me miró sonriendo y dijo que los gatos eran mala suerte.Acordándome esto, me acordé del olor a colonia que le sentí, un olor muy rico, como a limpio. Me acordé de que a pesar de que adoraba los gatos con pasión, si entonces, para estirar el momento de olor a colonia, hubiese tenido que decir que los gatos eran tan repelentes como una rata, una araña o una comadreja, lo hubiese hecho. Pero enseguida entró mamá y dijo que nos íbamos.
De golpe sentí la mano pastosa del dentista sobre mi pierna ahora no se tapaba la boca cuando sonreía y no se la saqué.
A partir de la clase siguiente empezamos a ir al telo de la calle Esmeralda, a dos cuadras del Montecarlo. La primera vez fue gratis para saldar la deuda de mi madre y dejar bien claro que si ella robaba, lo mío era trabajo, y un trabajo es un intercambio. Entonces le cobraba tres veces más que en el Montecarlo.
Me prometí dos cosas: jamás decir que trabajo por mi hija, y no esperar que ella o mi marido valoren el esfuerzo, porque de todas formas, nadie lo hace. En el fondo, todo eso formaba parte del tiempo mientras tanto, un día mi marido sería banquero y yo podría acomodarme en mi propia caldera y ya no tendría que trabajar.

Hubo un tiempo que fue hermoso

Los cinco hermanos caminamos por la calle vacía. Es veinticinco de diciembre por la tarde. En este barrio cerrado, todo el mundo ha almorzado pavo o lechón o al menos peceto á la villeroy, ha bebido champagne, y cada casa que pasamos lanza voces arrastradas y risas pesadas de indigestión y resaca. Hace calor. Mucho. Las chicharras braman desaforadas. Nosotros vamos callados.

Yo digo que sí dice Antonio.

Sí a qué pregunto yo. ¿Anónimos o la especialista?
Anónimos dice Antonio.
Yo también voto por Anónimos dice Susana.
Nos callamos otra vez. Seguimos caminando cabizbajos, aturdidos por las chicharras, que mitigan las risas pesadas, las voces arrastradas, los chapuzones y grititos infantiles.
José dice que la Navidad de este lado del hemisferio, con sus Papá Noeles asándose en sus barbas de algodón, trajes de felpa y botas de cuero, es grotesca.Y tan falsa como la impostura de la nieve en las tarjetas.
No cambies de tema dice Charito. Ustedes están locos dice José. Si un día mis hijos se me aparecen todos juntos a decirme que soy un borracho y tengo que hacer algo, los saco carpiendo. Les digo que se vayan a la puta madre que los parió. Qué tienen que andar metiéndose en mi vida, demasiado que los tuve y los banqué, ahora que se ocupen de sí mismos. ¡Lo último que me faltaría! Llegar a viejo y aguantar hijos sabelotodos.
Charito lloriquea, idéntico a como llora su hija. Esperamos. A Charito hay que darle un rato. Al fin, con voz endeble y quebrada, dice, no sabés lo que son, José.Vos porque sólo venís para Navidad. Las que nos ocupamos de los viejos somos Lucía y yo.
Miro a Susana. Susana reacciona al subtexto de Charito y a mi mirada, y dice, el viejo está agresivo, José. Se quejan los vecinos, los van a echar del club.
El mes pasado la vieja hizo un papelón en lo de Sarralde dice Antonio.
¿Cómo sabés? dice José.
Me dijo Cosme González dice Charito.
¿Y quién es Cosme González? dice José.

Ves dice Charito, ni siquiera sabés quiénes son los amigos de los viejos.
Bastadigo yo.Yo voy por la especialista.Ya hablé con ella y dice que la tenemos que encarar a la vieja. Es la estrategia. Hablarle como si fuese nada más un tema del viejo. Que ella tiene que ir sólo para apoyarlo.
Yo voy por Anónimos dice Antonio.
La cosa es quién lo hace, quién encara a la vieja dice Susana, forzando la noción de que ella también está al tanto de todo lo que sucede con los viejos.
Todos juntos dice Charito.
Ustedes están locos insiste José.
Yo pienso que todos tienen razón.Y sé que al final no vamos a hacer nada. No vamos a ponernos de acuerdo y al final no tomaremos ninguna de las alternativas que nos recomendó la especialista. Quisiera hablar de otras cosas. Decir que Josecito está inmenso, pegó un estirón bárbaro, que qué bien patea la pelota, si no será una pena que en Miami los chicos no jueguen al fútbol. Decir que a Susana le quedó tan lindo el color, ella fue siempre la más rubia de todas, ese color de pelo resalta el azul de sus ojos. Decir que este año dividí los agapantos y los replanté y me dio un resultado increíble, que me compré una máquina de fotos digital y puedo sacar miles de fotos y después elegirlas, no dependo de los rollos. ¿Quiero decir todo eso? No sé por qué estamos hablando de los viejos, nunca hablamos de nosotros, por qué habríamos de hablar de los viejos. O no, le preguntaría a José por qué se alejó desde tan chico, por qué vive hace tantos años en un país que no es el suyo. Si es que huyó, y si huyó, de qué huyó. Siempre parece lleno de bronca y que cada viaje a Buenos Aires, para Navidad, fuese una representación para sus hijos, como si necesitara desempolvarles la identidad una vez por año. Pero no. No estoy segura de si quiero saber lo que esconde José. Me pregunto: ¿Idea de quién fue tener esta conversación? Ah, de Charito. Cosme González fue a hablar con ella, a su casa. Le dijo que teníamos que hacer algo. Siempre hay un amigo indiscreto, me digo. Qué se mete adonde no le importa. Y justo va a hablarle a Charito, que siempre está pendiente de los demás. Eso nos pasa por tener una hermana psicóloga, me digo. En todas las familias hay una psicóloga. ¿Los conozco?, me pregunto. ¿Conozco a Charito, a Antonio, a Susana, a José?
José tiene razón digo. Dejémoslos tranquilos .Después comienzo a tararear la canción de Sui Generis que se me viene a la cabeza:Hubo un tiempo que fue hermoso, y fui libre de verdad. Guardaba todos mis sueños, en castillos de cristal.
Se han detenido. Me miran.
No vas a hacer un papelón en el medio de la calle dice Susana.

Después arroja la acusación que sabe que más me duele. Vos siempre llamando la atención.
La botella de whisky viene con una bolilla en la tapa digo hay que sacudirla para que la bolilla gire. Cada vez que sacudo la botella sobre la medida, mientras con la otra mano sostengo la medida sobre el vaso, el whisky rebalsa y rebalsa.
Nadie dice nada durante un rato largo. Al final sigo:
Nosotros ya no somos más nosotros, los hemos reemplazado, nosotros somos ellos y nuestros hijos son nosotros.
Susana dice, ¿no ves?, ella tenía que dar la nota.
Charito está furiosa. Se nota.Al fin explica que nos estamos evadiendo.
Nadie más dice nada durante casi cinco minutos. Regresamos. Los chicos juegan al fútbol en el jardín. Mi hija y la de Charito charlan al lado del cerco. La esposa yanqui de José lee un libro al lado de la reposera donde la vieja dormita la siesta. Los esposos que todavía conservamos juegan a la generala.

El mal de ojo

A mi padre

Fue un miércoles de julio. Cuando salías, todavía era de noche y el pasto estaba blanco. Prendías el Peugeot 404 y lo dejabas calentar con el cebador puesto. Hundías la cabeza en el cuello de la camisa a rayas y te soplabas las manos. Mientras tanto se derretía la escarcha del parabrisas.

Entonces vivíamos en Tortuguitas. Vos trabajabas en la tienda mayorista de tu padre, que antes había sido de tu abuelo. Camino al trabajo nos dejabas a nosotras en el colegio, salvo los miércoles, que íbamos con una vecina y mamá.

Esa mañana mamá y yo te mirábamos por la ventana, ella en su batón rosa y los brazos cruzados, nosotras de uniforme escocés. Te mirábamos con tristeza; el silencio del desayuno había recalcado que detestabas las mañanas. De repente vimos aparecer un muchacho en una bicicleta con farol. Se acercó a tu ventanilla y te golpeó el vidrio.Tardabas en bajar el vidrio, parecía que se te trababa la manivela. Mamá abrió la ventana de la casa. Oímos al muchacho decirte que venía de parte de su abogado, tu amigo, el doctor Quiroga, si podías llevarlo al sanatorio ya que te quedaba en el camino porque su mujer tenía que ver al médico.

El pedido no te hizo ninguna gracia; hacía poco habían robado a algunos vecinos y estábamos todos bastante asustados. Pero que viniera de parte de Andrés Quiroga, tu amigo, era una supuesta tranquilidad. Justo pasó el policía Ortiz en bicicleta, con su perro detrás. Lo llamaste y Ortiz encaró el camino de lajas en su bici, hasta al lado de la ventanilla. Le preguntaste si conocía al muchacho. Ortiz dijo que sí, que era petisero de Santa Mónica, ahí cerca, sobre la ruta 8. Entonces aceptaste llevar a la mujer, pero te vi agachar la cabeza contra el volante, resignado. Ir a trabajar era una desgracia en sí misma, aun sin desvíos, porque además de levantarte temprano, también odiabas tu trabajo. Encima esto, y por culpa de Andrés Quiroga, era un motivo perfecto para que te acordaras de todo lo que te daba rabia del mundo y maldijeras desde el Presidente de la Nación

hasta el mecánico del Peugeot 404.

El muchacho petisero dejó su bici contra el cerco y se subió al asiento del acompañante. Miraste un segundo hacia la casa y te saludé, pero vos enseguida te dabas vuelta y el auto se iba marcha atrás.

Saliste a la ruta 8 y te metiste, todavía de noche, en el monte de Santa Mónica.Tenías la sensación de que te iban a asaltar, que te encontrarías solo y desnudo en la ruta, y terminarías volviendo a casa caminando por el monte. (Cuando lo contaste hiciste una risita, seguro se te ocurría que tal vez no hubiese sido tan mala idea, sino más bien una buena excusa para faltar a la tienda y volver a casa a trabajar con tus herramientas.)

Entonces viste un grupo de gente al borde del camino. Te acercaste a ellos con el auto, y una señora mayor se adelantó del grupo. Detrás de ella venía un muchacho con una valijita y una mujer con una panza sensacional. Ella es Rosita, mi esposa dijo el muchacho que venía en tu auto, asomando la cabeza hacia el asiento de adelante y señalándola.

Rosita parecía joven, más joven que mamá, muy flaquita pero con una barriga como un globo a punto de explotar. Preguntaste si no lo iba a tener ya mismo y la señora te aseguró que no porque era primeriza. Eso no te tranquilizó para nada porque, hasta que a la noche preguntaste, no sabías lo que ser primeriza significaba en asuntos de partos, a pesar de ser padre vos mismo.

Pensabas cómo Andrés había esquivado este embrollo y te había hecho un pase a vos con la excusa de que salías más temprano.

El hermano se subió adelante con su valija y detrás subió Rosita, con su barriga a punto de explotar. Se sentó al lado del marido, el cliente de Andrés.

Rosita tenía un vestido floreado y un saco blanco. Nada de abrigo. El pelo recogido en la nuca y bien tirante. La veías por el espejo retrovisor. Iba muda. Cruzó los brazos y cerró los ojos, inspirando en bocanadas grandes.

Saliste de Santa Mónica por un camino embarrado y cuando llegaste de nuevo a la ruta 8 preguntaste: adónde vamos. El marido dijo que al hospital. ¿A qué hospital? El de la valijita dijo, con mucha seguridad, que por donde va el 26. Necesitabas que te aclarara un poco más porque veías que el asunto tenía que ser rápido y ni idea tenías del recorrido del colectivo 26. El de la valijita habló como muy

conocedor. Dijo que quedaba cerca de la estación Florida del tren Belgrano, el que pasa por Del Viso. Tampoco tenías idea del recorrido de ese tren, pero al menos sabías que Florida quedaba entrando a la provincia por Maipú, desde la General Paz. Entonces encaraste hacia la Panamericana.

Manejabas despacio, como si un bache pudiera reventar ese globo inmenso. Cada tanto mirabas la cara de Rosita por el espejo retrovisor. Seguía con los ojos cerrados, parecía concentrada y en paz.

Tampoco te debía gustar esa invasión de paz en tu humor de la mañana, eso era seguro. Por las noches tomabas whisky y pensabas en otra cosa. Mamá siempre nos decía que como te había ido mal en el colegio y después te costó tanto la facultad, no te animaste a decirle a tu padre que sí tenías una idea sobre vos mismo y no era la misma que tenía él. Te conocíamos por las explicaciones de mamá. Ella, aunque muchas veces se fastidiara, siempre estaba de tu lado.

Pero aquella mañana bailabas ese baile y no podías escaparte.Tomaste la Panamericana, que en esa época era angosta y a esa hora tenía mucho tráfico. Prendiste la radio. Decían que Perón estaba enfermo. También odiabas a Perón.Te peleabas con tus amigos por culpa de Perón. Les decías, ustedes se dejan aporrear por el que sabe decir lo que quieren oír o se convencen de que dice lo que quieren oír porque lo dice gritando. No tienen idea de política. Mamá nos explicó que vos pensabas que Perón había arruinado el país gracias a montones de mentiras que decía a los gritos y todos las creían porque creían que era cierto lo que se decía gritando.

Rosita dijo: Ay.
Le pediste perdón por la frenada. Ella no dijo ni mu, volvió a cerrar los ojos y a su rictus de paz. Seguro es peronista, te imaginaba pensando cuando a la noche contabas esta parte, ¿por qué no le pide a Perón un chofer que la lleve al hospital, o un hospital como la gente, allá cerca de su casa en Tortuguitas?
Rosita jadeaba. Soplaba e inspiraba, ya sin cara de paz, apretando los párpados hinchados como los de un mongol.
Estaban ampliando la General Paz y te obligaban a desviarte hacia la derecha y entrar a la ciudad por Cabildo. Había una fila de autos uno pegado al lado del otro, y si querías ir hacia la provincia te hacían dar la vuelta a la manzana y recién ahí tomar Maipú hacia la izquierda.
Rosita gemía como un gato, y a vos se te ponían los pelos de punta.
Conseguiste tomar Maipú y enseguida paraste a pedir direcciones a unas señoras con pinta de saber.
Dónde queda el hospital dijiste, y el hermano de la valijita les aclaró:

un edificio grande.
Las señoras, muy seguras, dijeron que cuatro cuadras para adelante y ahí doblar a la derecha.
Rosita empezaba que ay, que ay, y vos ibas a toda velocidad. Cada vez que frenabas en las esquinas maldecías al intendente, que seguro era peronista, a los curas que hacen que las Rositas de este mundo alumbren todos los hijos que Dios les manda, y a Perón, que les hace delirar a los maridos de las Rositas, con un mundo en el que sus sueños vienen de arriba.
Rosita ya iba a grito pelado.
Doblaste a la derecha después de las cuatro cuadras, y el edificio grande de las señoras que sabían era un colegio. Las veredas estaban plagadas de chicas como yo con túnicas azules y portafolios. Pegaste la vuelta en la esquina, llevándote por delante el cordón, en medio de los gritos tupidos de Rosita, que apoyaba la cabeza contra la puerta y estiraba las piernas sobre el asiento, hacia el lado del marido.
Arrancaste otra vez hacia Maipú. Sudabas. Las manos se te patinaban del volante. Te acordabas de tu padre y la reunión de esa mañana, allá en la tienda, con el de las zapatillas de Taiwán. Iban a ser más baratas que las Pampero y eran de colores; seguro que serían el boom del interior y todo mérito tuyo. Al de las zapatillas de Taiwán lo habías conseguido vos, gracias a Andrés que era síndico del representante, y por fin tu padre iba a decir que tuviste una idea buena. No lo contaste así, decías lo de las zapatillas y lo del boom, pero unos días más tarde la escuché a mamá agregar lo de tu padre y el rescate de la buena idea.
Viste un vigilante (así le decías a los policías) y frenaste. El vigilante te daba indicaciones mientras inspeccionaba el auto y vos no podías concentrarte en lo que decía. Siga derecho, te dijo el de la valijita, ¿no escuchó? Tenías que ir hasta Maipú y cruzar la avenida, después seguir hasta las vías del tren. Saliste como un bólido, y por supuesto la barrera estaba baja. Cuando por fin se levantó, los alaridos de Rosita, que había subido las rodillas, eran más fuertes que los de la locomotora. Doblaste a la izquierda, como te indicaba el de la valijita, y viste un edificio con pinta de hospital.
Era.
Dejaste el motor en marcha, la calefacción y la radio prendidas, abriste la puerta de atrás del auto para que la pareja bajara y el marido gritó: ¡Está naciendo, busque un médico!
Miraste al hermano que tenía la boca abierta y no soltaba la valijita. Saliste corriendo hacia el edificio repleto de gente, sin tener idea para dónde ir. Entre tanta gente, no sabías a quién preguntarle ni tampoco qué preguntar. Subiste las escalinatas, había mucha gente, mucha, y varios pasillos con puertas blancas a los costados. Corriste por un

pasillo y en la desesperación empezaste a abrir puertas.Abrías y abrías y de repente diste con lo que era, obviamente, una sala de partos, con mujer en pose y todo. Había un médico con barbijo y varias enfermeras. Dijiste que tenías un bebe naciendo en el auto y una enfermera le gritó a la otra: traé algodón.Te siguieron a la carrera, bajando las escalinatas del hospital que no terminaban nunca. Las enfermeras se metieron a cada lado de la puerta de atrás del auto. El marido te miró y dijo que se iba a comprar cigarrillos. El de la valijita no se veía por ninguna parte. Estabas solo. Veías las espaldas de las enfermeras y de golpe oíste un splash y después el llanto de un bebe. Una de las enfermeras salió corriendo con algo envuelto en una sábana blanca, que gritaba. Parecía una jugada de rugby. Apareció un enfermero con una camilla y te pidió si podías ayudar a poner a la madre encima. Buscabas al de los cigarrillos, que no estaba, y al de la valijita, pero tampoco estaba. Pensabas que los del hospital debían creer que eras el padre. Cargaste a la mujer hasta la camilla, le pusiste la manta y se la llevaron. Apareció el hermano con la valija de quién sabe dónde y enseguida el marido con los cigarrillos y te ofreció unos pesos. Que no gracias, le dijiste, vos los necesitás más que yo. Los dos se entreveraron en la multitud que subía y bajaba las escalinatas y te quedaste mirándoles las espaldas. Después cerraste las puertas del auto y en el asiento de atrás viste un charco de agua y de rojo. Casi te da un ataque, vos que no nos dejabas ni tirar un papel de caramelo.Y encima no sabías si era varón o nena.
Llevaste el auto al lavadero. No podías explicar el enchastre, así que no dijiste nada. Fuiste al bar de enfrente a esperar. Pediste un café con leche y dos medialunas. Había música de Sandro. Cada tanto los del lavadero miraban en dirección a la ventana del bar por donde los mirabas. Tenías la sensación de que si le contabas a alguien lo que había pasado, no te iban a creer. Ni pensabas en la reunión con el de las zapatillas de Taiwán, mirabas a la gente pasar por la vereda y nada más.
A la noche contaste todo por primera vez. Lo relatabas despacio, con muchos detalles, como si contaras una película. Parecía que al mismo tiempo que nos lo contabas a nosotras, te lo contabas a vos mismo. Cuando te levantaste de la mesa, yo me levanté también, porque prefería perderme la explicación de mamá.
A la semana siguiente te acompañé a Santa Mónica a averiguar si era varón o nena. Fuimos en bici. Había un montón de señoras frente a la puerta de la casa y nos dijeron que era varón. Pero no quisieron mostrárnoslo por miedo a que le echaras el mal de ojo.Volvimos caminando, llevando las bicis de los manubrios. No dije nada, porque sabía que vos necesitabas pensar.

El sótano

Por esa época Gonzalo viajaba a Comodoro Rivadavia de lunes a jueves.Yo trabajaba de recepcionista por las mañanas y, tres veces a la semana, por las tardes, iba a la facultad.

Los días en que no iba a la facultad, pasaba la tarde en una librería sobre la calle Las Heras, a dos cuadras de casa. Mi lugar preferido de la librería era la sección de usados, en el sótano. Era un ambiente sin ventana, con una luz color amarillo oscuro, tenue, que colgaba de un cable en el techo. Los libros estaban sobre seis hileras de anaqueles de madera. Mi programa era explorar los libros sobre los estantes, ensuciarme los dedos, elegir uno o dos libros y sentarme sobre el piso a hojearlos.

Manuel estaba casi siempre en el sótano, pero cuando había mucha clientela en el piso de arriba tenía que subir a dar una mano. Él era el que más sabía de libros en la librería, y los clientes que buscaban uno que no olvidaran al día siguiente de terminarlo, lo consultaban a él. A mí me gustaba escuchar lo que les decía a los clientes. Seguía el sonido de sus pasos sobre el techo del sótano y si se acercaba a la escalera, podía oír lo que decía:

Puede ser que haya ganado el premio, pero a mí no me gusta que me expliquen las historias dijo una vez: a mí me gusta que me las muestren.

Si a Manuel le gustaba un libro, entonces yo anotaba el título, el autor y la editorial en mi libreta para cuando el libro llegara al sótano y costara menos de diez pesos.

Manuel era alto y desgarbado, su cara estaba poseada con marcas de acné y tenía ojos de un azul tan oscuro que cuando te sostenía la mirada, parecía atravesarte la cara y llegar al cerebro. Había estudiado en mi facultad, y ya se había recibido. Al principio pensé que era gay por su modo suave y porque me trataba con tanta gentileza. No era el típico galanteo del tipo que quiere levantarte. No había esa tensión. Cada vez que tenía un ratito se sentaba en el piso conmigo y comentábamos un libro, y la charla derivaba en una canción que derivaba en una idea y terminábamos filosofando de

cualquier cosa, sin saber qué nos había llevado adonde habíamos llegado, pero qué importaba. Estábamos de acuerdo en casi todo. Un día Manuel dijo que seguro nuestras almas habían estado juntas en otra vida.

Al principio, el dueño me miraba medio torcido porque Manuel se demoraba tanto conmigo, pero como el momento que tenía el dueño para mostrarme su molestia era cuando ya estábamos en la caja, enseguida se le enderezaba la mirada porque yo era bastante buena clienta de libros usados. Poco a poco, fue acostumbrándose a mi presencia y al tiempo yo parecía pertenecer al sótano.A eso de las ocho de la noche, minutos antes de que cerraran, me iba a mi casa y las conversaciones con Manuel quedaban repitiéndose en mi cabeza toda la noche. Se me ocurrían cosas que podría haberle dicho o que podría decirle la próxima vez, y me dormía contándole mi idea del mundo o de ser un ser humano, a un Manuel imaginario.

Los jueves Gonzalo volvía de Comodoro. Me irritaba que fuese práctico y que sólo le preocuparan cosas concretas. Pero el sábado ya había revocado mi irritación y me amalgamaba al mundo de Gonzalo, que parecía el mundo real. El lunes Gonzalo volvía a viajar a Comodoro y yo volvía al mundo de la ficción y de Manuel y, además del vértigo de las charlas de luz amarillo oscuro, sentía el alivio de flotar hacia otros mundos, escaparme a otras historias, otras épocas. Manuel quería ser escritor pero decía que no podía porque se pasaba el día en la librería.Yo no sabía qué quería ser cuando me recibiera, lo único que sabía era que cuando terminaba un libro quería empezar otro y entendiendo a los personajes, entendía un poco más lo que sentía yo.

Aparte de la escalera al sótano había otra escalera, tipo caracol, que bajaba unos metros más abajo del sótano, donde estaba el depósito y los baños. Una vez Manuel y yo nos topamos en esa escalera. Manuel bajaba a buscar un libro que le había pedido el dueño y yo subía del baño. Había penumbra pero igual podía verle los ojos azul oscuro hundidos en los míos. El corazón me sonaba tac, tac, tac en el cuello, me temblaban las manos y no podía moverme. Sin bajar la mirada, Manuel bajó un escalón y se detuvo frente a mí. Sus labios quedaron a un centímetro de los míos y le sentí el aliento espeso. El aliento me dio la sensación de conocerlo de antes, de toda la vida. Retumbaba el tráfico arriba nuestro, la baranda de la escalera vibraba, nos llegaba la voz del dueño discutiendo por teléfono con un distribuidor, y nosotros dos quietos, mirándonos, sin decir nada. Juro que mi piel sentía la electricidad de la piel de Manuel. De golpe tuve la sensación de que toda mi vida pasaba entera por mi cabeza, y que en ese instante tenía

la posibilidad de ir para un lado o para el otro, y que ninguno de los dos caminos era tan seguro como antes me había parecido la imagen de mí misma con el vestido blanco caminando por el pasillo central de la iglesia. Parece mentira que, en sólo segundos, una pueda pensar todo eso. Pero así como el futuro me había parecido siempre una nebulosa que nunca llegaría y no importaba porque seguro sería feliz, feliz, feliz, de repente lo vi nítido, en dos opciones. Pasaron esos segundos y el futuro no me importó más nada. Sólo ese instante. Rogué que Manuel me besara. Si en ese instante me besaba, no me importaría si al día siguiente fuese el fin del mundo. No me besó. Bajó otro escalón más y nuestros brazos se rozaron, y otro escalón más y él ya estaba abajo de todo, en el depósito, buscando el libro que le habían pedido.

Es gay, me dije cuando volvía a casa, y lloré.

Durante varias semanas, gracias a ese entendimiento como fondo, los días fueron difusos y mi cabeza estaba muda. Después, y poco a poco, algunas cosas que Manuel decía volvieron a parecerme con doble sentido, que podían ser mensajes de amor subrepticios. Pero no. O sí. Siempre algo me demostraba que yo lo inventaba todo y que mi problema era que me convertía en cada personaje que leía y no era capaz de distinguir que yo era yo. Nadie va a escribir mi vida y yo misma voy a cargar con las consecuencias de todo lo que haga, me dije.

Pasaron varias semanas en las que estuve ocupada con parciales. Cuando terminé de dar el último parcial, me compré una revista de actualidad para llenarme de chimentos que licuaran todo lo que había estado estudiando, que me apretaba en la cabeza. Después fui a la librería sintiéndome una diva. Manuel estaba más lindo que otras veces. Ese día se me ocurrió que como la casada era yo entonces era yo la que tenía que hacer algo para incitarlo, para abrirle la puerta. Esa vez demoré mi mano sobre la suya cuando me ayudó a levantarme del piso, y mientras sentía mi propio corazón saltando en mi garganta, él sonreía, como si de veras fuese gay y la amistad entre un hombre y una mujer fuese de veras posible. Ese día me fui antes de las ocho y cené con mi suegra. Después fui sola al cine.

La cosa es que de un día para el otro tuve la certeza de que Manuel no era gay. Comentábamos no sé qué cosa de Camus, de golpe hablábamos de existencialismo, de Arlt, no sé cómo pasamos al tema tango, yo le dije que no sabía bailar tango, él dijo que como argentina era una vergüenza, yo dije que era lo único que me prohibía Gonzalo, enseguida maldije haber mencionado a Gonzalo, muy rápido traté de

dar vuelta el elemento Gonzalo utilizándolo a mi favor y agregué que yo podía hacer lo que quisiera porque a Gonzalo no le importaba nada de lo que yo hiciera salvo que bailara tango. Entonces Manuel me tomó una mano, nos pusimos de pie, me enroscó el otro brazo en la cintura y mientras él tarareaba El día que me quieras, me llevaba en sus brazos, un, dos, tres; un, dos, tres, entre los anaqueles. Sentí el corazón salirse de mi garganta, que mi piel se encendía, y también sentí que el cuerpo de Manuel tiritaba. Juro y perjuro que sí. Se detuvo, levanté la vista, su mirada oscura se hundió en mis ojos y los dos temblábamos. Nuestras bocas estaban a un centímetro de distancia. De repente, el dueño lo llamó y me soltó con urgencia. Subió dos escalones a los saltos, se detuvo, me miró, dio media vuelta y siguió hacia arriba. Por la noche me paré en el balcón de mi casa, sentí la humedad de la noche en la cara y traté de desentrañar la mirada de Manuel. Comprendí que con él no podía tener una relación a escondidas, disimulada. La única propiedad privada en la que Manuel creía era en la de una mujer y un hombre. Lo había dicho. Lo había dicho cuando comentamos Anna Karenina, Madame Bovary y El primo Basilio y yo no había querido entenderlo. Pero mientras pensaba todo esto no sabía que estaba embarazada. Me enteré dos días después y de golpe, con el resultado positivo del análisis en la mano, como iluminada por un rayo, tuve la certeza de que mi historia con Manuel era pura fantasía. Me metí de lleno en el mundo real de esposa y futura madre, y en vez de leer ficción, leí libros de historia. Al principio no le dije nada a Manuel del embarazo, noté que en la librería estaba chistosa y un poco desafectada, pero la barriga creció y fue evidente. Después del parto empecé a ir cada vez menos a la librería porque por las tardes el bebe dormía siesta y le daba de mamar cada tres horas, y cuando fue un poco más grande era muy inquieto y entonces lo llevaba a la plaza. Cada tanto pasaba por la librería y Manuel se sentaba en el piso y jugaba con el bebe mientras yo revisaba estantes. Me recibí embarazada del segundo bebe y dejé el trabajo en la oficina. Leía en la plaza, mientras los chicos jugaban en el arenero. De vez en cuando iba a la librería, pero cada vez menos; con dos chicos no podía quedarme mucho tiempo.Además, el cochecito doble no pasaba por la escalera, tenía que dejarlo arriba y bajar con los dos bebes en brazos. El mayor caminaba de acá para allá, tocando todo, tirando los libros más viejos al piso, que se descosían, y yo me cansaba de tener al otro en brazos.

Por esa época compramos el departamento nuevo y nos mudamos a siete cuadras de la librería. Gonzalo ya no viajaba a Comodoro, y yo estaba tan ocupada con la casa y los bebes que no tenía tiempo para pensar qué haría ahora que me había recibido. Tampoco tenía tiempo

para leer.

Una tarde los dos bebes lloraban al mismo tiempo y empecé a llorar yo también. Mientras lloraba pensaba que nunca se había tratado de elegir entre Manuel y Gonzalo como entre dos caminos distintos. Era demasiado retrógrado pensar que no se puede querer a dos hombres al mismo tiempo.Al fin los bebes se calmaron y los senté en el cochecito y empujé el cochecito hacia lo de mi madre. Lo empujaba por las veredas rotas, a los saltos, odiándome por haber sido tan ingenua. Dejé los bebes con mi madre y corrí a la librería. Bajé las escaleras corriendo. Manuel estaba de espaldas. Apenas me oyó llamarlo, se dio vuelta y me miró como siempre, fijo a los ojos, y sonrió. Lo tomé de la mano empujándolo al piso para que nos sentáramos. Justo apareció una mujer con vestidito hindú y ojos brillantes que sonreía de oreja a oreja. Irradiaba un magnetismo potente, era una especie de pantera negra. Me pareció que la había visto alguna vez, pero no estaba segura. Manuel nos presentó: Florencia, Paula, Paula, Florencia.

Flor, dije yo, Flor.
Paula me miró desafiante, como si su electricidad enseguida hubiese captado la competencia de mi electricidad, y le zampó a Manuel un beso en la boca.
Después me enteré de que Paula había estado casada cinco años con un contador y que se divorció para juntarse con Manuel.
Ahora voy a otra librería, mucho más cerca del departamento nuevo. Sé que Manuel tuvo una hijita, que trabaja en un suplemento literario, salió finalista en un concurso de novela y le publicaron el libro. Me lo encontré una vez en la presentación del libro de un amigo de la facultad, y otra vez en la calle. Dijo, cómo andás, Flaca, tanto tiempo, cómo están tus pibes. Yo dije, bien, enormes, y vos. Dijo, que no era fácil, ahora había más escritores que lectores, pero es cuestión de darle para adelante.

Ta vo

Para Moncho

Cuando llegó mi padrino a decirme lo del accidente yo estaba con Marta, la modista. Dijo lo del accidente y después nada más. Me miraba fijo, hondo, como si con la mirada pudiera decirme más que lo que podía decirme con palabras. Me acuerdo perfecto que Marta, la modista, tenía olor a engrudo en las manos. Que dos días antes había tenido mi primera sangre y sentía que se me notaba el algodón entre las piernas. Que el vestido era rosa y el primero de mi vida, ¿sí? Tenía mi primera fiesta de quince.También me acuerdo de que era sábado y esa mañana Tavo había suplicado quedarse conmigo y yo le había insistido que fuera a su campeonato en Derqui. Incluso le dije que apenas terminaba con la modista, iría a verlo jugar.

Tenemos que terminar el techo de la galería había dicho. De casa agregó, más bajito. Pero yo quería estar sola cuando llegara Marta, la modista. Estábamos construyendo nuestra casa con palos y ramas en el fondo del patio.Yo me ocupaba de la parte de adentro y él de la de afuera.Ahí pasábamos todo el tiempo que estábamos fuera del colegio. Mudos, porque no necesitábamos hablar. Mi padrino le había dicho a mi madre que parecíamos siameses, que eso no era bueno, pero a ella le parecíamos encantadores porque no molestábamos.Ahora mi padrino decía que un micro había atropellado a Tavo cuando corrió a buscar la pelota y que lo traían al hospital.

Me dio rabia sentir culpa, entonces dije: Después voy.
Después de que la modista termine de pincharme

alfileres y de que la tela blanca de flores rosas parezca el vestido que me imagino, voy.
No dijo mi padrino.Vamos ahora.
El hospital estaba atestado de gente conocida de nuestros padres. Se callaron cuando entramos y agacharon las cabezas. Justo oímos un ruido infernal, como un lamento maléfico. Supe que era la sirena de la ambulancia. Me dejaron pasar al estacionamiento de ambulancias, pero mi padrino tuvo que quedarse con la gente. Dos hombres de trajes verdes, como piyamas, bajaron la camilla. Mamá dijo, es la

voluntad de Dios. Muy rápido, la camilla pasó delante de nosotras.Tavo venía con los ojos cerrados y la cara en color blanco tiza. Una venda roja en la cabeza, sobre un chichón del tamaño de una piña, y sangre seca y oscura en la cara.
No me acuerdo dónde estaba papá.
Los médicos dijeron que los primeros cinco días eran cruciales para saber si viviría. Aclararon que no había esperanza, que no nos hiciéramos ilusiones. Hicimos campamento en la salita de terapia intensiva. Dos días más tarde apareció el solideo de Pío X sobre los pies de la cama de Tavo. Después hubo estampitas y una reliquia del Padre Mario.Algunos enfermeros se contagiaron la religión por la entereza de mamá gracias a la fe. La fe de aceptar la voluntad de Dios. Se notaba porque sonreía cuando le daban malas noticias y se ponía a rezar.Todos los días hablaba con un cura amigo suyo. Entre los dos convencieron a papá de que Dios les estaba pidiendo un hijo. Citaban esa parte de la Biblia en la que Dios le exige a Abraham que sacrifique a su hijo, como prueba de fe. Decían que por la incondicional obediencia de Abraham, Dios le había permitido salvarlo, pero para que eso sucediera tenían que entregarlo. Faltaba un solo día para el quinto día de los cruciales. Pensé que el amigo cura de mamá no sabía nada.Yo miraba fijo a Tavo y en telepatía le decía, Tavito, abrí los ojos. En el monitor veía que cuando yo le hablaba en telepatía, el corazón se le aceleraba.
Pasaron los cinco días cruciales. Abrió los ojos. El cura amigo de mamá empezó a hablar de milagro. Abrió los ojos pero seguía dormido. Los ojos no se enfocaban en ninguna parte, ni respondían a los ruidos. Todavía una máquina respiraba por él, le pasaba aire a través de una manguera que entraba por un agujero que la habían hecho en la tráquea. La cabeza seguía teniendo una sobre-cabeza, una pelota a un costado. Pasó un mes.Al mes vino la septicemia y otra vez bajaron el termómetro de la esperanza a cero. No me moví de al lado de la cama de Tavo hasta que se le limpió la sangre de bacterias. Cuando ya no tuvo más fiebre, en telepatía le dije:
¿Ves?
A los dos meses los médicos le colgaron una tele en la pared, para estimularlo. Pero Tavo no miraba en dirección a la tele. Los médicos dijeron que tal vez no fuese bueno que viviera porque no se sabía cuán afectada estaba la cabeza. Mamá y su amigo el cura volvieron a hablar de resignación, aceptación y de los designios de Dios. Una tarde vinieron seis médicos neurólogos, todos juntos, a verlo. Me pidieron que me fuera del cuarto. Me senté en la entradita, al lado del baño. Ellos corrieron una cortina que separaba el cuarto de esa entradita. Del otro lado de la cortina, los oí. Dijeron que no reconocía. Desde el otro lado de la cortina, los interrumpí. Les dije que sí reconocía.

Entonces, lo llamé,Ta vo,Ta vo.
Sabía lo que estaba pasando del otro lado de la cortina. Tavo torcía la cabeza hacia mi voz. Asomé la cabeza. Me miró y sonrió. Después siguió mirando hacia la tele, como en Babia.
Los médicos y los curas no sabían nada. Por eso me quedaba todas las noches a dormir con él (además nuestros padres estaban cansados de pasarse todo el día en la sala de espera y necesitaban descansar). No podías dormirte porque Tavo se caía de la cama por el peso de los yesos. Me acostaba con él, en un costadito de la cama, y le acariciaba la cara. Le hablaba al oído y le decía:
Tavo, curate.
Al fin salió del coma. Lo supieron porque reconocía a nuestros padres, además de a mí. Otra vez hablaron de milagro. Tavo sonreía, como aliviado, pero no hablaba. No podía, estaba mudo, tenía afasia. La especialista dijo que era por el shock y que tardaría un año en emitir el primer sonido. A mí me pareció que no hablaba porque le daba vergüenza haber corrido detrás de la pelota sin mirar a los costados. Después se rehabilitaría con fonoaudiólogos, dijeron.
Lo llevaron a casa. Escribía. Escribía: Camila, si quiere, duermo con usted. Sino, duermo solo.
Es que a la noche había que alcanzarle el papagayo. Yo dormía en su cuarto y no me importaba despertarme cuando tocaba la campanita. Aprovechaba y en la oscuridad le susurraba, como en secreto, no le hagas caso a la especialista, Tavo, hablame.
Un sábado hacía mucho calor. Sergio, un chico del club, tocó el timbre y me invitó al Tigre. Me dio culpa dejar a Tavo solo, pero Sergio me gustaba mucho.Tavo estaba en su cama, el yeso gigante en la pierna, el otro en el brazo, el agujero de la traqueotomía en el cuello. Lo miré, como preguntándole. Hizo un gesto de indiferencia, de andá, nomás, yo me las arreglo sin vos.
Me fui.
A la hora volví porque me arrepentí. Tavo estaba sentado en la cama, muy erguido. Con una voz desconocida, monocorde, como la de un resucitado, dijo: Mila. Nadie podía creerlo. No se callaba. Sonreía y repetía lo mismo, una vez y otra, siempre en el mismo tono, y parecía oírse mía, mía, mía. El cura amigo de mi madre lo bautizó Lázaro, y le quedó. Ahora Lázaro es un tipo grande, dicharachero, siempre en el papel de bufón.Ya no es taciturno, como yo, sino extrovertido y chistoso. Como si al nacer de nuevo hubiese podido elegir, sabiendo, otra identidad.

El ministro

Estamos sentadas frente a nuestros whiskys en el café Tabac. Por la ventana pasan, de dos en dos, los faros blancos de los autos en la avenida. Nosotras tomamos whisky y rememoramos el tiempo en que la piel no nos colgaba en gajos, no sobrábamos en el mundo. Estela no quiere admitirlo, se aprieta adentro de la ropa y pinta de rojo sus labios filosos como una guillotina y de verde esmeralda sus párpados flojos. A mí me gustaría ser como Estela y creerme mis mentiras: pequeñas, fáciles, simples. Esta noche hay muchos hombres en el café Tabac. Más hombres que otras noches. Están los habitués de siempre, y otros nuevos, casi todos con trajes oscuros. Nosotras somos invisibles para ellos, como camufladas en el escenario. Estela dice que no es así, que lo que pasa es que yo me he rendido, que he abandonado el campo de batalla. En cambio ella usa el rojo y el verde para envalentonarse. Dice: ¿Viste los uniformes camuflados? Bueno, todo el mundo cree que los uniformes se inventaron para mimetizarse con la naturaleza, pero no es así. La función más importante del camuflaje es la de azuzar a los guerreros para el ataque, sabés. Es según cómo veas la vida, dice. Si la ves desde el otro, el que está del lado de enfrente, ves camuflaje, si la ves desde vos misma, ves incitación al combate, ¿sí?

Yo no digo nada. Pienso: Hace tiempo que ya no queda nada por delante, lo que hay es lo que hubo o pudo haber habido y entonces sólo queda recordar lo que hubo e imaginar lo que podría haber sido.

¿Por qué soñás, Estela? pregunto.

Sus ojos están pendientes de los candidatos que están en la barra.Así los llama ella,candidatos. Uno es de los nuevos y tiene cara de laucha y una mueca rígida de boca abierta, fija hacia la izquierda. Por un rato me olvido de mí y me concentro en ver a Estela de la manera en que Estela se piensa a sí misma. De golpe nos distrae la entrada abrupta de una pareja: el hombre es canoso y viste uniforme blanco, con charreteras, y el pecho repleto de medallas, la mujer es rubia y lleva un vestido de terciopelo negro, largo hasta el piso, muy ajustado en las piernas, y parece una sirena. Todos los habitués los miramos sin disimulo, gesticulamos mofa, les hacemos sentir su ridiculez.

Quién se atreve hoy en día a andar de coronel por las calles de Buenos Aires dice Estela.
El coronel y la sirena se sientan sobre dos taburetes al lado del candidato cara de laucha. Se besan como pajaritos. Me doy cuenta de que el uniforme está magullado, el vestido de la rubia se ve un poco arratonado y su maquillaje reseco. Estela se tapa la boca y ríe. Está segura de que vienen de una fiesta de disfraces y dice que ella moriría por ir a una fiesta de disfraces. Iría de Cleopatra. Yo digo que es raro rematar una fiesta de disfraces con un trago en el café Tabac, pero las dos sabemos que yo no sé nada. Ella dice que qué clara la tienen los milicos con los uniformes; las charreteras, galones, medallas, flecos, bordados, botones de bronce y pasamanerías. Consiguen un cierto aura, ¿o no?, y te reconozco que son sensuales. La ropa, dice Estela, al igual que el maquillaje, habla por uno. Después suspira y yo siento que añoro algo. No sé qué es lo que añoro, pero tengo la sensación de que eso que añoro, en verdad, nunca pasó.
A los milicos no me los trago dice Estela después.Ya bastante tuve en los setenta.
De golpe me mira, entrecerrando los ojos. Hace una pausa que podría ser de intriga o más bien de sorna.
Y vos sigue Estela, ¿se puede saber dónde estabas en los setenta?
Siempre me pregunta lo mismo y yo siempre contesto lo mismo: que no estaba en ninguna parte. A la mañana estudiaba para secretaria ejecutiva en la Pitman, a la tarde atendía el teléfono en una oficina de un ministerio, y a la noche, esperaba que sonara el de mi casa, que parecía mudo. Digo:Vos sabés dónde estaba, Estela.Y te lo juro, te lo juro por los hijos que no tuve, no tenía idea de lo que pasaba.
Estela no me cree. ¿Cómo es posible que estando dentro del ministerio no viera, no escuchara lo que pasaba? Ya no entrecierra los ojos, me mira con arrogancia. Se prepara para contarme una de sus historias de los 70, que sabe que me dejan pasmada, me hacen sentir que Estela vivió las vidas de diez mujeres al mismo tiempo, y me llenan de culpa por mi propia vida insulsa.Ahora cuenta una historia que ya he escuchado, dice que en el 77 estaba en Tartagal; vivía en la planta baja del habilitado que regenteaba el marido. Cada vez que llegaban los milicos a Tartagal, paraban en el habilitado del marido, porque se sabe que los habilitados son los más limpitos.Venían por una noche y por la mañana todo Tartagal se preguntaba quién faltaba. Estela me mira, me mira, me mira. Cruza los brazos.Yo a ese marido lo dejé, ¿me entendés?, dice. Con la mirada asegura que no entiendo, que soy como su ex marido, que tuvo que ir a Mar del Plata a buscar a su prima, toda quemada con puchos, para reconocer que sus ganas de hacer plata a cualquier costo, tenía costo, a veces. Y vos, sigue Estela, decime: desde el teléfono del secretario del ministro, ¿nunca

escuchaste cosas que te hicieran sospechar? ¿Te hacías la sota por miedo? ¿O eras una fenicia como mi ex? De repente, me acuerdo de su teoría del camuflaje y la odio con toda mi alma, tengo ganas de matarla, así entonces deja de picanearme la cabeza con utopías. Digo: En aquella época no sabía nada. Tenía veinte años.Ya sé que veinte años es suficiente. Pero aquella era yo, y no puedo cambiarme porque ya pasó. Qué sentido tiene querer ser la mujer que una no es.

Las dos miramos a la sirena, que ahora lame una oreja del coronel. Estela pide otro whisky para cada una.Tomo el mío con agua y sin hielo, me encandilo con las luces de la avenida y pienso que debería poner un límite al número de whiskys, así las luces no brillan en hileras borrosas y pierden la nitidez de sus círculos. De golpe, como un fogonazo, me aparece en la cabeza el recuerdo de lo que me pasó con el ministro. Miro a Estela. Está haciendo una brochette de aceituna, jamón y queso, y la mete en la boca. El palillo queda rojo de rouge. Mi recuerdo de la historia es un punto borroso en el fondo de mi memoria que viene acercándose despacio, despacio, y que apenas empiezo a distinguir. Más claramente, percibo que se trata de un recuerdo que guardaba con naftalina en una caja debajo de la cama. Bajo los ojos para esquivar la mirada de Estela. Siento un hormigueo en los brazos y en las piernas y culpo al whisky. Por suerte, Estela está otra vez pendiente del hombre cara de laucha. Yo miro hacia la avenida y me sumerjo en mi memoria, donde se acerca el recuerdo, borroso y espeso; empieza a tomar forma y de golpe es nítido, tan nítido como si perteneciese a otra mujer que lo narra para mí, o como si formara parte de la escena de una película:

Una tarde, en la época de secretaria, ordenaba papeles en el despacho de mi jefe. Los guardaba en un fichero gris de metal, que desbordaba. No quedaba nadie en la oficina y el único ruido lo hacía yo. Sacaba los cajones del fichero, uno por uno, y los colocaba sobre el piso. Me sentaba en el parquet y ordenaba boletas, las más viejas al fondo, las más nuevas adelante. Lo hacía con el afán meticuloso de la que ruega el reconocimiento, aunque nunca llegue. Oscurecía y veía poco. Me puse de pie para encender la luz del techo y me dieron ganas de ir al baño. Miré los papeles y dudé, ya me faltaba poco para terminar. El baño quedaba al fondo del pasillo, al lado del de hombres. Hoy en día es difícil reconocer el baño de damas. Sobre las puertas colocan fotos, signos, frases en otro idioma. Antes era más fácil, el de damas decía damas y el de caballeros decía caballeros en letras de bronce. Por eso estoy tan segura de que el ministro salió del baño de damas. Salió de golpe y chocamos en el pasillo. Nos enfocaba una luz gris que atravesaba una claraboya a nuestra derecha. Nos quedamos unos segundos uno frente al otro, yo me moví hacia la izquierda y él se movió hacia la izquierda, me moví a la derecha y él se movió hacia la

derecha. El ministro sonrió y yo me quedé quieta, muy quieta, mirándolo. De repente, me tomó del mentón y me dio un beso en la boca. El beso duró más o menos cuatro segundos, la lengua se escurrió entre mis dientes y barrió el arco del paladar. Después me dio una palmadita en la espalda y siguió su camino, silbando. Yo quedé petrificada ahí donde estaba y enseguida me metí en el baño de damas. El corazón me repiqueteaba. Abrí la canilla con la mano temblando. Si no fuese porque todavía me ardía el labio de abajo, podría haberlo imaginado, como lo había imaginado tantas veces, sola en la cama, antes de dormirme. Tomé agua del chorro de la canilla y me miré en el espejo. Mi cara parecía desencajada, los ojos a diferente altura.Tenía miedo de salir y que me estuviese esperando afuera. Me encerraría en su despacho y nadie escucharía mis gritos. Y mañana no podría contarlo porque nadie me creería.Tranqué la puertita de uno de los cubículos y me senté sobre la tapa del inodoro. Todavía sentía los labios calientes, entonces quería decir que no lo había imaginado. ¿Estaría esperándome afuera? Por un momento ansié que estuviera. Que estuviera allí y sentir su desesperación en mi cuerpo. No sé cuánto tiempo me quedé en el baño. ¿Qué hago, qué hago?, me preguntaba. Al fin, salí al pasillo y estaba oscuro. Había completo silencio. Caminé rozando la pared con la mano para no tropezar y hacer ruido. Sentía el corazón como bombardeos dentro de mi cuerpo. De repente, toqué algo frío y salté. Era el picaporte de la sala enfrentada al despacho del ministro. En la sala había un poco de luz que venía de la calle y ruido de tráfico. La puerta del despacho del ministro estaba entornada y dibujaba un triángulo de luz sobre el piso. No podía volver a la oficina de mi jefe y seguir ordenando boletas como si nada. Me oiría. Me escondí detrás de la estatua que estaba en el medio de la sala. Podía verlo sentado detrás de su escritorio. Una lámpara de pantalla verde iluminaba un libro que él miraba con anteojos. Caminé en puntas de pie hasta la puerta, salí y tomé el colectivo a mi casa. Todo el tiempo sentía que el ministro o uno de sus guardianes estaba detrás de mí. Eché doble llave a la cerradura y esa noche soñé que nos escapábamos a una isla griega y nos amábamos hasta que nos descubrían los paparazzi.
¿Qué pasa? dice Estela y me trae de un zarpazo de vuelta al presente. Pensaba, nomás contesto, mi vista todavía flotando en la densa hilera de luces de la avenida. Siento algo así como tristeza. Me doy cuenta de que aquella historia que guardaba con naftalina en una caja debajo de la cama estaba a punto de irse para siempre, como se iría para siempre esta noche con Estela.
La sirena está apoyando la cabeza sobre el hombro del coronel. Los miramos y no decimos nada. Después discutimos un rato, porque Estela insiste en que le cuente lo que estoy pensando y yo digo que no,

no, no, no vale la pena. Jamás he sacado esta historia de abajo de la cama. Jamás. Muy pocas veces la he recordado y hace mucho, y lo hice solamente de noche, avergonzada, casi sin admitirla, continuándola en un montón de posibilidades. Al final, Estela me convence y la cuento por primera vez. Tardo menos de tres minutos y apenas termino siento que sonó completamente distinta a la historia que yo retenía en mi cabeza. Cómo puede ser que cuando contamos algo, se convierta en otra cosa. Además, Estela me hace preguntas que indican que no entiende de qué se trata mi historia: ¿Había otra mina en el baño de mujeres? ¿Te fijaste en el otro inodoro? ¿No estaría escondida con los pies levantados para que no la vieras por debajo de la puerta? Tengo la sensación de que Estela no puede ni siquiera arrimarse al borde de la verdad de mi historia.También parece dudar de que sea cierta, porque me pregunta, con los ojos fijos en los míos, si no pasó nada más. Después dice que ahora entiende, y hace una mueca de sarcasmo.

El coronel y la sirena negra beben del mismo vaso, las bocas pegadas, y ríen. Nos quedamos un rato largo en silencio. Miro hacia la calle. Si entrecierro los ojos, la luz ocupa toda mi visión. Si los abro, veo la hilera difusa, continua. Pido otro whisky y me callo porque no se me ocurre nada que decir. Pienso que nunca más debiera contar algo que me haya pasado, porque cuando contás una historia, se la apropian y la cambian. Siento una gran tristeza. Estela espera mirándose las uñas. ¿Qué espera?, me gustaría saber. Dale, che, aceptalo, dice. De golpe siento que recién hoy, por primera vez, entiendo aquella historia. No era miedo, como piensa Estela, pero sé que si tratara de explicarme, Estela no me entendería y yo pensaría que ella
tiene razón.

Miro hacia afuera. El color azul de los jacarandás es precioso a la madrugada. Los faros de la avenida los encienden y apagan y chispean debajo de la hilera de luces. El coronel y la sirena salen a la calle. La sirena tambalea y el coronel la ataja del hombro. Caminan unos pasos y se detienen justo delante de nosotras, del otro lado del vidrio. Él la abraza y la besa. Ella se recuesta en su brazo, embelesada.

Amanece sobre la plaza del otro lado de la avenida. Ya es domingo, un domingo de primavera. En
primavera los días son claros, hay una brisa tibia y perfumada, los árboles despliegan colores y hojitas abriéndose, falsificando la idea de que somos jóvenes, seremos jóvenes para siempre y el mundo está lleno de belleza.

Miedo a volar

Ana leía a Poe en la sala de preembarque del aeropuerto de Ezeiza, y Poe le decía que muchas veces que intentamos traer a la memoria algo, largo tiempo olvidado, con frecuencia llegamos a encontrarnos en el borde mismo del recuerdo, sin poder, al fin, asirlo. Después fue al baño y tragó un Lexotanil con agua de la canilla. No le gustaban los despegues, nos contó. Entonces apretó los párpados y se obligó a pensar en otra cosa. Recordó las imágenes de cuando ella y Érica eran chicas, esas que había visto el día anterior en la cinta de súper ocho que le mostró su padre. Ana le había pedido que pusiera las cintas y después de buscar y buscar, encontró solo una. Estiró la pantalla y la vieron tres veces, nos dijo. Vieron a Érica recibir un premio de matemáticas, a Ana recitar un verso en un intercolegial de poesía, a Érica abanderada, a Ana vestida de Caperucita roja en una obra de teatro del colegio. Parecían chicas felices, dijo Ana que pensó cuando recordó las imágenes. Es como en las fotos de infancia, una siempre se ve feliz, ¿no? La cinta era a color. Lástima que es muda, le dijo Ana a su padre, porque le hubiese gustado oír los aplausos, las risas, los comentarios. También contó que sintió que en las imágenes había una clave, una respuesta, y no sabía cuál. No entendemos el presente y buscamos motivos en el pasado. Algunas de nosotras hacemos eso. De golpe el avión empezó a sacudirse y Ana apretó los brazos contra el pecho, cerró los ojos, inspiró y sopló varias veces. No era que Ana tuviera miedo a la muerte, menos aún durante aquellos días de abulia, de estar harta, cansada de que nada le saliera. No era a la muerte, era la caída. Esos segundos de bajar y bajar, el vértigo en la boca del estómago, y saber. La tranquilizó la voz del piloto en el altoparlante diciendo que ya habían alcanzado la altura de vuelo. Alguien estaba en control. Un rato después el avión volaba tranquilo. Ana tragó otro Lexo con vino tinto y pronto le pesaron los párpados y sintió la lengua hinchada. Enseguida la cabeza se le cayó sobre un hombro y miraba el cielo oscuro por la ventana. Le costó mantener los ojos abiertos pero ya no le importaba, lo último que vio fue la luna amarilla, tan cerca que parecía que el ala la rasparía.

A la madrugada, en el Kennedy, el policía de migraciones le preguntó el motivo de su viaje.Tenía una chapita con su nombre, Aureliano González, sobre el bolsillo del saco. Ana no quería decir que iba a

visitar a su hermana, no fuera ser que la llamara para corroborarlo y le arruinara la sorpresa. La miraba de reojo, sondeándola, inspeccionándola, como si él estuviese al final de la cadena de evolución de Darwin y ella a mitad camino. Ana hizo como si no entendiera el inglés y Aureliano González continuó interrogándola en inglés, como si los ratones le hubiesen comido su lengua nativa. Le preguntó si pensaba buscar trabajo en territorio americano. Con lo que le costaba a Ana buscar trabajo, menos que menos haría el esfuerzo en territorio norteamericano, dijo que pensó. Cabeceó. El policía debió haber asumido que ya la habrían interrogado suficiente al darle la visa, y estampó un sello en su pasaporte.Ana siguió al malón de pasajeros dormidos que tambaleaban hacia una alfombra mecánica, y la alfombra los llevó hasta el otro lado del aeropuerto. Si una es de las que tiene miedo de volar, cuando espera que aparezca su bolso siente que, por haber sobrevivido al vuelo, ahora debiera ser merecedora de su vida, ¿no? Después, Ana subió y bajó escaleras mecánicas arrastrando el bolso, los ojos picándole de sueño, hasta los mostradores de las agencias de autos de alquiler. Alquiló el auto más barato, que resultó ser un auto enorme con caja automática y olor a nuevo.

Salir del aeropuerto, embocarle a las autopistas correctas en la telaraña de autopistas alrededor de Nueva York fue una hazaña de concentración. Lloviznaba y Ana tenía sueño, debía hacer un esfuerzo inmenso por abrir los ojos, pero los párpados se le caían, como si tuviese plomadas en las pestañas. Quería seguir, hacer el viaje de un tirón y después derrumbarse en el sofá de su hermana y hablar hasta la madrugada o hasta quedarse dormidas en el sofá. Cada vez le costaba más trabajo mantener los ojos abiertos. Las rayas blancas que dividían los carriles se borroneaban, parecía que lloviera de abajo hacia arriba. De golpe había lomas en la ruta. Lomas suaves que le pedían más esfuerzo de atención. Si se distraía y tomaba velocidad, aparecería un patrullero, le harían una multa y si no la pagaba antes de volver, quedaría embutida en las computadoras yanquis de extranjeros indeseables. Bajó una loma y por el espejo retrovisor vio, sobre la cima de la loma, la trompa de un camión inmenso, plateado oscuro, que comenzaba a deslizarse, como una bola de billar. Se corrió al carril de la derecha y el camión plateado la pasó haciendo estruendo, sacudiendo el suelo y regando lluvia. Era un camión con un contenedor en la espalda. Enseguida apareció otro camión, también con contenedor, también la sobrepasó, y detrás de esos camiones venían otros con casas de madera sobre el lomo, en vez de contenedores. La pasó una casa, otra casa, una fila de casas sobre los lomos de camiones plateados, inmensos. Ana ajustó el botón del

controlador de la velocidad en setenta millas y volvió a concentrarse en su carril. Pensó que no podría, que los párpados le ganarían. Entonces vio un cartel con unos signos que parecían indicar que en la siguiente salida, además de una estación de servicio, había un hotel. Bajó de la ruta. Era un hotel de mala muerte. Una mujer con el pelo atado tirante le preguntó cómo podía ayudarla.Tenía un aro en la lengua, un cilindro plateado. Ana contó que se le ocurrió contestarle que tal vez podría ayudarla con su vida, un camino en el medio de la bruma, pero solo dijo que quería un cuarto por un par de horas. Por un par de horas costaba lo mismo que toda la noche, dijo la recepcionista, que estiró la lengua hacia fuera de la boca, la enroscó y golpeó el aro contra un colmillo. Ana no protestó, no daba más de sueño. ¿Fumador o no fumador? Ana pidió fumador, la recepcionista le pidió la tarjeta, la pasó por una máquina que por suerte no la retuvo, y Ana firmó.

El olor del cuarto parecía como el que se siente al meter la nariz en un cenicero lleno de la noche anterior. Ana iba a abrir la ventana pero se arrepintió, era un hotel de esos que los cuartos dan a la calle y se sentía vulnerable, expuesta, que en cualquier momento podía aparecer un enajenado de Stephen King. Se aseguró de que la puerta estuviese bien trancada y fumó en la cama. Después se sacó la ropa y la dejó caer al piso. Fue al baño. En el baño había olor a antiséptico, como el de los hospitales. El olor la llevó de un saque a otro baño, otra época, y no era uno de esos recuerdos que una intenta traer a la memoria a propósito, ese algo largo tiempo olvidado, al que sólo conseguimos llegar al borde sin poder, al fin, asirlo, como decíamos, sino que era un recuerdo más bien caprichoso, independiente de una, que viene cuando quiere y enseguida se va. Cerró los ojos. Los abrió y se vio desnuda en el espejo. Cerró los ojos otra vez y entonces volvió a aparecer el recuerdo de ellos tres encerrados en el baño: su padre agacha la cabeza, Érica mira fijo hacia delante y afuera está su madre con los ladrones. Oyen risas. De hombre. Solo podemos escapar de esos recuerdos antojadizos si abrimos bien los ojos y los enfocamos en algo tangible, como ser una canilla. Después Ana abrió la ducha. El agua salía hirviendo y enseguida el baño se llenó de vapor. Durmió una hora.

Cuando abrió los ojos se sentía mejor. Sacó un jean limpio de la valija y también una polera.Volvió al auto. Seguía lloviznando, era una fibra pegajosa, más que lluvia parecía bruma. Manejó hasta la oficina de la recepción. Devolvió la llave y con dos monedas se compró un café en la máquina que estaba al lado de la puerta. Manejó despabilada, la radio prendida. La música era disco y el locutor hablaba parecido a un robot. Recién oyó la sirena cuando el patrullero estaba un metro

detrás de ella. Un policía le hizo señas para que se detuviera al costado de la ruta. Iba a descender del auto pero el policía, que se había bajado del patrullero y estaba parado pegado a su ventana, furioso, le ordenó quedarse en su asiento. La gorra parecía apretarle las sienes, las orejas despuntaban como manijas. Las manos eran grandes, las uñas cortas. Exageraba el gesto de disgusto frunciendo los labios. Ana le dio el registro y los papeles del alquiler. El policía le dijo que iba a noventa y cinco millas por hora, que ella era un peligro para sí misma y para los demás. Ana le contestó que eso era imposible, los camiones plateados la pasaban todo el tiempo, hacían estruendo y sacudían el suelo. El policía abrió grandes los ojos y se quedó mirándola, exasperado. Le preguntó de dónde era ella, Ma´am. Ana le dijo. El gesto del policía entonces fue de desconcierto. Ana tuvo el impulso de besarlo, nos contó. Cruzó los brazos, comprimiendo los pechos en el escote. Le explicó que iba a visitar a su hermana que era académica en Buknell, y quería darle una sorpresa. El policía ahora estaba a un metro de la ventanilla y desde ahí dijo que le perdonaba la multa, pero que se quedara en el carril de la derecha y ajustara el controlador de velocidad en sesenta y cinco millas por hora.

A esa velocidad,Ana se distraía aún más, y pensaba. Pensaba sin querer, como decíamos, pensaba cualquier cosa, un zapping de recuerdos espontáneos. Dos horas más tarde llegó al pueblo de su hermana, Lewisburg, y fue como llegar al mundo de Érica, todo se parecía a ella. Ya no lloviznaba pero el agua se notaba en el pavimento y en el brillo de las hojas doradas de los árboles. Manejó por calles rectas y simétricas, siguiendo el mapa. La casa de Érica quedaba en una calle idéntica a las demás. Era de ladrillos lisos, el techo gris. La rodeaba una lonja de pasto verdísimo circundada por una cerca de madera blanca. El corazón le repiqueteaba, contó Ana. Cruzó un portoncito y avanzó hasta unos escalones frente a la puerta. La puerta también era blanca y tenía una corona de muérdago. Mientras sonaba el timbre, a Ana se le ocurrió que no había previsto que Érica no estuviese en su casa cuando ella llegase. Pero al final la puerta se abrió y apareció su hermana, muy rubia, vestida de negro.

¿Ana?

Los ojos de Érica siempre fueron grandes y saltones, ¿te acordás?, y dijo Ana que en ese momento los agrandaba tanto que parecían a punto de salirse de los huecos.

Quise darte una sorpresa tuvo que empujar Ana.
Parecía que Érica trataba de decir algo, pero sólo la miraba. Entonces Ana se acercó. Estaban paradas una frente a la otra, muy cerca.Al fin

se envolvieron en un abrazo ligero, liviano. Después se miraron, como reconociéndose.
Estás igual dijo Érica, y a Ana le pareció que sonaba a reproche, que ella seguía siendo la misma argentina boba de siempre, nomás esperando casarse. Se le notaba en la cara y en el cuerpo. Después presionó:
Pasó algo.
No te gustó la sorpresa.
Érica seguía mirándola, tratando de descubrir en un gesto de ella el motivo real de su llegada. Ana dio media vuelta y fue hasta el auto, abrió el baúl y sacó su bolso. En las escaleras Érica le pidió que la dejara ayudarla con aparente naturalidad, porque parece que Érica no lograba disimular el desconcierto y la sacudida que la irrupción de Ana le daba a su mundo estable.
Ana se tiró en el sofá del living y esperó a que Érica volviera de la cocina con los cafés y la torta de banana hecha por ella misma. Durante un rato ninguna decía nada. Ana esperaba, le permitía a Érica acomodarse a la invasión. Después Érica le preguntó por sus novedades, que eran tan pocas, y le contó de su doctorado en ADN, de sus clases, de su competencia por ser jefa de departamento, de su último viaje a Montreal y a Québec.
¿Vos pensás en el robo, Érica? preguntó Ana de repente, tan de repente que la pregunta le sorprendió también a ella misma.
¿En el robo? dijo Érica, apenas pronunciando la erre, tantos años hablando inglés, se había conseguido acento para el castellano.
¿Vos nunca pensás en el robo? insistió Ana, las dos manos apretando el tazón de café con leche que, según Ana, más que café parecía agua del Delta.
No pienso en Buenos Aires.
Ana le vio dos rayas inclinadas entre las cejas, como una horqueta. El resto de la cara se veía lisa, muy blanca, de porcelana. Miró el living: más yanqui, imposible. Paredes de papel floreado celeste y el papel floreado haciendo juego con las cortinas y el ribete de los almohadones. Parecía que el living entero hubiese sido comprado por catálogo. Lo único que desentonaba era un muñeco inflable recostado sobre el piso. Era un hombre de plástico como el de los salvavidas, tamaño natural, con remera y sombrero.
Es Jack dijo Érica apenas se dio cuenta de que Ana lo miraba. Cruzaba los brazos y sonreía de costado. Algunas noches lo siento contra la ventana y se encarga de espantar intrusos siguió. Se había parado e iba hacia el muñeco. Lo levantó de un brazo y lo escondió detrás de un aparador repleto de platos y tazas.
Ana quiso saber si allí era inseguro. Parecía seguro. Érica contestó que por supuesto era seguro, pero que ser precavida nunca estaba de más.

Cenaron pollo con jengibre a las cinco de la tarde. Se oía el goteo cadencioso de la canilla de la cocina. De repente Érica le pasó a Ana la ensaladera y la apoyó sobre la mesa con tanta convicción que Ana temió que se rompiera y los vidrios, por todas partes.
Más tarde estaban las dos afuera, en un patiecito detrás de la casa, sentadas sobre sillones de mimbre, y el silencio todavía pesaba. Pilas de frases y preguntas se le amontonaban a Ana en el cuello y no largaba ninguna. Le volvían situaciones, contó, tantas situaciones que habían vivido juntas hacía mucho tiempo y ahora parecían vividas por otras mujeres. Entonces le contó de sus fracasos con los novios, con la facultad, con el trabajo. Érica no decía nada. Ana se daba cuenta de que relataba con la intención de hacerla reír, como si el hecho de que todo le saliera mal fuese un chiste para ella, tan perfecta.Ya estaban de nuevo en la cocina, Érica cargaba el lavaplatos.
No sabés cómo te admiro, Eri dijo, que tengas laburo acá, tan competitivo.
Hubieras seguido tu carrera.
Hubiera o hubiese no existe.
Lo que pasa es que sos vaga.
Y vos sos arrogante contestó Ana, que nunca tuvo capacidad para los chistes (si no son malos, son fuera de lugar o suenan a verdades que no piensa, después quiere atajar las palabras y ya es tarde) siempre se lo decimos.
Érica le clavó los ojos. La boca cerrada, tirante.
¿Me hacés el favor de fumar afuera?
Fumó afuera. Sentada en la silla de mimbre, miró el cielo oscuro. Era una noche fresca y sin ruidos, lo único que oía era el clink de la vajilla que Érica cargaba en el lavaplatos. Un rato después Érica apareció por el patio con un tazón de café y se sentó en la otra silla.
¿Para qué viniste, Ana?
Ana pensó en la vida organizada de Érica. En ese misticismo que nosotros, en Buenos Aires, le otorgábamos a su trabajo académico. Imaginó la rutina de facultad, con sus clases a la mañana, y las tardes investigando en el laboratorio o en la biblioteca, codeándose con otros científicos, comentando ideas tan abstractas que solo ellos entienden. Imaginó, dijo, sus fines de semana de papeles en blocks amarillos y café
beige y nada de quejarse porque si están agotados, que
no se note, a ver si los canjean por un científico nuevo,
uno con un currículum tan grueso como su empeño;
y otros fines de semana de poder hacer lo que se les
diera la gana porque tienen plata, pero al final, terminar obesos y
aburridos derrumbados en sofás: pochoclo,
sándwiches de pastrami, cerveza, Coca-Cola, los ojos

enfocados hacia el televisor que emite películas en
blanco y negro de Fred Astaire y Ginger Rogers, o
partidos de béisbol y de sóccer y de básquet y de lo que
venga.
Lejos, ladró un perro.
Quería verte, charlar con vos, que nos conociéramos.
Érica sonrió, apenas, ¿tal vez nerviosa? Después
dijo hasta mañana, cerró la puerta de su cuarto y Ana
caminó por la casa mirando todo, como si por conocer bien la casa
pudiera conocer mejor a su hermana.
Al lado de la puerta, hacia el sótano, había un piano.
Sobre el piano, un velador con una de esas lámparas
celestes de bajo consumo, que apenas iluminaba el
living. Inspeccionó. Abrió cajones, revisó estantes. En
el ropero del pasillo había sábanas y toallas organizadas
por color, de más claro a más oscuro, en pilitas perfectas, un arco iris
de toallas, como debía ser el ropero de un hotel.Todo ordenado y
pulcro. Jack estaba de nuevo en su silla al lado de la ventana, mirando
pasmado hacia ninguna parte. En el guest room (un cartelito en la
puerta indicaba que esa era la habitación de invitados), también
exploró el ropero, vacío salvo perchas de madera con bolsitas de
lavanda. El botiquín del baño estaba repleto de shampús y geles y
cremas chiquitas, como de muestras gratis.
A pesar del cansancio, no podía dormir.
A la mañana siguiente abrió los ojos y no sabía dónde estaba. El
empapelado de flores y el olor a lavanda le hicieron acordar que
estaba en lo de Érica y que había viajado para forzar el vínculo,
recorrer el pasado con su hermana y tal vez sacar alguna conclusión
acerca de ella misma que la ayudara a cambiar su vida, atiborrada de
fracasos.
Érica ya se había ido. Había dejado una nota sobre la mesa, con
instrucciones para el desayuno.Ana debía que tener cuidado con el
teflón de la sartén y con no dejar todo sucio sobre la mesa sino en el
lavaplatos. Estaba contenta de estar sola. Le hacía bien el silencio.
Sólo el ruidito del huevo friéndose, el chorro del café, las páginas de
un diario muy gordo, repleto de anuncios publicitarios, saldos y
ofertas de empleos. Salió a caminar enseguida después del desayuno.
Los árboles tenían hojas doradas y amarillas y las calles parecían tan
impecables como la casa de Érica. Pasó frente a una juguetería con
juguetes de madera en la vidriera: azul, verde y rojo. Al lado había
otro negocio con adornos de cerámica, después otro de antigüedades
y, en la esquina, el correo. Se aburrió rápido, contó Ana, el barrio de
Érica muy pronto era predecible. Dio media vuelta y se cruzó un
gordo jar head con camisa de soldado y respiración asmática. Detrás

venía una mujer de shorts y piernas con várices como gusanos, tironeando la correa de un perrito blanco con chaqueta escocesa. En la siguiente esquina vio un bar pituco, imitación antiguo. Entró, en la barra había un hombre de visera azul y un clip en la solapa que decía que se llamaba Ted.Ted era gordo, gordo como todos los habitantes de ese pueblo. Ana le pidió una taza de café con leche y una rosca de azúcar, y sintió que poco a poco se iba camuflando en el pueblo de su hermana. Ted, pura sonrisa amarilla, pareció descubrirla en el camuflaje, y de golpe le preguntó, con voz gangosa, de dónde era ella. Argentina, beef and Maradona, dijo Ted, y cuando Ana se estaba por ir le preguntó qué hacía una argentina en Lewisburg. Al final resultó que conocía a Érica de las clases de yoga y dijo que era increíble lo poco que se parecían.

¿Por qué le dijiste a Ted que sos actriz? le preguntó Érica, furiosa, cuando volvió de la universidad.

Ana dormía en una de las sillas de mimbre, al sol. También le dije que soy famosa en Argentina y que a Maradona lo conozco de los boliches le contestó Ana.

Érica asomaba la cabeza desde la puerta de la cocina. Los ojos inmensos.
¿Sabés por qué nada te sale bien,Ana? replicó Érica. Porque inventás tu vida.
Al cerrarse, el mosquitero hizo un flap abrupto, como un tiro. Ana volvió a taparse los ojos con el brazo. No había entendido lo que Érica había querido decirle. Pero Érica, desde la cocina, siguió diciendo que en Lewisburg todos la conocían, que no se metiera en su vida. Cuando era chica, Ana sentía que si cerraba los ojos, se escapaba del mundo porque ya no lo veía. Ahora, con los ojos cerrados, sentía todo lo contrario, que en la oscuridad había certeza.Tuvo hambre. Entró a la casa. Érica estaba en la mesa de la cocina, recortaba cupones de descuentos del diario y los guardaba en cajoncitos transparentes, etiquetados. Ana abrió la heladera para ver qué había para hacerse un sándwich y vio montones de cajas plásticas con rótulos. De golpe quiso, con toda su fuerza, que Érica estuviese contenta con su visita.
Qué bueno dijo. No dependés de nadie.
Entonces dejate de vagonear.
Es lo que voy a hacer. Me lo propuse.
Arreglate y vamos a comer afuera.Yo invito.
El restaurante se llamaba Gabriel´s y las mesas estaban todas ocupadas. Caminaron por el laberinto entre
las mesas. El suelo era de madera y sus pisadas hacían
ruido hueco. Las cabezas de todos se torcieron en

dirección de ellas.
Te miran a vos dijo Érica cuando se sentaron. La frase fue como un latigazo, nos contó Ana. ¿Sabés por qué no estudiás,Ana? siguió Érica, los ojos inmensos entrecerrados, las manos cruzadas
sobre la mesa. Porque nada que hagas va a ser más
que tu cuerpo.
¿Qué?
Leé el mito de Narciso. Narciso tampoco pudo. Ana permaneció callada, los puños apretados. Esperó hasta poder tragar la frase, atrancada en el cuello.
Comprendía que su silencio confirmaba la frase, como
si de veras fuese eso lo que abría un abismo entre ellas
dos. La miró leer el menú. Recitaba las especialidades
de la casa en francés con acento yanqui.Ana maldijo el
acento, qué se venía a hacer la yanqui con ella. Prendió un cigarrillo. Érica la miró espantada. La obligó a
apagarlo. Gabriel´s ni siquiera tenía sector fumador. ¿Y vos no pensás en las cosas que pasaron, las
buenas o las malas? preguntó Ana.
Érica ni se inmutó, tal vez no la había escuchado.
Entonces siguió:
No pensás en qué hubieses hecho diferente, qué
cambiarías, y cómo ahora todo sería distinto si hubieses hecho algo diferente.
Vos misma dijiste que hubiera no existe.
Ana le explicó que antes pensaba marcha-adelante, quería adivinar si conseguiría un hombre que la cuidara, porque no podría vivir sola. Ahora seguía sola, entonces pensaba marcha atrás, imaginaba efectos diferentes para cada situación que recordaba, para cada posible reacción que se le ocurría. Como caminos paralelos.
Es como soñar deliberado dijo. Marchaadelante o marcha-atrás.
Justo apareció el mozo y Érica dijo que la dejara ordenar a ella y le pidió al mozo langosta y chardonnay. Después ella mordió un grisín de sésamo y, de repente, levantó la vista, se miraron un segundo y enseguida las dos bajaron los ojos.
¿En serio no pensás en el robo, Eri?
No se me pasa por la cabeza contestó Érica, muy rápido.
Lo dijo sin acento. Enseguida le contó que su novio, un tal Joshua, de Maine pero vivía en Portland, era buzo y buceaba langostas.También dijo que se veían fin de semana de por medio, una vez ahí, la siguiente en Portland.
A la noche, otra vez, Ana no tenía sueño. Érica se había acostado enseguida, dijo que había sido una semana agotadora, corriendo con la preparación de una ponencia para un congreso que tendría lugar un

mes más tarde, que la disertación se mandaba antes, y un jurado la aprobaba o la rechazaba, y dijo otras cosas a las que Ana no prestó demasiada atención.Tomó una cerveza en la cocina, al lado de la ventana, frente a Jack. Se asomó a la ventana y vio el cielo oscuro y algunas estrellas.
Al día siguiente era sábado y los sábados Érica iba al supermercado por la mañana y por la tarde limpiaba la casa. Ana le dijo que la acompañaría. Se puso el mismo jean y un par de zuecos. Fueron en auto. Érica tomaba el volante con brazos firmes, parecían arpones. El camino zigzagueaba en un campo verdísimo, crespo y esponjoso, todo de tréboles.Al costado del camino asomaban casitas prolijas, diferentes y al mismo tiempo parecidas, de una planta y con buzón en la entrada. El supermercado parecía un shopping center. Ana no ayudó con la lista, seguro que se equivocaría de marca. Érica dijo que no se trataba sólo de mirar cuál producto tenía el precio más bajo, había que fijarse también en la cantidad de producto que tenía cada envase y, además, conocer el rendimiento.Y ni hablar de la calidad. Ella iba llenando el carrito mientras circulaban entre kilómetros y kilómetros de góndolas con tanto despliegue de artículo indispensable para la vida norteamericana, que a Ana le hacían pensar en la cantidad de frases que se le iban acumulando sin decir. Se le ocurrió que en ese país, el tren de la historia avanzaba, veloz, sin detenerse a esperar rezagados, y de golpe, perdió de vista a su hermana. Se sentó cerca de las cajas registradoras y un rato después apareció Érica empujando el carro lleno, un par de zuecos idénticos a los que Ana tenía puestos, encima de todo.
Si te aburriste, vamos yendo dijo Érica.
Ya en la casa, Ana se escapó a la habitación de invitados y durmió una siesta. Cuando despertó, Érica había puesto la mesa con un mantel blanco y dos candelabros antiguos con velas encendidas. Tenía un delantal en la cintura y los zuecos nuevos. Parada al lado de la mesa, la miraba sonriente. Ana le dijo que estaba todo muy lindo y tuvo la sensación de que estaban siempre frente a una mesa, ¿no? Que comían y apuraban el tiempo.
Mañana me voy dijo Ana.
Érica no dijo nada.
Entonces Ana siguió:
Tengo ganas de conocer Nueva York. Aprovechar que está tan cerca.
Te hago un mapa y una hoja de ruta le dijo Érica. Por la autopista es una pavada. No te podés perder.
Después dijo que había cocinado los platos preferidos de Ana. Sirvió vino en las copas. Comieron tallarines al pesto. Hablaron de la competitividad en el trabajo académico, que incluso es más estresante que en un banco o una empresa. Hablaron con la cordialidad de dos

desconocidas, contó Ana. De repente,
pensó en el tren de la historia y dijo:
A la mañana siguiente no fuimos al colegio, ¿te
acordás? Cocinamos tortas fritas con mamá y papá fue
a hacer la denuncia. ¿Te acordás que a la tarde nos
dejaron ver televisión y que tomamos Coca-Cola? Érica la miraba en silencio, con los ojos apretados. A mí no me hicieron nada.
Basta, Ana.
El nervioso no me creía la edad, pero el otro sí,
y oyeron la bocina, aquella bocina de no sé dónde.
Creyeron que era una sirena, levantaron la caja fuerte
y me devolvieron al baño.
Érica se puso de pie. Fue a la cocina.Volvió. Sirvió
más vino en la copa de Ana. Las servilletas eran de
papel rojo y verde, tenían un Papá Noel en un borde
y eran demasiado lindas para ser descartables. Lo que más me acuerdo es el olor. El olor a
lavandina del baño, ¿vos?
Érica se levantó otra vez. Desapareció en la cocina. ¿Te sigue gustando tanto el flan? gritó desde
allá. Me acordé de que te gustaba el flan y compré
creme brulée en sobre. Sólo hay que mezclarla con leche
y parece casera.
Contó Ana que no sabe si fue por el vino o qué
fue, pero el ambiente parecía ameno, íntimo. Ella pensaba que se iría con la sensación de haber conquistado
un poco a su hermana. Las charlas por teléfono de los domingos, de ahora en adelante, serían más personales. Se puso de pie a poner un disco. Eligió uno de jazz. El suelo giraba y Ana le echó la culpa al vino.Vio la copa de Érica vacía, la botella también. Lo que pasó después es difícil de contar, dijo Ana, todo sucedió entrecortado y veloz: Érica había estado un rato eterno en la cocina, puro ruido a batidora.Volvió con el creme brulée en una mano y una salsera plateada en la otra, y cuando le faltaba un metro para llegar a la mesa se le trancó un zueco en la alfombra, se resbaló y cayó al piso con salsera y creme brulée incluidas. Pegó un gritito y Ana saltó a ayudarla a levantarse. Érica la empujó y le gritó que se ocupara del creme brulée, que arruinaría la alfombra. Se dio vuelta y vio un enchastre amarillo, apelmazado y lleno de grumos, entre los flecos de la alfombra. La salsera boca abajo. Ana y Érica se miraron. En los ojos de Érica había fuego. Gritó:
¿Para qué viniste,Ana? ¿Se puede saber para qué?
Érica lloraba. Lloró un rato y Ana la miraba petrificada, nunca la había visto llorar. De repente Érica empezó a reír. Primero despacito y

después a carcajadas.Ana se tentó también. Reían las dos. Érica apretaba los brazos contra el pecho. Ana reía tanto que se le caían lágrimas. Parecía que Érica trataba de decirle algo y no podía por culpa de reír tanto. Al final le entendió: que Joshua no existía, ella no tenía novio, ja, ja...

Charlaron hasta la madrugada. A las siete llegaron los amigos académicos de Érica y trabajaron en el living. Ana durmió un rato, oyendo un murmullo de fondo. Después se despertó y dio vueltas por la casa, chequeando de no olvidar nada.Al lado del lavarropas estaba Jack, tumbado a un costado. Escribió una nota de agradecimiento, la hizo un rollito y la puso en la mano de Jack. Érica entornó la puerta del living y se despidieron en la cocina. Esta vez se abrazaron fuerte.

El día era perfecto para manejar. Había un cielo muy claro, casi blanco. A Ana el camino de vuelta hacia Nueva York le pareció más directo, no tenía que titubear con los carteles: todos conducían a Roma. No tuvo problemas con policías por exceso de velocidad ni la pasaron camiones con casas en la espalda. Estaba contenta y sentía una sensación extraña, nueva, una especie de invulnerabilidad. Lo que pasa, le dijimos, es que una a veces tiene miedo de estar contenta; si te soltás, sufrir puede volver, ¿no?

Después de cuatro horas de viaje, de golpe, asomó a lo lejos el contorno de la ciudad de Nueva York.

Leo, de Los Caimanes

En septiembre las calles del frente de Los Caimanes están tapizadas de blanco. Son los frutos de los plátanos que se desmenuzan en penachos y vuelan arrastrados por el viento, cubriendo las calles, cunetas, jardines, autos y techos, parece nieve.

Parece nieve dice Leo.

¿Podés concentrarte en lo que te estoy diciendo? dice Iván.
¿Qué estás diciendo?
Necesito tiempo, Leonor dice Iván con la voz áspera, como si le surgiese del estómago. Nunca la ha llamado Leonor. Siempre la ha llamado Leo, porque Leonor es antiguo.
¿Tiempo para qué?
Tiempo para mí.
¿Querés una Coca, Iván?
No quiero nada.
Iván quiere tiempo, que nunca alcanza. Entonces inclina la cabeza, apoya los codos sobre las rodillas y sostiene la cabeza entre las manos. Leo se pone de pie de un salto. Ya está medio camino hacia la cocina y se detiene a mirar por la ventana: el jardinero va y viene con la máquina de cortar pasto. La máquina sin la bolsa. ¿Cuántas veces le habrá dicho que usara la bolsa? El pasto se desparrama por la galería, ensucia la pileta.
Miralo a Peto, otra vez cortando el pasto sin la bolsa dice Leo.
¿Me escuchás, Leonor?
En la cocina Gladys saca hielo y Leo corta un limón en rodajas. Gladys se acortó el delantal. Otra vez. El ruedo sobre las rodillas. Pareciera que el mundo se rebelara contra ella. Qué podés esperar de una ignorante, ha dicho Iván alguna vez que la escuchó protestar por culpa de Gladys. Gladys deja a su hija con una tía para trabajar. Leo no podría dejar a sus hijos. Gladys tiene un sueño, quiere ser enfermera. Leo le ha dicho que para qué atender enfermos cuando podés atender sanos, y Gladys encogió los hombros y se calló. A Leo le gustaría tener un sueño. Antes soñaba con una casa con marido e hijos, pero ese sueño fue una trampa. Algo parecido a lo que le dijo a Iván cuando hace una semana le habló de irse con la tetona del anexo. Para qué te vas a ir con ella si la única diferencia entre ella y yo son diez años en

el mundo. La única. Leo la conocía del gimnasio.Apenas se mudó, la distinguió en el inmenso espejo donde se repetían todas las gimnastas del country, en calzas y tops y cuerpos duros o endureciéndose. La distinguió por las tetas.Todas nos parecemos, pensó Leo, pero las que más nos parecemos somos la tetona del anexo y yo. Era irónico que la hubiesen bautizado la tetona porque ahí en el country todas tienen tetas, pero la ironía era una forma de reconocimiento, de decirle que se notaba que las suyas no eran compradas.

Leo pone los vasos, el limón, el hielo y la botella de Coca sobre una bandeja. Se acuerda de las almendras. Las compró para alguna ocasión especial.Y las escondió de los chicos pero no recuerda dónde. Trepa a la escalera.Ahí están, debajo de la caja con los regalos de casamiento envueltos en papel de seda. Las cubre una película blanca y millones de bichitos minúsculos. Vuelve al living con la bandeja, sin las almendras. Iván no levanta la vista, sigue inclinado, pasando las llaves de una mano a la otra.

No te va a faltar nada dice Iván antes de que ella se siente.

Un marido, piensa Leo. Me va a faltar un marido. Sola acá en el country, me van a desmenuzar en pedacitos. Cuchichearán a mis espaldas, le inventarán antecedentes a Iván con la del lote 36 A, y seguro me descubrirán dejadez. Se notará porque no tengo nada que decir en los asados, no participo de los torneos intercountries de tenis ni de los grupos de jardinería, ni de los cafés, me olvido de asistir a las reuniones de residentes y no estoy en ninguna comisión.

El brillo de los ojos de Iván se ha disuelto un poco, están más azules. Es muy buen mozo, piensa Leo. El tiempo no ha sido duro con él. Es entendible que las mujeres quieran robárselo. Además, hoy por hoy no hace falta empujarlo adonde ya llegó. Tiene todo lo que soñó a los veinticinco. Su sueño no fue una trampa, piensa Leo.

En cualquier momento llegan los chicos dice Leo.

Justo golpean la puerta. Leo salta a abrir. No son los chicos. Son dos señoras de Pastoral, que ella ya ha visto algunas veces.Vienen en polleras de jean y ojotas. Dicen:Traemos la invitación para el bingo del viernes. Lo recaudado es para el comedor que apadrina Los Caimanes. Leo les agradece y lleva el papel de la invitación a la cocina. Al bingo puede ir sola. Es una marabunta de gente, entonces no va resaltar demasiado que ella esté sola. A los chicos les encantan los juegos de azar. Justo llegan del colegio, con sus uniformes y arrastrando las mochilas sobre rueditas.Vienen muy serios y saludan a Iván con cortesía, como si se tratara de un desconocido.

Muchas veces Iván se quejó de la manera en que él fue educado, pero al final repitieron el mecanismo: se esforzaron por mandarlos a un buen colegio (es decir un colegio bilingüe), por inculcarles a acatar las formas y pulir los modales, lo que terminó siendo un calco de la

educación de la que se quejaba de haber recibido.Ahora la mira, la ranura entre los ojos hundidísima:
No tiene que ser definitivo.
Nosotros íbamos a ser definitivos.
Si dramatizás es peor.
Lo peor viene después. Al principio los días pasan veloces.Va y viene detrás de cualquier cosa, como una sombra. Duerme siestas a horas insólitas. Cada vez que suena el teléfono, salta a atender y después no presta atención a lo que le dicen. Su hermana le recomienda que se mude, que cambie de aire. El clínico le recomienda Rivotril para el dolor en el medio del pecho, pero la analista dice que el Rivotril neutraliza los síntomas y son los síntomas los que la ayudarán a hacer el duelo. Leo no está segura de que mudarse sea bueno. Recién estrenan la casa, se acaban de mudar de un lote mal orientado a este bien orientado.Además, en el country los chicos pueden ir de acá para allá sin peligro y ella no tiene que preocuparse por su seguridad. Su hermana no entiende que acá se sienta protegida.
Va al Bingo. Es un error. Conversa con la del 102. Dice que todas las del anexo son gatos, pendejas que apenas pusieron un pie en el country se dieron cuenta de que habían ido por poco, que a sus maridos sólo les alcanzaba para esos lotes diminutos y en cuotas y en promoción para hijos de socios recién casados y ahora salen por más. Leo entiende que la del 102 se indigne y esté ahora de su lado, pero también sabe que ocurrirá lo que ocurrió con la ex de Salcedo, a los dos meses, nadie se acordaba de que existía.
Comparte cartón con sus hijos pero no ganan nada. Vuelven temprano, Gladys está todavía despierta. Mira un programa por televisión. Después de acostar a los chicos, Leo prende el televisor en el mismo canal que miraba Gladys. Es el mismo conductor que ha visto otras veces. Toma el micrófono con ambas manos y grita, y el grito se oye con eco. Montones de papelitos de colores caen del techo y comienza una música con trompetas. El conductor dice que esa noche le han cumplido el sueño a Esther, de Burzaco. Esther, de Burzaco, ha podido reunir a su madre con sus hermanos, que hacía sesenta años que no se veían. Seis viejitos se abrazan en una lluvia de papelitos, al son de las trompetas. Las cámaras enfocan al público, que llora enternecido.
Leo apaga el televisor y camina hacia la puerta. Sale al jardín con un vaso en una mano. La luna es una rayita apenas curva en el cielo negro. Casi no hay estrellas. A la izquierda de la luna brilla un círculo amarillo fuerte, demasiado cerca para ser una estrella. No se mueve, así que no podría ser un avión. Se pregunta si será un satélite que los vigila. Sólo por arriba alguien podría ver a la gente de Los Caimanes, porque por los costados los oculta el muro. No hace frío, entonces decide dar un paseo.

La calle está resbalosa, culpa del colchón de penachos, que ahora están mojados por el rocío. Una fila de arbolitos con tutores bordea la calle.Al fondo es lo de Pérez Lavalle, que son fervorosos de Los Caimanes, integran la comisión de admisión y la de fútbol. Los Pérez Lavalle están en el living, los ve por la ventana. Puede acercarse hasta unos pocos metros del vidrio, total con la luz encendida no pueden verla. Él juega a las cartas sobre una mesita. Debe ser un solitario. Ella mira una serie norteamericana por televisión. Enfrente es lo de Sánchez Quiroga, que tienen una hija en silla de ruedas. La única ventana encendida de la casa es una chiquita, al costado. Es un baño. Javier Sánchez Quiroga fuma un porro sobre el inodoro y lee una revista. El resto de la casa está dormida. Por suerte no tienen perro que ladre y alcahuetee. La siguiente es la casa de Virgi, la campeona intercountry de tenis. Rosales cargados de rosas inmensas y rojas, irreverentes, cubren la pared y el cerco del jardín. Leo espía el living a través de los rosales. Hay invitados. Los hombres están de pie al lado de la parrilla, riéndose. Las mujeres cuchichean en un semicírculo al final de la mesa. Quisiera acercarse y escuchar si hablan de ella. Cree oír su nombre, pero no puede escuchar lo que dicen. Quisiera tener un sueño, se dice Leo. Si tuviera un sueño. Sigue caminando, mientras se imagina a sí misma escribiendo una carta al programa de televisión en el que le cumplen un sueño a la gente y pidiendo un marido. Uno que se quede.

Al fondo de la calle hay una estatua de una Virgen. Las flores en el jarrón debajo de la virgen están marchitas. Ese es el sector de las casas modernas, cuadradas y chatas. Se acerca a lo de Sánchez Sarmiento (que no son parientes de los Sánchez Quiroga). El living emana música y tiene un ventanal de piso a techo, y hay una luz roja encendida. Pedro Sánchez Sarmiento baila en calzoncillos.Tiene un micrófono en la mano que parece de juguete. Debe ser de juguete, piensa Leo, porque la canción proviene del equipo de audio que titila a un costado. Es un tema nuevo de cumbia villera, lo pasan todo el día por la radio. Pedro imita al cantante, mueve la pelvis y zamarrea el pelo largo de la peluca.

Leo sigue su caminata, ahora por la calle principal. Llega hasta la fracción de los eucaliptos viejos que sobrevivieron al loteo. Hay un auto estacionado debajo de los árboles. Adentro hay una pareja. Ella parece ser una de las organizadoras del bingo, la distingue por el pelo amarillo, casi blanco, pero a él no puede verlo porque el vidrio está empañado. Da la vuelta y retrocede. Una liebre inmensa, que parece un conejo de Pascua, cruza la calle. Dos cuadras más allá está el muro. Es de ladrillo, alto, tiene alambre de púa enrollado encima y vidrios incrustados en el cemento. Leo camina despacio hacia la garita de los guardias. Un reflector surge de la garita y la encandila. Queda ciega,

paralizada. Del centro de la luz sale un guardia con un arma larga que le cruza el pecho.
Alto. Quién anda.
Leo retoma la calle que va hacia adentro de Los Caimanes. Camina muy rápido, vuelve a su casa. Mira la casa desde la calle, como miró las otras casas. Todas las ventanas están oscuras salvo la de Gladys. Se acerca a la ventana.Ve a Gladys sentada en su cama, se pone crema en los muslos, en los brazos, y mira el mismo programa de televisión. Leo mira la tele de Gladys desde la ventana. El conductor está señalando una caja de vidrio llena de sobres. Dice que el último sueño que se cumplirá esa noche pertenece a una persona muy especial. Que la persona muy especial se llama Andrea y es parapléjica.Andrea estudia abogacía, y ella y su familia están por ser desalojados de su casa porque su padre está enfermo y no puede trabajar y su madre no puede moverse de al lado de su hermana, que está postrada en la cama.
Andrea, de La Paternal grita el conductor. Se oyen grititos de anticipación, las cámaras enfocan a Andrea en su silla de ruedas.
Andrea, de La Paternal, ¿cuál es tu sueño? grita el conductor.
Andrea está en trance. Tiembla todo su cuerpo. Abre la boca y la cabeza comienza a sacudirse hacia un lado y hacia el otro. Las cámaras enfocan súbitamente al conductor. El conductor explica que Andrea,
de La Paternal, está muy emocionada. Que, como todos los televidentes deben imaginar, el sueño de Andrea es una casa. Comienzan las trompetas y los papelitos, Andrea permanece inmóvil, como si no entendiera, y el conductor, apretando el micrófono contra su pecho, llora.
Gladys también lagrimea. Mañana es sábado y Gladys tiene franco.
Leo se sienta en una silla de la galería. Mira el cielo oscuro, sin estrellas, sin luna. Se queda mirando el cielo durante horas y horas, hasta que el sol, un óvalo anaranjado, surge detrás del muro.

Dos chicos

La lancha colectiva acaba de dejarnos, a mi hijo y a mí, en el muelle de la pizzería de Paco, sobre el río Pajarito. La luna brilla sobre el agua y grillos y ranas cantan todos al mismo tiempo. Paco nos prepara una mesa sobre el muelle, pegada a la baranda. Enciende una velita dentro de un frasco. Puedo sentir el río y el vaho de la vegetación alrededor nuestro. Es la primera vez que vengo de noche. De día el río es vehemente, en cambio ahora, de noche, es calmo. Me inspira a aflojarme y tener pensamientos optimistas. Paco nos trae una pizza de muzzarella y un porrón de cerveza, y dice que hoy el día fue tranquilo, qué lástima que no viniste, piba. Mi hijo agacha la cabeza y mira su plato. Paco tiene rastas en el pelo largo y usa un chaleco de gamuza negra sin remera. Se queda un rato parado al lado de nuestra mesa y al fin dice:

No parecen madre e hijo. Parecen hermanos.

Antes de irse enciende la vela de nuestra mesa, que la brisa había apagado. Mi hijo no se ve contento. Nunca le ha gustado que parezcamos hermanos en vez de madre e hijo. Detrás de él chispean las luces de colores que Paco ha colgado del techo de la pizzería. Refunfuña. Le tomo una mano y sonrío. Con pocas ganas, me devuelve la sonrisa.

Contame algo de cuando era chico dice, de repente.

Tengo mala memoria y cuando miro hacia el pasado, todo parece lejano y ajeno, como si se tratara de la vida de otra mujer. Mi hijo sonríe, esperando. Después come pizza con la mano y ninguno de los dos dice nada durante un rato largo.

Tu padre y yo éramos chicos cuando vos naciste digo, al fin.
Eso ya lo sé, contame una anécdota, contame una historia o algo dice él.
Mientras pienso comemos en silencio. No es la primera vez que mi hijo me pide que le cuente una historia de cuando él era chico. Siempre me ha costado recordar en el momento de recordar, las historias del pasado me vuelven cuando yo no las evoco: estoy en el colectivo, por ejemplo, y me acuerdo de algo, y trato de retener eso

que recuerdo para después contarle a mi hijo, pero enseguida después el recuerdo se ha esfumado. Paco nos trae otro porrón. Me reclino sobre el respaldo de mi silla y miro el río.Tomo cerveza y siento la presión de la expectativa de mi hijo. No se me ocurre nada. Pienso, pienso, escarbo en mi memoria. Sé que no tengo otra alternativa de conversación con él que un recuerdo de cuando él era chico y no consigo recordar nada. Dale, hacé un esfuerzo, me digo. Algo tenés que acordarte.

Una vez un chico y una chica tuvieron un hijo digo, al fin, no demasiado segura de lo que voy a contar. Eran tan chicos para ser padres que las familias de los dos se ofrecieron a darles una mano. Era enero. Durante todo el mes se quedaron en la casa de los padres de ella, en Del Viso. Hacía mucho calor y era mucho más agradable estar con un bebe recién nacido en una casa que en un departamento. Las hermanas de la chica se peleaban por tenerlo para que ella descansara un rato. En febrero, los padres de la chica llevaron a sus otras hijas de vacaciones a Mar del Plata. Todavía hacía mucho calor. La madre del chico los invitó a que pasaran ese mes en la quinta de su familia en Escobar. A esa quinta iba toda la familia del chico, tíos, tías y hermanos, porque había pileta. Los fines de semana los tíos del chico pasaban el día ahí y a la noche se iban a sus departamentos en Buenos Aires. Durante la semana quedaban las mujeres con sus hijos. El bebe tenía tres semanas y era la novedad para todo el mundo. Querían alzarlo, hacerle muecas, besarlo. Siempre lo devolvían llorando y la chica lo amamantaba para que se calmara. Se encerraba en el cuarto que les habían dado al fondo de la casa, porque en esa familia era mal visto amamantar en público. Ponía al bebe contra su pecho hasta que se calmaba. Salir de la multitud y encerrarse en ese cuarto era maravilloso. Había una calma muy dulce que contrastaba con el griterío de la sala. Casi siempre venía el chico detrás de ellos y los miraba, callado, como si todavía no pudiera acostumbrarse al hecho de que hubiese otra persona entre él y la chica. Ella terminaba de amamantarlo, el chico iba al baño y traía el cambiador, el óleo calcáreo, un pedazo de algodón y un pañal. El chico parecía disfrutar incluso más que ella ese momento de intimidad de los tres, en contraste con el ruido de la multitud arrebatada en el resto de la casa. La historia que te estoy contando sucedió un sábado. La multitud se quedaba a cenar. La suegra de la chica había hecho lentejas porque tienen hierro y a ella le venía bien el hierro porque estaba tan flaca. La multitud se quejaba porque hacía demasiado calor para lentejas. Tomaban cuba-libres, comían salamín con queso, hablaban muy fuerte y reían a carcajadas. Cuando la suegra dijo que estaban las lentejas en la mesa, el bebe empezó a llorar. Lloraba a los gritos. La chica lo llevó

al cuarto. Se sacó la remera y lo puso al pecho. El bebe trataba de mamar, abría la boca y chupaba, pero parecía que no conseguía nada, entonces lloraba más fuerte. Ella no sabía qué pasaba. El chico caminaba por el cuarto con las manos detrás de la espalda. De golpe abrió la puerta, asomó la cara al pasillo y además del llanto del bebe oyeron a la multitud en el comedor. El chico miró a la chica con el ceño encogido, cruzó los brazos.

No sé lo que pasa dijo la chica comió hace menos de dos horas, tal vez no tenga hambre y le pase otra cosa.

En esta casa se respetan los horarios dijo el chico.
El bebe lloraba cada vez más fuerte. Los pechos de la chica estaban inmensos y agarrotados, los pezones color violeta. Los tapó con la remera.
Tal vez si trato de ablandarlos con calor dijo la chica.
Le pidió al chico que sostuviera al bebe mientras dejaba correr el agua de la ducha sobre sus pechos. El bebe seguía llorando. La chica apretaba los pechos con las dos manos para que se ablandaran, pero seguían como piedras. El chico se asomó al baño. Ella tuvo vergüenza de que la viera desnuda, tan flaca, con esos pechos gigantes y rígidos, otros. Se tapó con la cortina de la ducha. El chico daba saltitos con el bebe en brazos para que se callara, pero gritaba cada vez más fuerte.
De golpe golpearon a la puerta. Era la suegra.
Chicos bramó está la comida.
Andá vos susurró la chica decile que no tengo hambre.
No hizo falta que él le dijera que en esa casa te sentabas a la mesa aunque no tuvieras hambre. No dijo nada, nomás se miraron.
Debe ser por el sol.
Él la miró angustiado. Ella vio en su cara el año entero que habían vivido: ella no pudiendo empezar la facultad porque estaba embarazada, se casaban, trabajaba todo el día en el instituto de inglés porque él no tenía trabajo y todavía no se había recibido. Era como hacer marcha atrás en ese año, y todo lo que les había pasado se reflejara en su cara: el día que dio positivo el análisis; el casamiento de apuro y las miradas de reproche de los padres de los dos. El embarazo no había sido igual para el chico que para la chica. La chica había sentido al bebe dentro suyo, él había sentido miedo, ella lo sabía aunque él nunca lo hubiese dicho. Al final el chico terminó eligiendo el primer trabajo que apareció aunque no fuese lo que le gustaba ni tampoco para lo que había estudiado.
Ella lo entendía a él muy bien pero en ese momento lo único que quería era que la dejase sola con el bebe. Ella se tranquilizaría, podría ablandar sus pechos y amamantarlo al menos unos minutos y el bebe se dormiría.Al fin el chico se fue. El bebe seguía llorando. Lo dejó

sobre la cama. Lo miraba patalear mientras con las dos manos se apretaba un pecho primero y después el otro para forzarlos a que largaran la leche enquistada.
El chico volvió:
Dice mamá que no se amamanta a la hora de comer.
Se quedaron mirándose un rato sin decir nada. Ella quería escapar, salir corriendo y correr hasta esfumarse, pero el bebe lloraba tanto. El chico levantó los hombros. Ella sintió sus propios ojos cargados de lágrimas y sintió vergüenza, porque el chico, su marido, no sabía llorar. Entonces se dijo: no voy a llorar. Mientras tanto seguían mirándose sin decir nada y el bebe seguía gritando. Eran gritos secos, cansados. El chico se levantó de golpe, fue al baño y volvió con papel higiénico. Se lo dio a la chica para que se sonara la nariz. Después el chico la abrazó. Por encima de su hombro, ella podía ver al bebe todavía pataleando. El chico le puso el chupete y se calmó un rato, ya agotado. Respiraba hondo, con suspiros inmensos. De golpe cerró los ojos y, boca arriba, se rindió y se durmió. El chico revolvió el bolso. Sacó un aparato que los de neonatología les habían vendido en el hospital. Era un tubo transparente dentro de otro tubo transparente y en la boca del tubo una sopapa de goma. Se llamaba sacaleche, y la marca era Kaneson . Lo fabricaban en China y era muy caro, lo habían comprado entre las suegras porque la neonatóloga les había asegurado que la chica lo necesitaría. Cuando la chica vio el aparato, se sentó sobre la cama, rendida. Dejó caer la toalla que la tapaba. El chico colocó el aparato sobre uno de sus pezones. Tiraba del tubo de afuera, una vez, otra. La chica miraba hacia un costado. Le dolía, era un ardor muy fuerte con mezcla de picazón. Poco a poco el tubo empezó a salpicarse de gotitas blancas. El chico susurraba frases que la calmaban, que la hacían creer que pronto todo estaría bien. Decía: sos la chica más linda del mundo, tengo tanta suerte de que estés conmigo, me volviste loco el día que te vi por primera vez en la calle, ibas en bici. Lo repetía y repetía, siempre en el mismo tono calmo y hablaba de cosas que iban a hacer los tres. La chica seguía sin poder frenar las lágrimas y un rato después el tubo se había llenado de leche hasta la mitad. Ese pecho ya estaba blando. El chico fue al baño y lavó el tubo. La multitud parecía haberse serenado también, apenas oían un murmullo de fondo. El chico volvió con el tubo limpio y lo colocó en el otro pezón. Un rato después se había llenado el tubo hasta la mitad y ese pecho también estaba blando. El chico apagó la luz del cuarto, sólo quedaba prendida la del baño. Se recostaron al lado del bebe. No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando el bebe empezó a lloriquear de nuevo, había silencio en la casa. Ella lo puso en un pecho y el bebe mamó lo más bien. El chico se fue, ella le dio de mamar de los dos pechos y se sentía feliz. El bebe se quedó dormido, lo puso en el

moisés y estaba tranquilo. El chico volvió con dos platos de lentejas, pan, y una botella de vino. Comieron cuchicheando, recordando cuando estaban de novios y no podían aguantar vivir separados. Después salieron. Había una luna redonda más blanca aún que la de hoy, grillos y ranas. Hicieron el amor sobre el pasto, la primera vez desde que nació el bebe.
Mi hijo me mira, la cara apoyada sobre una mano. La pizzería se ha ido llenando y los clientes parecen contentos, contagiados de la algarabía navideña.
No suena a una historia digo pero es lo que me acuerdo de cuando eras chico.
Sigo pensando, queriendo complacerlo. Es tan grande, todo un hombre.Tiene la edad que yo tenía cuando él nació. Pero él no tiene novia, estudia una carrera y trabaja de cadete. Mi hijo planea su vida.
Qué pasó después dice.
Me quedo pensando. No sé qué pasó después. Cuándo fue que todo empezó a cambiar.
No sé qué pasó después digo.
Pienso, pienso. Quiero entender qué fue lo que pasó. Me acuerdo escenas, momentos; el año en que nos mudamos, el año en que pude empezar la facultad, el año en que el chico empezó a trabajar en la tienda de su suegro, el año en que volvimos para atrás como en el juego de la oca, porque el suegro cerró la tienda, porque el país ya no era el mismo, vendimos el departamento y fuimos a vivir a la casa de mis padres en Del Viso, el año en que el chico empezó un trabajo nuevo en el banco, yo dejé el instituto de inglés y me dediqué al estudio, el año en que al chico le empezó a ir tan bien en el banco que viajaba a Madrid y a Nueva York.
No sé cuándo cambió todo.
Comemos panqueques de dulce de leche y empezamos a conversar con la pareja de la mesa de al lado. Se ofrecen a llevarnos en su lancha de vuelta hasta el Tigre y aceptamos. La pareja debe tener mi edad. Dicen que se van a casar en marzo. Él maneja la lancha y ella le pasa un brazo sobre los hombros. Al fondo del río Vinculación vemos la ciudad de Buenos Aires toda iluminada, una mancha blanca, inmensa, fulgurante, en el fondo de la noche. Siento una especie de tristeza. El resplandor de la ciudad contagia energía, y me pasa de largo.
Entonces me doy cuenta de que algo está ocurriendo y que en breve dejará de ocurrir. La luz me dice algo importante, me da un mensaje secreto y, si no estoy atenta, perderé para siempre.
Bajamos en el Puerto de frutos, donde dejamos el auto estacionado.
Cuando camino por el muelle siento los pies livianos, mi cuerpo etéreo, pareciera que floto. Me siento fresca, como si mi piel acabara de descascararse y brotara una nueva y flexible. Miro una vez más

hacia el río. A la derecha y al fondo, flota el reflejo de las luces de la ciudad. Enfrente de mí veo los contornos oscuros de la isla del otro lado del río. De golpe sopla un viento suave que me abanica.
¿Por qué sonreís? dice mi hijo.
No sé qué decirle. Estoy contenta, ha pasado algo dentro de mí que, si pusiera en palabras, arruinaría.

Caída libre

El ginecólogo sostiene la mamografía contra la luz de la ventana. Desde donde yo la miro, parece un negativo gigante. A través de la mamografía puedo ver los balcones de enfrente matizados en blanco y negro.Veo a una mujer sacudir una alfombra. El médico baja la mamografía. Inclina la cabeza y me mira fijo.

¿Ves estas manchas?, dice.

Los ojos azules del médico, detrás de sus anteojos, se obstinan en quedarse fijos.
El médico escribe algo indescifrable en un papel blanco con membrete y matrícula y después presiona un sellito. Son los estudios que deberé hacerme al día siguiente.
A las diez de la mañana, visto una bata blanca en una sala de espera con otras cuatro mujeres en bata. Hojeo una revista. La actitud de todas es que hojear revistas en batas blancas es lo más común del mundo. Nos van llamando una por una por el apellido y, como en el juego de las sillas, la que está más cerca de la silla que se queda vacía rebota para tomar la revista que queda abandonada, con la esperanza de que sea más nueva.
Escucho mi apellido. Una enfermera que me llama mami, dice que me harán una ampliación de las manchas, mis pechos otra vez como hostias entre las prensas de la máquina, y después esperar en el camerino. El camerino tiene cincuenta centímetros por cincuenta centímetros, un espejo y un taburete. Desnuda de la cintura para arriba, me miro en el espejo mientras espero. Pego los pechos contra el espejo y se adhieren, como sopapas. Después los miro de nuevo tratando de descubrir la anomalía. Mientras tanto es el turno de otra de las mujeres en bata. Trato de adivinar cuál es, por la voz. Es una voz ronca y sensual que no puedo unir a ninguna de las mujeres de la sala de espera. Dice que ha averiguado por Internet que calcificaciones son residuos de la lactancia y que derivan en cáncer. Pero yo no tengo hijos, pienso.Y yo leí otra cosa en Internet: que es la manera en la que el cuerpo empieza a defenderse del cáncer. Calcifica al extraño. Se abre la puerta del camerino. La ampliación de la mamografía no verificó la inocencia de las manchas, entonces hace falta una panorámica, es decir mis pechos apaisados y todo para constatar que

el médico y su mirada azul tenían razón: Cirugía. Extirpar la sospecha y una vez afuera, analizarla.
La operación sería pronto, el jueves.
Pido dos días de licencia en el colegio. Es para hacerme unos estudios, le digo a mi jefa de departamento. Ella me mira con sospecha. Dice que contando el fin de semana y el lunes feriado, son cinco días corridos.
Le contesto que no es mi culpa.
Tenés que ir el día anterior a que te marquen, o sea que a tus pechos les garabateen una cruz con marcador indeleble, que le va a señalar al bisturí el lugar de acceso.
¿Viniste sola,mami?, me pregunta otra enfermera con una cara parecida a la de la Virgen María.Tiene olor a limpio: una mezcla de jabón de glicerina y suavizante líquido para lana. Me toca el hombro y hace un gesto, dice que comprende si tuviera miedo. Después me espía desde atrás del vidrio de su cubículo. Quedo acostada boca abajo en una camilla con un agujero donde despunta el pecho a marcar. Me imagino la escena desde afuera: una camilla negra, recta, como la de los magos, y por debajo un cono descollando hacia fuera. Podría ser la maqueta de un paisaje montañoso, boca abajo. Una aguja gruesa como una antena se hunde en el pecho y penetra muy hondo. Larga un líquido al que llaman carbón. Sé que la aguja es gruesa como una antena porque la enfermera me pide que me dé vuelta con cuidado y entonces veo el pecho con la aguja incrustada, apuntando al cielorraso. Me voy con mis pechos rígidos y acartonados y con una cruz azul al lado de cada pezón.
El viernes entro a la zona aséptica del hospital con un camisolín verde y cofia blanca, arrastrando los escarpines también blancos, como de papel, por el piso frío hacia el quirófano. Me río, como si estuviese borracha. La enfermera que camina a mi lado, también vestida de verde, pero con pantalones y chaqueta, me aprieta la mano. Doblo la cabeza hacia la izquierda para que la enfermera no vea mi boca estirada y risueña, ahora con gusto a náusea (culpa del olor a desinfectante) y al ayuno, y para ese lado veo paredes de azulejo celeste y, de repente vidrio, un especie de ventanal interno. Allí hay una mujer desnuda, despanzurrada sobre una mesa, blanca, como una rana de laboratorio, las piernas separadas, muy anestesiada así que ni cuenta se da de que es nada más que cuerpo, o carne, y el lugar parece una morgue. Con ella ya terminan, los asistentes de los médicos la están cociendo y el dúo anestesista-cardiólogo se muda al quirófano de enfrente, el que me toca a mí. Enseguida el anestesista hace chistes imbéciles: Estás nerviosa, claro, pero no te preocupes, hasta ahora se nos despertaron todos los pacientes. Se me han pasado las ganas de reírme; un calor me recorre el cuerpo y me tiemblan las manos. Me

ayudan a trepar a la camilla. Siento las uñas de la enfermera desatándome el camisolín. La empujo, le saco las manos de encima mío, como diciéndole: No me vas a convertir en cuerpo, en carne, así de rápido, conmigo dándome cuenta, tengo miedo, miedo a no despertarme nunca y quedarme sola para siempre.
En eso entra el médico, el responsable de la decisión de cercenarme como quien usa la frase cortar por lo sano. Viene con la sonrisa más exagerada y gansa que cualquiera pudiera tragarse, me saluda usando mi nombre en diminutivo, le dice a los demás que soy profesora de historia (que suena tan ridículo cuando una está en camisolín, cofia y escarpines), de golpe siento el jeringazo en el brazo, ay, ellos avanzan, dale, date cuenta, en cualquier momento paf, te fuiste, caíste en tu pozo negro, allí donde las tareas automáticas de cada día no pueden ampararte. Ellos van a hacer con vos lo que quieran, mejor dicho, lo que tienen que hacer, cortarte los pechos, ambos, revolver hondo, muy hondo, y te estás preguntando de nuevo por qué estás ahí, por qué de nuevo, por qué cada tres años terminás en un quirófano, vos, que nunca te enfermás, que jamás tenés ni fiebre, la última vez que tuviste gripe fue a los tres años, creo, no me acuerdo bien, y nunca nada, nada, nunca te enfermás pero tu cuerpo se las ingenia para llegarse al quirófano y que lo manoseen, lo trocen, lo hurguen por dentro. El ambiente oscurece y lucho por aferrarme a la visión de anteojos y barbijos, como una balsa que me rescataría de la negrura de mi cabeza sin mando y ya no poder distraer el miedo a la soledad. Pero la anestesia me arrastra y un remolino me envuelve y ya no controlo, caigo en mi propio pozo negro.
El domingo estoy de pie frente al espejo.Veo una flaca huesuda con los pechos hinchados color bordó y negro, y dos arcos rojo oscuro alrededor de los pezones, como dos cierres, como los garabatos burdos de sonrisas, zigzagueadas con hilo negro. Aparece un ardor tirante y quiero gritar, un alarido largo, largo, hasta que ya no me dé la respiración. Abro la boca, muy grande, y sólo consigo silencio.
Vuelve el olor a desinfectante. Todavía está como metido adentro de la nariz.
Debiera sentir humillación, pienso. Ver mutilada esa parte de mi cuerpo, tan mujer. Pero no hay humillación, hay gusto. Esos pechos que no amamantaron hijos, que no tienen dueño, se merecen lo que les pasó. Porque siempre me ha gustado la idea de corrección del desvío, de castigo merecido, de escarmiento.
Le muestro las vendas a la jefa de departamento y los hilos que asoman debajo de las vendas. Ella no dice nada y el resto del día me esquiva.
Debo esperar siete días para llamar por teléfono a Patología y pedir el resultado de la biopsia. Me pregunto cómo me sentiría si oyera la

palabra maligno. Me imagino mi llamado telefónico, la voz femenina que me pide que espere un momento, después el ruido de papeles, y al final la voz femenina que me dice que mejor hable con el médico. Pienso que el médico recitará estadísticas y después le pedirá a la secretaria que me consiga un turno con el oncólogo. También puedo imaginarme a mí misma presentando en la escuela un certificado médico que testifique que debo hacerme los tratamientos ahí anotados, y su duración. Pero no sé si me haría los tratamientos.Todavía no puedo pensar en eso, porque sólo puedo pensar en lo que ya ha pasado, y mirar y mirar mi cuerpo en el espejo.

Reina

Subí al avión sin que se me pasara por la cabeza, ni remotamente, un viaje de trabajo a Montevideo distinto al de todos los meses.Tomé la revista del bolsillo del asiento y la ojeé con el mismo alivio de siempre: un paréntesis de dos días en mi rutina de oficina y de ama de casa. El viaje a Montevideo cae siempre cuando el péndulo de mi resistencia toca el límite más alto, cuando estoy cansada de mi marido y de mis hijos porque me parecen todos una manga de ingratos; sé que a la vuelta me sentiré diferente porque los habré extrañado. Durante los veinticinco minutos que duró el vuelo sobre el río, leí un artículo sobre la fidelidad con una misma. Luego me concentré en la propaganda de un spa. Me regodeé con la idea de placeres puramente epicúreos: yo, sólo como un cuerpo. En el hotel me daría un baño de inmersión con sales, llamaría a room-service, pediría un chivito completo con panceta y huevo chorreando de mayonesa y ketchup, y vería la tele en el canal que se me cantara hasta la hora que se me cantara.

Tuvimos una tarde agotadora. Los uniformes de las promotoras salieron chingados y me responsabilizaron a mí. Miré fijo al confeccionista nuevo, intimidándolo a que diera la cara y me exonerara. Se llamaba Vladimir y no se inmutó.Asentía con la cabeza lo más campante, confirmando que era todo mi culpa. Esperé un rato hasta que estuvimos solos y lo incriminé con tanto arrebato que yo misma me di cuenta de que era desmedido.Vladimir sonrió y dijo:

Qué le vas a hacer, Reina, siempre se la toman con los cumplidores.
Me quedé un rato cortada, con una astilla en la garganta. Pensaba que yo siempre me las arreglaba para ser víctima. Una hormiga obrera que sabe que no podrá eludir el trabajo que le corresponde por naturaleza, el trabajo que hará sin detenerse en pos de la concordia del hormiguero.
No le des importancia, Reina. Están nerviosos y se descargan contigo. Los trajecitos de las chicas quedarán divinos y mañana en la presentación, esos mismos que hoy están fastidiados andarán todo el día aplaudiéndote.
Porque yo no plantaré mi puesto hasta que estén perfectos, me dije. Por eso. Pero me gustó el tigo uruguayo, me dio sensación de

sabiduría y también me transmitió contención. Me pasa lo mismo con el acento español; me suena a cultura ilustrada, que sabe de qué se trata la vida. Caminé hacia la terraza y una vez afuera, prendí un cigarrillo. Tal vez ese fue el momento en que deseé rebelarme contra mi naturaleza, el momento en que comencé a anhelar que si mi vida estaba pintada toda del mismo color, que entonces hubiese algún manchón al menos una vez cada tanto, algo que me hiciera sentir que si un hormiguero es una metrópoli presa del delirio del trabajo, en el que las obreras no se permiten ni un instante de reposo, una hormiga obrera pudiera, al menos por un lapso fugaz, ser otra, tomar otro rol. Miré la mezcla de río y de mar al fondo de los techos, de la rambla, del parche de arena con sombrillitas cerradas que parecían pinches de cóctel y sentí que la vida sucedía en otra parte, lejos de mí. Un rato más tarde, más tranquila, me pregunté si no estaría envejeciendo. Vladimir apareció en la terraza. Cruzaba los brazos, torcía la cabeza y me miraba de costado.
Cenemos juntos, Reina dijo.
Sentí un cimbronazo en el estómago.Vladimir era muy joven. Además, la infidelidad como rebeldía, era un cliché. Le miré el pelo negro grasoso y largo. Pensé que si no fuese por las tachas en la campera de jean, la cadena colgando del cinturón y los borceguíes,Vladimir era mi tipo. Me gustan morochos y altos y desgarbados. Mientras lo examinaba supe que al mismo tiempo que lo miraba, me rebotaba la imagen de mí misma vista desde sus ojos: una vieja.
Tengo cuarenta, cómo voy a salir con vos dije. Abrió grandes los ojos y se agarró la cabeza: Cuarenta repitió. Cuarenta. Qué linda edad, sos joven pero ya has aprendido que las grietas de la vida se disfrutan. Estuve a punto de ofenderme pero me frené a tiempo: ofenderse es siempre demasiado aburrido y casi siempre inútil, porque el ofensor casi nunca es consciente de su agravio. Sentía la cara hirviendo. Me acerqué a un cenicero para tirar la colilla y se me cayó el saco al piso. Vladimir lo levantó. Abrió los brazos con mi saco colgando de un dedo como de un perchero.
Yo soy tu partenaire dijo. Par tener, ja, ja.
Miré para todos lados, chequeando que nadie nos estuviese viendo.
Cene conmigo, mi reina, se lo ruego. Nos olvidamos de todos los disparates que le han dicho hoy, nos olvidamos de todo.
Nunca le había sido infiel a mi marido. Estaba casada hacía diecisiete años, y nada. Tampoco es que hubiese tenido ni la menor oportunidad. Cómo puede ser, me decían mis amigas. No estarás atenta. No tengo tiempo, les decía yo: de casa al trabajo y del trabajo a los quehaceres, ¿cuándo va a presentárseme una oportunidad? En Montevideo, me apuntaban.Yo les decía que en Montevideo es del avión al trabajo y del trabajo al chivito del hotel. Indudablemente, ese

día se me presentaba una oportunidad. Nomás que se me presentara me complacía. Es cierto que la infidelidad como rebeldía es un cliché, me dije, pero tampoco puede llegar el tiempo en que no se me presenten oportunidades y entonces darme cuenta de que ya es tarde para saber de qué se trata ese lapso fugaz en el que una es otra.
Dónde dije.
Donde tú digas.
Había que ser prudente. Si íbamos a un restaurante, alguien podía verme. Montevideo, y sobre todo Carrasco, es otro Macondo. De tanto ir todos los meses me conoce medio mundo, y además la familia de mi marido es uruguaya. No iba a ser tan tarada de que me vieran cenando con Vladimir. Con su pinta, nadie me creería que era una cena de trabajo.
Tu casa dije.
Lo dije rápido, para no arrepentirme.
Cuál es tu comida preferida dijo él. Hamburguesa. Hamburguesa con puré. Obvio que hamburguesa con puré no es mi comida preferida, pero fue lo primero que se me ocurrió. No quería ponerlo en gastos ni en demasiado trabajo.

Más tarde me compré un vestidito negro en una tienda del centro comercial. Había llevado sandalias pero no me había depilado, entonces, en un kiosco compré una gillette. Con la bolsa del vestidito en la mano, estaba histérica. Mitad feliz, mitad nerviosa, como una adolescente. Me di un baño de inmersión de una hora. Cerraba los ojos debajo de la espuma y montones de escenas eróticas pasaban por mi cabeza, una detrás de la otra. Lo sorprendería.Vladimir nunca habría estado con una tigresa como yo. Le haría cosas que los amigos no le creerían. No me acordaba del color de sus ojos, no importaba. Las manos eran grandes y podía sentirlas aferradas a mis hombros, diciéndome gracias, gracias. De repente se hicieron las ocho. Siempre que quiero apurar el tiempo porque falta mucho para algo, de golpe, ¡paf!, es la hora.Vladimir me buscaría por la puerta del hotel. Me rasuré. Mañana sería un puercoespín pero lo que importaba era hoy, ahora, el lapso en el que sería otra. Me pinté tres veces porque el revoque resaltaba las patas de gallo en vez de disimularlas. Después de la tercera vez lloré y fue mucho peor. Además dentro del vestidito negro parecía una morcilla. Estuve un rato tirada sobre la cama, odiándome, desesperada por tener, al menos por un rato, el cuerpo de otra. Después me puse hielo que saqué de la heladerita sobre los párpados, para deshincharlos. Con una chalina en la cintura, el vestidito negro mejoró.A las nueve en punto estaba en el lobby.

Acompañame al súper, Reina.
¡Vladimir no había hecho las compras!

De repente me vi empujando un chango que no

era mío, cargado con una caja de hamburguesas congeladas, otra de puré instantáneo, una botella de Medio y Medio, una caja de profilácticos, un detergente tamaño chico y un paquete de papel higiénico. De toparme con alguien, no podría explicarlo. La cabeza me bombardeaba preguntas: ¿Qué hago acá? ¿Qué hago empujando un chango que no es mío? ¿Quiero arruinar mi familia, todo lo que tantos años me llevó construir, por una noche con un desconocido que ni siquiera sé si me gusta? ¿Tantas ganas tengo de romper el invicto de fidelidad o de contravenir mi vida tediosa con la más mediocre de las trasgresiones? ¿Qué es lo que quiero yo de verdad y no lo que querrían mis amigas si estuvieran en mi lugar? ¿Quién soy yo?

Largué el chango y caminé entre las góndolas. Iba y venía en zigzag, como una zombi ridícula en un vestidito negro apretado y chal en la cintura y no pudiendo encontrar la puerta de salida. Vladimir ya estaba en la caja. Lo vi desde atrás de una montaña de latas de arvejas. Había un diario al lado de mis pies, tirado en el piso. Era un suplemento cultural. Lo levanté y lo puse delante de mi cara para ocultarla de conocidos.

Vamos, Reina, ya tenemos todo lo que necesitamos dijo, en voz tan alta que debe haberlo escuchado todo el supermercado.

Caminé hasta el auto con el diario todavía cubriéndome la cara. Me senté en el asiento del acompañante y agaché la cabeza encima del suplemento, mientras Vladimir colocaba las compras en el baúl. En la primera página del suplemento vi una foto de un hombre gordo, y debajo decía:Tennesse Williams. Para distraer mi cabeza del bombardeo de preguntas y dudas, la enfoqué en recordar quién era Tenesse Williams. Vladimir subió al auto y silbaba. Después habló de su infancia en el pueblo de Canelones y cómo él fue siempre distinto a los demás chicos, y que él sabía que era culpa de la sensibilidad. Que se fue a los dieciocho de Canelones y trabajaba de mozo en Montevideo mientras estudiaba diseño de indumentaria. No me acuerdo mucho más de lo que dijo, no paraba de hablar y yo miraba por la ventana para chequear que no nos cruzáramos con un conocido. Estacionó sobre la Rambla. El sol caía encima del mar quieto, y tuve un arrebato poético: vivir el momento porque no se repite, porque enseguida envejecemos y morimos.

Caminamos cuatro cuadras barranca arriba con las bolsas del supermercado en la mano. Una de mis bolsas tenía la botella y me pesaba mucho. Íbamos en silencio y yo miraba hacia la derecha y

hacia la izquierda, atenta a caras conocidas. Mientras Vladimir abría la puerta del edificio sentí el corazón latiéndome más rápido. Antes de subir al ascensor, me detuve un segundo. Supe que era la última instancia para atajarme. Si subía al ascensor, más tarde no bajaría la misma mujer. Era la misma sensación que tuve cuando perdí la virginidad. Pero no, me dije.Todavía podía arrepentirme, la encrucijada estaba en la puerta del departamento. Subimos al ascensor y de golpe se apagó la luz, estaba todo completamente oscuro. Oí una risita y la luz se encendió. Qué susto, eh dijo Vladimir.
Una vieja ingenua, eso era lo que era yo. Moriría

sin haber conocido los recovecos de la vida. La mía era perfecta, lisa. Ese pensamiento me hizo recordar que no había llamado a casa. Pero no podía pedirle a Vladimir el teléfono para hacer una llamada de larga distancia, ni tampoco arruinar el momento por culpa de una charla telefónica con mis hijos, llena de diminutivos.

Mi mansión dijo, cuando entramos.

Era un piso alto y compacto. Desde la puerta de entrada podía ver la sala, la cocina, el cuarto; parecía una casita de juguete. Por la ventana de la sala veía el mar. El sol bajaba ovalado y blanco. Mañana llovería y el avión sería una coctelera. Si el avión cayera, me lo tendría merecido. Mi cabeza estaba ocupada con la imagen del avión estrellándose en el Río de la Plata cuando, de golpe, sentí algo rozándome la pierna. Di un salto. Era un gato negro, muy peludo. Cuando digo muy peludo es porque nunca en toda mi vida había visto un gato tan peludo. Tanto, que casi no lo reconozco como gato.

Jeykl dijo Vladimir. No le tengas miedo, Reina, es bueno. Ni lo mires porque te está testeando. Ignóralo.

El gato ahora parecía una pantera, se movía despacio, como al acecho. No pude sacarle los ojos de encima. De golpe pegó un salto raudo, ¡zap!, y aterrizó sobre un estante. Quedó petrificado en una posición erguida y elegante. Torcía el cuello y me miraba de reojo. Vladimir silbaba en la cocina. Podía verlo a través de una ventana sin vidrio que separaba la cocina de la sala.

Poné música, Reina.

El equipo de música estaba justo debajo de la estantería desde donde Jeykl me vigilaba. Quién me manda a estar acá, pensé. El gato y yo nos mirábamos, expectantes.Vladimir hacía ruido de cacerolas.Apenas me levanté dos centímetros del sillón, Jeykl voló a través de la sala y

se posó silenciosamente sobre el televisor. Pegué un gritito.

No puedo creer que le tengas miedo a Jeykl dijo Vladimir. Mirá que con los animales es un tema de energía.

Puse un disco de Cassandra Wilson. Jeykl parecía dormido sobre el televisor. Me relajé un poco.
¿El puré te gusta espeso o chirlo?
Dije que espeso. Otra vez me pregunté qué hacía ahí. ¿Qué corno hago acá?, ¿qué?, ¿qué?, ¿para qué acepté venir si en el fondo no quería hacerlo?, ¿fue por mi típica actitud obediente? No soy como mis amigas, me dije. No tengo ninguna necesidad de adrenalina ni de rebelarme de nada, soy disciplinada y mansa.
Abrí la botella, Reina. Serví en las copas que están debajo de la mesita de vidrio.
Levanté los ojos un segundo para chequear que el gato siguiera dormido. El corcho de la botella hizo plop cuando la abrí y Jeykl saltó del televisor y cayó con las patas estiradas sobre la alfombra. Caminaba hacia mí. Pasó rozando mis pantorrillas depiladas. ¿Por qué no estoy en mi cuarto de hotel comiendo mi propia hamburguesa pagada por la compañía? ¿Qué voy a decir si la que controla las cuentas me pregunta por qué no cené anoche? Tenía que planear muy bien lo que diría y después recordarlo. Justo en ese momento vi el suplemento cultural que había recogido en la calle para taparme la cara.Asomaba de mi cartera. Volví a mirar la foto de Tennesse Williams. Debajo de la foto había una frase atribuida a él:Tú eres, que yo sepa, el único hombre joven que ignora el hecho de que el futuro se convierte en presente, el presente en pasado y el pasado se vuelve un arrepentimiento eterno, si no lo has planeado.
Ese era el problema, no lo había planeado. Si no planeás las cosas, salen mal. Todo lo que había conseguido en mi vida se debía a un plan: mi carrera y mi familia. Los defensores de la espontaneidad son irresponsables porque en el fondo de su alma saben que son fracasados. Pero para planear debía estar segura de que quería jugar el juego que estaba jugando. ¿Quería jugar como quien quiere hacer un paréntesis en su vida impecable? ¿Es la fidelidad un valor? Como decía la revista que había leído en el avión: La fidelidad es con una misma. Pero, ¿significaba ser fiel conmigo misma pasar la noche con un joven extraño? ¿Podía creerme que le haría bien a mi autoestima y entonces mañana estaría más segura de mí? Me puse de pie para encender la luz y el gato volvió a dar un salto imprevisto. Quedó prendido del mosquitero de la ventana, como un murciélago. Era una señal: debía irme. Quedarme no era mi verdadero deseo sino un capricho, producto de mi miedo a estar envejeciendo. Eso. Lo que sentía verdaderamente era un mandato de mi propio calendario, el

mandato de no derrochar la oportunidad porque ya no volvería a presentarse otra nunca jamás. Pero no podés perderte algo que no buscaste. Que no has planeado. Pensé: Hace seis horas esta situación ni se te pasaba por la cabeza.
Vladimir ponía la mesa y me pidió que lo ayudara. Me dije: cenás, decís muchas gracias, estaba todo muy rico, como una señora educada, y te vas al hotel. No tiene que pasar nada. Una charla amena para pasar el rato y mañana volvés a tu vida disciplinada. Además, ¿qué podía conmoverme de Vladimir? Mi marido era mucho más hombre que él. ¿Me habría metido los cuernos alguna vez? Él me había dicho que si yo alguna vez le era infiel, que me lo guardara. Que me envenenara con mi propia culpa y no me redimiera confesándome y traspasándole el fardo a él. Entonces él había sido infiel. Seguro. Él sabía lo que se sentía al cometer una infidelidad. A mí me hubiese gustado que me dijese que le contara todo. Que no hubiese secretos entre nosotros. Sí, mi marido tenía los propios. Ahora bien, esta oportunidad para mi propio secreto era impecable, porque Vladimir vivía en otro país, entonces no me toparía con él por la calle con mis hijos de la mano. Pero tampoco podía acostarme con un extranjero nada más que para empatar con mi marido. Tenía que ser una decisión mía, porque sé lo que hago y por qué lo hago.
Cenamos con velas. Jeykl sobre una silla, dormido. Tomamos la botella de Medio y Medio y una de vino blanco.Vladimir fumó un porro.Yo no. No pudo convencerme. Si fumo, pierdo el control, me dije, y no fumé. Hablábamos de la presentación del día siguiente y, de golpe, Vladimir apagó la luz. Sólo quedaba encendida la luz anaranjada del balcón. Mordisqueábamos cerezas y Jeykl despertó. Se estiraba con las manos tirantes, reflejado en color anaranjado.Yo lo supervisaba de reojo.
Me gustan tus ojos color almendra dijo Vladimir.
No caería en la trampa del halago, tan obvia para mujeres de mi edad. Si se trataba de un juego, era una mala jugada.
No piensan ser color almendra dije. Son verdes.
Se reclinó hacia mí y me miró muy de cerca con los ojos entrecerrados. A Jeykl le dio un ataque de celos y saltó sobre sus piernas.Vladimir lo acariciaba y el gato cerraba los ojos. El disco de Cassandra Wilson terminó, se puso de pie a poner otro disco. Apenas volvió al sofá me dio un beso en la boca. Pésima jugada.
Me voy dije.
No seas tan inteligente todo el tiempo dijo Vladimir, con cara de aburrido. Te olvidás de lo linda que sos y no te disfrutás.
Esa jugada era un poquito mejor pero todavía torpe.Ahora, ¿por qué no me había irritado su confianza en sí mismo? ¿Me gustaba Vladimir o en realidad me gustaba que gustara de mí? No podía decidirme. Me

senté. Lo miré, esperando. Vladimir parecía haberse olvidado de mí. Acariciaba la cabeza de Jeykl, justo entre las orejas, y Jeykl se contorsionaba de placer. De repente, lo soltó. El gato se acomodó debajo de la mesita.Vladimir apoyó un codo sobre el respaldo del sofá y me miró. No decía nada, sólo me miraba la cara. Después de un rato muy largo dijo, con tono suave:
¿Sabés lo que haré ahora, Reina? Me ocuparé de ti. Durante dos horas estaré pendiente de ti. Serás mi reina. Después te llevaré a tu hotel y hasta que no estés dormida no me iré.
Eso lo pudo. Así de fácil era. Ya no importaba el plan, ni el futuro ni lo que había producido el pasado. Lo que tenía o algún día tendría. No importaban los motivos que me habían llevado a ese departamento ni las consecuencias que tendrían mañana. La juventud, la vejez y la muerte se fundieron en un instante único de vulnerabilidad, de bajar los hombros y los ojos y sucumbir a la mágica promesa de cualquiera, fuese quien fuese, de ofrenda, de dedicación exclusiva. Mientras tanto, yo sería pura entrega.

La noche del Ritz

Ponete la blusa blanca. La de seda dijo Carlos.

Me miraba pintarme los ojos. Tomaba tónica con vodka y limón. Los hielos tintineaban el vaso. Lo miré a través del espejo y después los dos miramos mi imagen allí, en el espejo. Me saqué el top negro y fui a buscar la blusa de seda. Se ataba en el cuello, y la espalda quedaba desnuda. La seda rozaba mi piel y con cada movimiento, sentía la caricia de la seda sobre los pezones. Carlos dio dos pasos hacia delante, me sacó la hebilla, el pelo cayó sobre mis hombros, y después arrastró el vaso sobre la seda, desde el cuello hasta el ombligo. Nos miramos. Los ojos negros de Carlos se hundieron en los míos. Después sonrió, transmitiéndome confianza: éramos socios.

Los vas a matar dijo.

El restaurante quedaba en Recoleta. En una mesa, a la izquierda, había cuatro hombres vestidos de traje gris oscuro. La mesa era redonda y en el centro había una vela. Los tres españoles y Mauricio se pusieron de pie cuando llegamos. Enseguida me halagaron. Hablaron de mi elegancia y de la suerte de Carlos por haberme pillado (usaron esa palabra), y rieron. Después de que nos sentamos, me preguntaron por mis clases en la escuela. Les respondí con respuestas cortas, reconociendo la cortesía. Las preguntas continuaban. Pesqué el gesto de Carlos y extendí las respuestas, incluso las adorné con un tinte de vocación docente que en verdad no tenía. Había tenido vocación al principio, pero después de tres años seguidos de estar al frente de treinta chicos gritones cada cuarenta minutos, y luego evaluarlos a fin de mes por lo que no habían aprendido ni les interesaba aprender, ya me había hartado. Tomamos margaritas y después vino tinto; todo lo que esa noche yo decía respecto de mí, frente a aquellos ojos atentos, tenía un tinte romántico. Me sentí una mujer valiosa, una heroína, y poco a poco me fui enamorando de mi propia narración de mí misma. De golpe tuve la certeza de que todos los aspectos de la vida eran cuestión de interpretación, y que por qué yo no podía ser vista como una mujer excepcional, una luchadora por inculcar el gusto por la belleza en escuelas municipales grises e indiferentes (yo les había dicho que intentaba que mi alumnos

encontraran la belleza de todo,incluso de los ejercicios de matemáticas). Mientras tanto, percibía el orgullo de Carlos. Creí que el vino, combinado con los margaritas, era lo que pulían y azuzaban mis neuronas y también mi instinto, que me recordaba que esa noche yo no tenía el rol protagónico en una de las telenovelas que veía al volver de la escuela, sino que era el cebo vivo de Carlos. De repente tuve la imagen de un bote en el medio del mar, el bote rodeado por tiburones, Carlos cortando tajos en mis piernas con un cuchillo, luego atándome con una soga y bajándome al agua sangrando, para sacarme apenas las aletas se acercaban demasiado. ¿Lo había soñado? Tal vez lo había soñado.Tenía pesadillas muy seguido.

Es importante que señale que en esa época, España era socia reciente del Mercado Común Europeo y se encontraba repleta de euros que no sabía en qué o dónde invertir. Estos españoles habían desembarcado en Buenos Aires atraídos por las empresas públicas que entonces se privatizaban. Cuando ya no quedó ninguna empresa pública en venta, inspeccionaron las privadas. La empresa donde Carlos trabajaba había pertenecido a su padre, antes a su abuelo, y previamente a su bisabuelo, quien la había fundado y, si en aquellos días los españoles no compraban el cincuenta y cinco por ciento de la empresa familiar, Carlos debía pedir la quiebra.

Yo debía ayudarlo, ser su socia.
Sentí, de golpe, la mano de Mauricio en mi espalda. Mauricio estaba sentado a mi lado y se apoyaba contra el respaldo de la silla. Frente a los demás, mi propio cuerpo tapaba la mano de Mauricio. No hice nada para que retirara su mano, estaba mareada, ¿no? Veía hombres que giraban alrededor nuestro, como si nosotros dos fuésemos el eje de una calesita. Entendí que Mauricio tenía una personalidad que le permitía tocar a la mujer de su nuevo amigo y quedar impune. Hay gente que tiene permitidas ciertas acciones que no tiene permitidas otra gente. Mauricio podía tocar mi espalda y, si Carlos se percataba de lo que estaba haciendo, hacer un chiste que todos festejáramos y más tarde, solos en casa, comentar que Mauricio era muy gracioso. Después podíamos jugar a que Carlos era Mauricio y que yo iba a su habitación en el Hotel Plaza, donde Mauricio, el día anterior, también en chiste, me había invitado a tomar el té después de que saliera de la escuela. Me daba cuenta de que si Carlos notaba lo que Mauricio estaba haciendo con su mano, él fácilmente le diría que qué susto, eh, creíste que me estaba franeleando a tu mujer, y hasta los españoles se hubiesen reído, ¿no?

Mauricio no me había parecido buen mozo hasta esa noche. Su traje era azul y la corbata, roja. El traje disimulaba los defectos que le

marcaba la ropa blanda, como sweaters o remeras. Esa noche se veía como un hombre distinguido. El color oscuro resaltaba sus facciones duras y la luz de la vela disimulaba las marcas que le había dejado una varicela mal tratada. No me importó darme cuenta de que Mauricio me gustaba sólo porque yo le gustaba a él. Enderecé la espalda, para ver si con ese gesto le insinuaba que sacara la mano de allí. El gesto diría, con altura (tal vez un poco tarde), que rechazaba las caricias y lo rechazaba sin exponerlo frente a sus jefes. Enseguida recordé la noche anterior: Mauricio había cenado en casa para analizar con Carlos la propuesta de los españoles. A la hora del café Mauricio nos contó que él no tenía un buen matrimonio y que seguro era culpa suya, siempre había dado por sentado que la rutina hacía imposible otra posibilidad de pareja que la convencional y describió convencional como distante y circunspecta. Cuando se iba, dijo que nos envidiaba la relación que teníamos. También dijo que estaba tan contento de habernos conocido, que él era un hombre de pocos amigos porque se la pasaba viajando por trabajo, pero que tenía la sensación de que los mejores amigos eran los que uno se hacía de grande, cuando elegía un amigo por convencimiento y no porque era su vecino o compañero de colegio. Esa noche tardé mucho en dormirme. Pensaba que tal vez habría algo de pretencioso en la pareja que Carlos y yo teníamos. Me pregunté si no sería peligroso ocultarnos lo que en verdad éramos, esposos, y que qué tendría de malo ser un matrimonio convencional, que era lo que, al fin y al cabo, éramos. Recordé que la última pregunta que me hice, antes de quedar dormida, fue por qué se casaba la gente.

A la hora del lemoncello los españoles me invitaron a que yo también fuese a Madrid para la reunión cumbre. Dije que no podía pedir licencia en la escuela porque faltaba sólo una semana para las vacaciones. Dijeron que no habría problema en atrasar la reunión una semana. Nos regalarían a Carlos y a mí un fin de semana, los dos solos, en Madrid; visitar el Museo del Prado, pasear por la calle de los Cuchilleros y comer jamón de bellota. ¿Cómo resistirse? Sonaba a cuento de hadas, ¿no? No quería mirar a Carlos y que los españoles interceptaran nuestra mirada compinche y festiva. En vez miré a Mauricio, como preguntándole, y él me contestó guiñándome un ojo.

Qué bien estuviste dijo Carlos cuando en el baño me desataba la blusa. Enseguida me besó ávido y urgido, como si no pudiese frenar la desesperación por hundirse en mí, como si no fuese la millonésima vez, como si él no fuese Carlos sino uno de los españoles o Mauricio. ¿Por qué no? Ser Mauricio denotaba glamour: el éxito, la vida europea, los aeropuertos, el maletín con computadora tamaño viaje, los trajes de esa tela increíble, sedosa, la lapicera plateada, el teléfono

portátil que servía en todas partes del mundo, las corbatas Hermés. Mientras tanto yo me miraba en el espejo.

Los pasajes eran en primera y primera quedaba en el segundo piso del avión de Iberia. Carlos y yo nos tentábamos de risa de todo: el champán, los canapés, el acento de las azafatas, el televisorcito que salía de la manga del sillón, las anteojeras para dormir, las pantuflas, el menú con frases que nos causaban gracia como panaché de verduras, los apoya piés. Carlos durmió pero yo no pude por la excitación y el afán de aprovechar todo, incluyendo los chocolates después del café. Vi todas las películas y me imaginaba a mí misma como protagonista de cada una, sentía hormigueo en la barriga y también que mi vida estaba a punto de cambiar.

Una limusina nos esperaba en el aeropuerto de Barajas y nos llevó al Hotel Ritz. El cuarto parecía salido de otra película, una de la época de Carlos III. Tenía cortinas pesadas, dos camas de dos plazas tapizadas igual que las cortinas, y silloncitos Luis XV.Apenas el botones se fue, después de que Carlos le diera propina, corrí al baño a oler los frasquitos de shampú y geles de ducha. Abrí una revista que estaba sobre la mesada. Era la revista del hotel. ¡El hotel tenía su propia revista! En las escaleras del Ritz, posaba Robert de Niro. Sonó el teléfono. Uno de los jefes de Mauricio nos invitaba a cenar. Dormimos una siesta porque estábamos muertos por el jet lag y porque para nosotros eran las cuatro de la mañana, y más tarde salimos a aprovechar el día. Fuimos al Museo del Prado y me compré varias reproducciones de Miró y de Picasso. Después tomamos un café en la Plaza Mayor. Un puñado de palomas revoloteaba arriba de nuestras cabezas, Carlos me dijo que yo era la mujer más linda que él había visto en toda su vida, y no recuerdo un día más feliz. De regreso al hotel, le saqué a Carlos una foto en las mismas escaleras adonde había posado Robert de Niro.

Mauricio estaba en el lobby cuando volvimos. Me preguntó si había traído ropa elegante. Dije que sí y quiso ver. Fuimos los tres al cuarto.Abrí mi valija, que todavía estaba cerrada sobre una banqueta. Me dio vergüenza que viera mi ropa interior, pero pensé que si Carlos no decía nada, entonces debía ser puro prejuicio mío.

Salgamos de compras dijo Mauricio.Ya mismo.
Fue fascinante surgir del probador en esos vestidos impensables para mí y que los dos hombres me miraran desde sus sillas y opinaran. Ganó un vestido negro que nunca hubiese elegido yo misma. El escote era estilo Marilyn y la pollera, acampanada. Los dos estuvieron de acuerdo en que yo era bellísima y en que el vestido estaba a mi altura.

Tuve la sensación de que había nacido hacía poco tiempo en un cuerpo nuevo. Nunca antes me habían adulado así. Hasta entonces no había sido bella a los ojos de Carlos, sino la mujer que Carlos amaba. También me compraron tacos y un collar de cadenita plateada, con dijes brillantes.

Quién pagó le pregunté a Carlos cuando volvimos al cuarto del hotel.
Dijo que él.
Yo dije que nos íbamos a fundir.
Carlos dijo que era parte de la inversión. Que si no fuese importante, Mauricio no hubiese estado allí, esperándonos.
Le pregunté si su traje estaba bien.
Dijo que aparentemente.
Otra limusina nos pasó a buscar y nos llevó al barrio de la Moraleja. La casa era inmensa, un palacio, y la mujer del jefe de Mauricio tenía una belleza sobria, refinada, y llevaba puesta una pollera recta y larga de algodón color azul. La señora ponderó mi ropa y dijo que no era necesario estar tan elegante como yo estaba. El marido levantó los hombros y su mirada pareció decirme que su mujer había dicho lo que me dijo, de puro envidiosa. Ella parecía incómoda conmigo, o intimidada, pensé que sería porque yo era tanto más joven que ella. Después el dueño de casa repartió cigarros cubanos a los hombres y los fumaron en la terraza. La señora y yo quedamos solas en el living, ella habló de religión y de sus hijos. Le hablé de mis clases en la escuela para que se diera cuenta de que yo también era sencilla, pero ella dijo que no me veía en una escuela sino en una agencia de modelos. Me llamó la atención que de un día para el otro el mundo se hubiera puesto de acuerdo en verme de una manera en la que yo misma nunca me había visto. Pensé en mi padre. Me pregunté si él estaría de acuerdo con el mundo. O se reiría. Pensé que sólo podíamos conocernos desde los ojos de los demás y que si los demásme estaban percibiendo de una manera en la que yo no me reconocía, era porque yo estaba cambiando.
Mauricio volvió en la limusina con nosotros. Se sentó en un costado y yo en el otro, Carlos en el medio. Íbamos en silencio. Yo miraba aquella ciudad desconocida pasar veloz por la ventanilla y me mareaba con las luces. Sentí caricias en el cuello que me reconfortaron. Miré hacia adentro del auto y noté que las manos de Carlos estaban entrelazadas sobre sus piernas. Las manos que me acariciaban eran de Mauricio, que estiraba un brazo sobre el respaldo del asiento, por encima de Carlos. Pateé a Carlos pero él no me miró. Lo pisé. Tampoco me miró.
¿Sos insensible? le dije a Carlos cuando llegamos al cuarto del hotel. ¿No viste que te pateaba? ¿No te diste cuenta de que me acariciaba el

cuello?
¿Quién?
Quién va a ser, idiota. Mauricio.
¿Dónde?
En la limusina, dónde va a ser.
¿Te acariciaba el cuello?
Claro, tonto. Por eso te pateaba.
¿Te gustó?
¿Qué?
¿Te gusta Mauricio?
Estas perdiendo el foco.
Nunca trae a la mujer, ¿viste?
El día siguiente era domingo. Carlos tenía que ir a un almuerzo no sé donde. A mí me pasó a buscar la señora sobria y refinada y me llevó a Toledo. Me compré una máquina de fotos descartable y ella me sacaba fotos aquí y allá, en el Casco Antiguo, posando sola, y las dos forzábamos la cordialidad. Me invitó a cenar pero le dije que me dolía la cabeza. Aliviada, la señora me dejó en el hotel. Carlos llegó a las dos de la mañana. Borracho. Dijo que almorzó y después cenó. Dijo que los españoles se la pasaban comiendo y chupando y nunca iban al grano. Que en la cena las mozas estaban desnudas salvo por una tanga y que había que ponerles billetes en las tangas. Que tuvo que decir a todo que sí. Mauricio insistía tanto, este Mauricio es muy gracioso.
No pude dormir. Estaba furiosa y odiaba a Carlos. Mauricio podía darse el lujo de ser gracioso porque no era mi marido. Y a Carlos no le salía bien ser gracioso, más bien parecía estúpido. Dos horas más tarde odiaba a Mauricio. Qué se cree, incitar a Carlos a la joda. A las seis de la mañana estaba llorando y haciendo la valija para volver a Buenos Aires. A las ocho me quedé dormida. Sonó el teléfono a las ocho y media. Era lunes y Carlos tenía una reunión con el jefe de los jefes. Me preguntó si me importaba quedarme sola y dije que no, me sentía muy cansada, tal vez estaba enferma. No entendía por qué, pero se me había pasado la bronca y entonces no acentué mi malestar. Carlos no se preocupó. Apagó la luz y se vistió en el baño. Se fue y remoloneé toda la mañana. A las doce me vestí y me senté a esperar a que Carlos me llamara. No sabía si debía esperarlo para almorzar o qué. A la una me llamó Mauricio y me preguntó cómo estaba. Le dije que bien. Le pregunté por Carlos. Dijo que Carlos tenía un almuerzo. Le pregunté si podía hablar con Carlos. Dijo que iba a decirle que me llamara. No me llamó. Pedí un sándwich al restaurante del hotel y prendí la tele. Pasaban westerns en español y los cowboys hablando con la eshe eran insufribles. Volví a quedarme dormida. A las cuatro sonó el teléfono. Era Mauricio.Volvió a preguntarme cómo estaba.Volví a decir que bien. Me preguntó si había aprovechado el día, si había ido de

compras por la calle que él me había recomendado. Dije que había descansado, en Buenos Aires amanecía a las seis para ir a la escuela. Dijo que no podía desperdiciar mi viaje dentro de la habitación del hotel. Que lo dejara llevarme a Amador de los Ríos. Que qué es eso, pregunté.
Es una galería con lo último en arte dijo, y dijo que me fascinaría.
Me puse la ropa que me hubiese puesto si no me compraban el vestido Marilyn: una pollera blanca con una musculosa blanca de lycra y sandalias con cinta en el tobillo. Estaba frente al espejo y me di cuenta de que no le había dicho a Carlos que saldría. Podría preocuparse si volvía y yo no estaba en el cuarto. Se lo merecía. Además llegaría agotado. Entre la farra y la tensión de las reuniones. Seguro se aliviaría al no tener que preocuparse por pasearme. Escribí: Salí a dar una vuelta.Vuelvo a las ocho.
Mauricio sabía mucho de arte. Dijo que si pudiese dejar de trabajar, se dedicaría a la pintura. Que le faltaba valentía para hacerlo.Tomamos un café y me hizo reír. Su altura y el ancho de su espalda contrastaban con su actitud de niño huérfano. Me di cuenta de que ese era su punto frágil y escarbé por ahí, todavía sintiéndome la socia de Carlos, la carnada de su caña. Le pregunté por su infancia. Mientras me contaba que su madre lo había abandonado cuando él tenía quince años, lo imaginé en la cama del Ritz debajo de mí, mi cabeza tirada hacia atrás y él tomándome de los brazos y mirándome. Dijo que el padre había quedado parapléjico por culpa de una aneurisma y que por eso se había ido la madre. Él había vivido con unos tíos que también se hicieron cargo del padre, que por suerte tenía una pensión como empleado estatal. Ahora sentía remordimiento por vivir tan lejos de él, pero había sido la única manera de no quedar pegado al drama. Además viajaba seguido a Buenos Aires y también le mandaba una mensualidad. Mientras mi fantasía de la cama del Ritz se seguía desenvolviendo en mi cabeza, lo miraba hondo a los ojos para confirmarle que lo escuchaba compenetrada. Nunca mencionó a la mujer.Volvimos caminando. Mauricio me iba señalando esto y aquello, detalles edilicios e históricos del barrio de Chamberí que, sola, me hubiese perdido, y durante la caminata charlábamos de cualquier cosa menos de nosotros mismos.
Cuando llegamos al hotel cambió su actitud, como si el entorno conocido le exigiera volver a asumir su rol de niño triste, que habla en chiste para hacer de cuenta que desvía la atención sobre su tristeza pero en realidad la está llamando, a la atención, digo, como hace un payaso que actúa torpezas graciosas con la cara pintada de congoja. Carlos no estaba en el cuarto. Mauricio dijo que los españoles cortaban largo para el almuerzo y después trabajaban hasta tarde. Se refregó las manos como si planeara una travesura, y propuso que

fuéramos al sauna del hotel.
Pagan los españoles, pedimos daikiris de frutilla y nos relajamos como romanos en la época del imperio, ja, ja.
Cambié el horario en la nota que le dejé a Carlos, puse las nueve, y también anoté que estaba en el sauna acompañando a Mauricio.
Fuimos. Estábamos riéndonos a carcajadas dentro de nuestras toallas blancas cuando llegó Carlos. Eufórico. Dijo que estaba a un milímetro de firmar y se abrazó con Mauricio. Carlos nos contó los detalles de las reuniones y yo me sentí parte del equipo.
Salgamos a festejar dijo Carlos.
No, no, los dejo solos dijo Mauricio. Traé a tu mujer dije yo, muerta de calor.
Mauricio bajó la cabeza. Jugueteó con el reloj, que pensé que estaría hirviendo. Puso la cara de niño triste que tan bien le salía. Carlos y yo nos miramos preocupados. Le pregunté qué pasaba. Dijo que las cosas no estaban bien con su mujer y que anoche lo había echado de la casa por volver tan tarde. Que las mujeres no eran tan comprensivas como yo, que una pavada como la de la noche anterior a mí me hacía reír.
Dudé. Me había olvidado del episodio y me daba cuenta de que me había olvidado porque de veras me sentía esa mujer ligera, madura, comprensiva, especial, la socia de Carlos, y no una esposa común y silvestre que, por la misma condición de ser común y silvestre, era descartable. ¿Descartable? Y además todavía no había estado a solas con Carlos para echárselo en cara. Mauricio dijo que la noche anterior él también había dormido en el Ritz. Carlos hizo un par de chistes machistas respecto de la monogamia que le salieron pésimo, pero nos reímos igual.Yo sugerí que cenáramos en el hotel, que aprovecháramos que pagaban los españoles. Mauricio porfió que no, que nos dejaba solos. Se fue y me alegré. Por fin Carlos y yo solos.
Carlos dijo:
Perdoname, amor, pero te juro que fue imposible impedir lo de anoche.Y te juro que cada vez que se acercaba una mina en tetas, pensaba que vos le dabas mil vueltas.
Nos besamos. La mañana en el Museo del Prado y el café en la Plaza Mayor parecían haber sucedido hacía siglos de siglos.
Mientras nos vestíamos para salir a cenar, Carlos me preguntó si me había gustado estar sola en el sauna con Mauricio. Le dije que se la había pasado hablando de su triste infancia, le conté del padre en cama y de la madre desertora, y que me había aburrido mucho, y que había estado siempre pendiente de que era tan importante para nosotros que los españoles compraran la empresa. Carlos dijo:
Vamos, che.
Yo puse la cara más seria que pude.
Carlos me agradeció y dijo de nuevo que éramos socios. No le dije

nada de la caminata ni de la galería de arte. A esa altura de la conversación, noté que mi pelo había quedado pegajoso culpa del vapor, y ya no tenía tiempo de ducharme otra vez y lavarme la cabeza. Entonces me agaché en el lavatorio y, con uno de los shampús del hotel, me lavé el flequillo. Carlos me pidió que me apurara. Cuando me secaba el flequillo con el secador, me pidió que le contara qué había sentido en el sauna. ¿Qué? ¿Qué? Hice de cuenta que no lo escuchaba. Después me maquillé. Quería estar más linda que nunca. Carlos repitió la pregunta. Le contesté que me estaba apurando, que ya hablaríamos en el restaurante. Me puse un vestidito de seda que había reciclado de una enagua de mi abuela y cuando me miré en el espejo, me convencí de que yo era esa nueva mujer hermosa, la más hermosa del mundo, tan hermosa que si en el restaurante del hotel cenara, esa noche, un agente de modelos me daría su tarjeta para que concurriera a un casting.
Cenamos en el restaurante de la terraza del hotel, de paredes de vidrio, frente a la pileta. Pedimos lo más caro del menú. Un violinista tocaba una música preciosa y sentí que vivía un sueño que pronto terminaría o que tal vez durara para siempre. Cuando comíamos el postre, apareció Mauricio. Se había bañado y vestía pantalón negro y camisa blanca. Sonreía. Dijo que se había dado cuenta de que esa noche era nuestra última noche en Madrid, y propuso que fuéramos de copas. Carlos dijo que estaba muy cansado y a la mañana siguiente firmaba el contrato. Quería estar lúcido. Mauricio insistió; dijo que nos llevaría a un lugar muy de moda, con buena música y muy tranquilo, que sólo era por un rato.
Dale, Carlos, un ratito insistí yo.
Si no venís, nosotros vamos igual dijo Mauricio.
Carlos me dio una de sus miradas de socio, preguntándome.Yo le contesté con otra mirada que decía que yo a mi vez, le preguntaba qué le parecía a él. Mientras tanto Mauricio firmaba la cuenta de la cena. Dije que subiría al cuarto a buscar un saco. Fui al baño, me lavé la cara y el silencio me aturdió. Me miré en el espejo y me pregunté qué era lo que estaba por hacer esa nueva mujer que era yo. Sabía que la mujer anterior, la que tanto conocía, se hubiese metido en la cama con su marido. Su marido que necesitaba tanto de las migas de los españoles para no terminar la empresa que había comenzado su bisabuelo, quien, paradójicamente, había sido un inmigrante español que había partido solo a la Argentina en busca de porvenir. Recordé que cuando todavía no nos habíamos casado y el padre de Carlos aún presidía la empresa, Carlos estuvo a punto de aceptar una oferta de trabajo que le había hecho un banco gracias a su promedio nueve veinticinco en la facultad. En es instante lo desprecié por no haber aceptado aquella oferta de trabajo, lo atribuí a cobardía.Tuve ganas de

llorar. Debí haberme demorado demasiado, porque Carlos subió al cuarto.
¿Qué pasa?
Mejor me quedo.
¿Estás loca?
Quiero quedarme con vos.
Ya le dijiste que sí.
Le digo que cambié de idea.
Gorda dijo Carlos, mañana a la mañana firmamos y a la noche tomamos el avión con el contrato debajo del brazo.
Vos querés que vaya le pregunté. Que vaya de copas con Mauricio.
Qué tiene de malo.Te pasaste el día acá encerrada en el hotel. Pasala bien. Usá tu encanto. Un último esfuercito. Con la inversión de los gallegos vas a poder dejar la escuela.
No quiero dejar la escuela.
Querías quedarte embarazada.
¿Querés que me quede embarazada?
Después me contás todo, gorda.
Cuando Mauricio pasó un brazo por mi cintura y dijo que tenía mucha suerte esa noche, Carlos me guiñó un ojo. Me la pasaba entre los dos guiños, pensé. Carlos se acercó a besarme para despedirse y yo corrí la cara. Tironeó de mi brazo y susurró en mi oído: después me contás todo. No le contesté. Entonces Carlos, que todavía me agarraba el brazo, me dio vuelta y me dio un beso en la boca. No le costó encontrar mis ojos porque yo había levantado la cabeza, lo miraba aturdida. Los ojos de Carlos remachaban la pregunta, y esa vez le prometí que sí, que lo haría.
En el auto Mauricio me contó la noche anterior, noche de hombres. Que Carlos estaba tan deschavado, irreconocible, hasta entonces parecía un timorato. Que notó que los shows lésbicos lo volvían loco. Trató de indagar el tipo de vida sexual que llevábamos Carlos y yo. Me di cuenta de la maniobra voyeur de Mauricio y en vez de contestar, me reí. Él hizo todo lo posible para que yo le respondiera si alguna vez habíamos estado de a tres con otra mujer, pero yo no abrí la boca, jugaba al misterio, como si por no contestar nada, a todo contestara que sí. Entonces dijo que él sintió un poco de vergüenza ajena de Carlos, por su actitud adolescente. Dijo que si alguien le hubiese sacado una foto con las dos minas en la falda, yo no hubiese podido dar crédito a lo que veía.Y pensar que el que había recibido una patada para echarlo de la casa había sido él.
Por qué te echaron le pregunté. En verdad.
Tardó en contestar. Primero dijo que porque era un adicto al trabajo (y eso que ella también trabajaba, tenía una boutique). Después dijo que en realidad venían mal hacía rato. Que él le había hablado de

Carlos y de mí. Le había dicho que quería una relación como la nuestra, abierta y no una tan arcaica y formal, y ella se había enojado, le había salido con el cliché del que el jardín del vecino siempre era más verde. Le dijo que se fuera de la casa cuando le contó que yo me había reído de la noche anterior, cuando en realidad el más expuesto había sido mi propio marido.
Tomamos un montón de copas. Bailamos. Tomamos más copas. Sentía que mi cuerpo y yo no éramos la misma persona. De golpe dudé acerca de quién era yo, porque de lo único que estaba segura era de mi cuerpo. Me respondí que era la socia de Carlos y sentí que entonces Carlos estaba conmigo. Durante unos segundos recordé que yo era maestra de sexto año, y me alegré de estar lejos de Buenos Aires y de los padres de alguno de mis alumnos. Enseguida me sentí una mujer con unos principios mucho más laxos que los míos, una que se rige nada más que por las ganas. Mientras tanto mi cuerpo, indolente, se dejaba llevar por la música y los brazos de Mauricio. Detrás de Mauricio había oscuridad y luces forradas en celofán de colores. Me tomó de la cintura y apoyó su cara contra la mía. Respiraba en mi oreja. Dijo que yo era una bella hechicera, que era inmoral que tuviera dueño, que debería pertenecer al mundo. Apreté mi pecho contra su pecho y cerré los ojos. Por un momento la palabra inmoral me dio miedo. Sabía que me faltaba un eje desde el cual partir para entender el mundo. Que no sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal, ni lo que era bueno y lo que era malo, ni qué era verdad y qué mentira. Pensé que para que algo fuese mentira, debía apoyarse sobre una verdad escondida, y que yo no sabía cuál era la verdad escondida. Entonces no había mentira. Sólo interpretaciones.Yo era la socia de Carlos, ese momento se esfumaría, como se había esfumado la cena en la Recoleta, el paseo por el barrio de Chamberí, las risas en el sauna. La verdad es más efímera que cualquiera de esos momentos, pensé. Después pensé que estaba allí como socia de Carlos, por pedido de él. Eso moralizaba y legitimaba mis movimientos, mi aceptación de todo lo que Mauricio hacía.
El cuarto de Mauricio quedaba en el mismo piso que el nuestro, al fondo del pasillo. No me acuerdo del momento en que entramos. Me acuerdo de los besos esponjosos y de mi duda sobre mí misma, sobre el mundo, si en serio quería tener hijos, si de veras me gustaba el arte o nada más la belleza. Recuerdo que temblaba. Pero lo que más recuerdo es que cuando estaba desnuda, Mauricio no me miraba como me miraba Carlos. Que cuando estuve encima de su cuerpo y él me tomaba de los brazos y yo empezaba a voltear la cabeza hacia atrás, Mauricio tenía los ojos cerrados.
Carlos dormía cuando volví. El despertador pareció sonar enseguida y Carlos saltó de la cama. Pidió que nos trajeran el desayuno a la

habitación y se fue a duchar. Volvió y me preguntó cómo me había ido. Dije que más o menos.
Contame dijo Carlos. Contame todo.
Le dije que Mauricio se había emborrachado en el bar. Que era un bruto y no supe cómo sacármelo de encima, que quise llamarlo a él para que me rescatara pero que preferí defenderme sola para que él pudiera dormir y estar lúcido en la firma del contrato.
No seas mentirosa dijo. Contame la verdad.
La verdad no existe dije. Cualquier cosa que te diga, sería una mentira.
No te hagas la idiota dijo. Sino, acabarías siendo como cualquier mujer y nuestra relación no sería lo especial que es.
Los dos nos callamos. Me pregunté cómo habría actuado cualquier mujer en mi lugar y si sería cierto que la verdad no existía.
Contame lo que sentías dijo Carlos.Al menos contame lo que sentías vos.
Ganas de salir corriendo y venir para acá dije.
No seas mentirosa dijo. Contame todo, ¿somos socios o no somos socios?
¿Yo también estaba en venta? grité, furiosa. ¿O yo era el souvenir para el que salvara la empresa?
No me reconocí diciendo eso, ni tampoco gritando, ni que pudiese estar así de enojada. Carlos empujó el carrito del desayuno y se volcó el jugo. Comió una tostada y una medialuna en silencio, tomó el café y se fue.Volvió a la tarde con el contrato firmado. Dijo que los españoles siguieron agregando cláusulas en la transacción hasta último momento. Otra limusina nos llevó al aeropuerto. Carlos iba dicharachero y, haciéndome cosquillas en la barriga, me pedía que le contara la noche anterior. Pensé y pensé qué decirle y no me salió ninguna palabra. Seguía pensando en la verdad, en mí, es decir que me preguntaba quién era yo, si dejaría de ser la que había sido durante esos últimos días. Carlos interpretó mi silencio como resistencia, cruzó los brazos y miró por la ventanilla. Íbamos mudos. Comprendí el mensaje de su silencio: yo lo decepcionaba. Carlos sabía que yo detestaba decepcionarlo. Que
el silencio me carcomía los huesos.Y en verdad hubiese roto el silencio a toda costa, pero no pude, no encontraba ideas en mi cabeza para decir algo que aflojara la tensión ni tampoco pude tocarle una mano, apoyar mi cabeza sobre su hombro. En el avión me
preguntó otra vez qué había pasado. Le conté la parte
del baile. Me preguntó qué había sentido. Mientras
tanto Carlos abría los ojos tirantes y tomaba Coca
Cola.
Pasaron los días, y no hubo uno sólo en el que no

me pidiera lo mismo, que le contara, amenazándome
con que ya no seríamos los mismos, la pareja tan especial, porque si yo le escondía cosas, sería como cualquier mujer, y seríamos tan falsos como cualquier matrimonio. Seguí apesadumbrada por decepcionarlo de
esa manera, pero cada vez que estaba a punto de abrir
la boca, sentía un miedo diferente: miedo a que Carlos
me dejara por celos, a que se peleara con Mauricio y
todo el mundo se enterara por qué, que Carlos sufriera, y la decepción fuese por haberlo traicionado. Porque, ¿qué pensaba Carlos que había pasado cuando
me pedía que le contara? Conocía a Carlos. Creería
que Mauricio me había besado y esperaba que yo le
contara cómo me había sentido. No supondría que me
había acostado con Mauricio. No me creería capaz. Una noche, con la luz apagada, Carlos me amenazó. Si no le contaba, ya no tenía sentido que siguiéramos juntos. Mientras me decidía, pensaba que ese era uno de esos momentos que dividen la vida de una, como una curva de noventa grados que surge en una ruta recta: o íbamos para un lado, o íbamos para el otro.

Le conté todo, con lujo de detalles. Después de esa primera vez, la conté un millón de veces más. La llamábamos La noche del Ritz. Cada vez que la narraba, la historia sonaba distinta. Al principio la narraba como una historia ardiente, en la que la protagonista era una femme fatale. Come-hombres, viciosa, lasciva, candente. Después de que nació mi bebe, la conté como una historia de inmolación, la protagonista era el cordero sacrificado en pos del contrato que salvó a la empresa, y Carlos se enojaba conmigo, me aclaraba que esa no era la historia real. ¿Cuál era la historia real? Ya no sabía, más bien parecía un pivote. Varios años después, cuando la historia ya iba perdiendo su efecto, la conté como reválida de mi calidad de mujer seductora de otros hombres además de mi marido. Pero siempre que la conté, disfruté el protagonismo de mi papel como actriz y de mi papel de guionista. Porque ya no importaba tanto qué había pasado sino cómo contaba lo que había pasado. Conté la historia tantas veces que no sabía si me acordaba lo que había sucedido o lo que había ido contando. A veces Carlos me corregía, otras veces me dejaba desvariar, como si hubiese podido suceder de diferentes maneras, siempre y cuando la protagonista de la historia tuviese un tinte, al menos, de aquella femme fatal. Podían pasar varias semanas y sólo nos dedicábamos a la parte del sauna.Varió lo que sentí. Lo que dijo Mauricio. Si la toalla se deslizó y hasta dónde. Que qué miró Mauricio. Que qué sentí cuando él entró y estábamos los tres en toalla. Que qué sentí en cada segundo, cada segundo tenía una duración de minutos,

porque cada segundo debía ser especificado con montones de respuestas a montones de preguntas de Carlos. No sé bien por qué, el capítulo del sauna creció respecto del de la habitación, pasó a ser más importante en la historia de La noche del Ritz.

La cadena de tiendas ahora es española. Mauricio no viaja seguido a Buenos Aires porque ya no quedan gangas en venta. Nunca más lo vimos. El cuento de La noche del Ritz siguió siendo el leitmotiv de los momentos en que Carlos y yo estábamos solos y nos demostrábamos que éramos una pareja en vez de un matrimonio. Pero nunca le conté a Carlos la visita a Amador de los Ríos, del café, de la caminata de vuelta al hotel y la charla de cualquier cosa menos de nosotros mismos. No estoy muy segura por qué no lo he hecho, y todas las veces que me pregunto si la verdad existe, me contesto que no y guardo aquella tarde como un secreto propio, inexpugnable, y es la parte a la que recurro cuando quiero sentirme sola, inobservada, libre. El recuerdo en sí no es gran cosa, pero sí lo es que sea sólo mío.

Señora

A los veinte, conocelo en una fiesta. Miralo fijo desde tu rincón al lado de la barra. Sentite segura de vos misma y de tu futuro como economista, médica, abogada, actriz, traductora. Bailá con él, respirá en su oreja, apretá tus pechos contra su pecho, hacete la histérica y, en la puerta de tu casa, besalo. Besalo como creés que nunca lo han besado, que no pueda dormir pensando en vos.Al día siguiente y el domingo, decile que estás ocupada y quedate estudiando Matemáticas II, Anatomía I, Derecho Institucional, Latín I, o el papel de Hipólita en Sueño de una noche de verano. Salí de nuevo con él y aclarale que sos independiente, moderna, querés hacer carrera, ¿sí? Tenés planes para vos, tenés sueños para tu vida por delante. No, no le tenés miedo a la soledad. Decile que no.Y que ya verás si tendrás hijos o no tendrás hijos, a quién se le ocurre pensar en eso ahora. Cada cosa a su tiempo. Acostate con él en el telo limpito de Núñez, en el auto, a la luz de la luna, en el palier de tu casa. Cuidate de no quedar embarazada porque a esa edad sos recontra fértil.

Cuidate.
Cuidate de no arruinar tus planes, tus sueños. Y también cuidate de amar.
Si quedaste embarazada, tenelo, porque matarlo va

en contra de vos misma, de tu naturaleza. Medea aún no se lo perdona. Tené el siguiente y el siguiente y seguí estudiando, trabajando, haciendo carrera de economista, médica, abogada, actriz, traductora.

¿Sabés lo que pasa? Los hombres tan lindos no resultan buenos yuppies.
Una semana, un mes, un año. Dos años, diez años. Sentite descubierta, querida, necesitada, urgida, obligada, requerida, exigida y, cada tanto, agobiada. Da un portazo y sin decir agua va, tomá la calle. Andá a la plaza a llorar de tan harta que estás y lo que darías por estar sola y recuperar tus planes, tus sueños, el tiempo que resbala. Corré a la librería de la esquina de tu casa. Dejá que el librero te hable de Chejov, Flaubert y Felisberto Hernández. Sonrojate cuando te diga que le gustás mucho y hacele creer en su conquista cuando vayas a su

departamento. Decile que es un poeta sexual mientras le enseñás a hacer como hace el que conociste en una fiesta y te embarazó en el palier de tu casa.
Porque él prolonga y aminora el tiempo.
Volvé ligera de sermones, reclamos, reproches, tedio, planes de huida. En enero andate de vacaciones en familia con el bote inflable, la carpa, la bici, el libro.Volvé exasperada; odiando tu vida, tu rutina, la humedad en el baño, los asados de los domingos, a tu cuñada. Hacé una escena porque dejó la toalla en el piso. Llorá desconsolada, odiándolo porque engordó, se le apolilló el pelo, alardea de su inusitada monogamia, se la pasa frente al televisor, te aburre, ronca, perdió la ilusión, moja el inodoro, depende de vos para sonreír de vez en cuando, transpira la almohada.Y, cada tanto, adoralo y el librero será un necio que jamás podría prolongar y aminorar el tiempo.
Quince años: ya será parte de vos. Dormirán abrazados, tu cuerpo y su cuerpo serán un engarce perfecto, dos fichas vecinas de rompecabezas, y el mundo no podrá tocarte.
Pero cada semana, cada mes, cada semestre planearás tu huida. No lo concretarás porque cada plan se disolverá en el calor de las sábanas que perpetúa segundos, minutos, horas, días, meses, años, lustros, décadas, siglos, milenios, eras geológicas.
No fantasees su muerte como vía de escape. No te sientes en el sofá con la cabeza torcida inventando el papelón que harías en el velorio abrazada a su cuerpo frío y acartonado, y echando a sus amigos que querrán consolarte, y vos descosida en llanto. Vos, sí, vos, que llorarías con gemidos y gritarías desesperada, y todos hablarían de un amor ejemplar y no de un amor estándar que trataba de revocar huidas y recorrer el tiempo.
Dieciséis años y tose. Rasposo e insistente. Escupe sangre. Decile que no es nada. Repetí, repetí: seguro que no es nada. Llamá a la ambulancia aunque creas que la que habla no seas vos. Decí la dirección de tu casa a pesar de que estés recordando el viaje a Salta del año anterior. A quién se le ocurre recordar un viaje a Salta mientras llama a la ambulancia. Salta y el camino seco, rojizo, vacío, y en el auto alquilado, los dos riéndose y recordando cuando hicieron el amor en el palier de tu casa y el ascensor que subía y bajaba, carraspeando, y el tiempo se apelmaza en ahora, después, el futuro, planes, sueños, antes, hace un minuto, antes de ayer, hace dieciséis años.
En la ambulancia, apretá su mano. Después enfocá tus ojos mojados en los carteles colorinches de la avenida y entonces, tal vez, puedas arrinconar el viaje a Salta y a ustedes haciendo el amor con las camperas puestas en la cuneta del camino seco, rojizo, vacío, y que en ese momento eras la mujer más feliz del universo, sin planes, ni

sueños, ni pasado cargado de reproches; puro instante repentino, secreto, mágico, aunque minutos después o tal vez al mismo tiempo planearas la huida ni bien regresaran a Buenos Aires. Tal vez, enfocando tus ojos mojados en los carteles colorinches de la avenida, puedas concentrarte en lo que está sucediendo y pronto dejará de suceder: los dos en la ambulancia, tomados de la mano, traspapelados por el tiempo.

Miralo y sonreí con tu confianza de siempre, la que te empujó en tu estudio, en tu carrera, en apuntalar a tus hijos, y la misma que lo sostuvo a él cuando no encontraba otro trabajo después de que el suyo se liquidara, culpa de los malos tiempos. Sonreí más grande aún, con cara de maestra ciruela, y decí: Te dije que fumabas demasiado, como si con ese chiste encogieras el drama y detuvieras el tiempo, que parece decidido a pegar una acelerada y convertirse en humo en el horizonte.

¿Sabés qué? La velocidad del tiempo es relativa, pero jamás se detiene.

Entonces, no raspes el pasillo con los tacos de tus botas mientras a él lo fotografían por dentro. No acorta la espera. Esperá con paciencia, docilidad, estoicismo; porque no podés hacer nada por acelerar el tiempo, como no pudiste ni podrás hacer nada por atajarlo. Esperá, aunque te parezca que te pasaste la vida esperando. Algo. ¿Qué? Como si lo bueno hubiese estado siempre por adelante.

Ni se te ocurra preguntarle al primer muchacho de delantal blanco que salga por esa puerta: ¿Qué tiene? Porque va a contestarte lo que no querés oír y vas a querer preguntarle: ¿Morirá?, y ese muchacho será el único que te dirá la verdad. Contestará que sí.Tocará tu hombro con la punta de los dedos, como si así amortiguara la noticia, y, con sus ojos sumergidos en los tuyos, fundirá el tiempo en dos o tres meses.

Y te llamará señora.

Después, con la voz más suave e inverosímil que escuchaste en tu vida, dirá que algunos dedican esos dos o tres meses a viajar, y otros los dedican a hacer tratamientos. Dos o tres meses, mil ochocientas horas, ciento ocho mil minutos, millones de instantes desmenuzados, irrepetibles. El muchacho estará diciendo una obviedad relegada, que la muerte es inevitable para todos, que no se trata de impedirla sino de retrasarla, pero en este caso ya es tarde. Llegará pronto. No le preguntes nada a ese muchacho, porque será el único que te dirá la verdad y no la querrás conocer, porque de todos modos harás caso a los otros, a los que te mentirán y arrastrarán hacia los tratamientos con palabras grandiosas como esperanza. Esos dos o tres meses volarán con vos y con él entrando y saliendo de intervalos devastadores que aceleran el tiempo mientras lo ensucian. De golpe se

habrán fugado tres meses y dos días y estarás sola. Sola. Sola como fantaseaste, planeaste, rogaste.
No prestes atención a los que dicen que el tiempo cura. Que no hay mejor remedio que el tiempo. Son tan farsantes como los médicos con palabras grandiosas.
Porque ni vos ni ninguno hacemos caso a nadie ni a nada: ni a los sabios, ni a los maestros, ni a los preceptos, ni a la cultura, ni a la religión, ni al superyó. Decidimos solos y somos el resultado de todas nuestras decisiones.
Te quedarán los hijos como reminiscencia y como señal de continuación. Y qué soledad más palpable, dirás, que la soledad con hijos. Por ellos deberás escurrirte dentro del ropero para insultar a Dios, al destino, al tiempo. Fuera del ropero serás una acorazada fría, indestructible, fehaciente. El tiempo continuará a cuentagotas, pero deberá continuar. Mientras tanto, no podrás confesarle a nadie que saliste con el primero que apareció, uno que conociste en Avellaneda por trabajo y te dijo lo que creías querer escuchar: Que te amaba y que su amor era eterno (aunque en el fondo sólo querías escuchar una voz, cualquier voz), y de golpe el tiempo se torne una hoja borrador. No podrás decir que quisiste remolcar tu ofuscamiento fuera de tu casa, lejos de tu cama, de la humedad del baño y de tus hijos. Ni que de tanto llorar encerrada en el ropero, habías quedado incandescente. Cómo confesar eso. A quién. Tal vez sólo al abogado penalista que deberás contratar después de que quieras alejar al de Avellaneda, y el de Avellaneda te amenace con llevarle a tus hijos la filmación de ustedes dos en su departamento. El video con lo que hiciste cuando el tiempo era una hoja borrador y nunca había tiempo de hacer cuando era definitivo. Entonces, no le confieses eso al abogado penalista tampoco. Te propondrá lo mismo que vio en el video, luego te recomendará un matón para acobardar al psicópata, y el tiempo se derretirá, chorreará y se te pegoteará encima de la piel, y quedarás adherida a la cama. Ni te preocupes por decirle al médico que te manden del laburo, ese que enviarán para comprobar que no podés despegarte de la cama: Ya sé la verdad acerca del tiempo. Gemí desamparada y no digas ni mu. El médico firmará el documento que certifica que estás enferma y necesitás un intervalo medible en una semana. Después, el médico mirará la pintura descascarada de la pared, la humedad del baño que se estará colando a tu cuarto, y también callará. Mirá vos también la pintura descascarada en la pared, esa humedad que, al igual que el tiempo, te ha carcomido y roído y enseñado lo que han aprendido los ancianos. Si el médico detiene sus ojos un par de segundos en los tuyos, aferrate a esos segundos. Puede que él no lo sepa, pero tal vez esos pocos segundos estén siendo uno de esos instantes en los que una comprende algo importante que no

puede definir, pero que le sirve para renacer.Tal vez un rayo de luz entre por la ventana y se te meta en el ojo, y trames, para poder salir de esa cama a esa hora, hora obscena, abandonada, escribir en tu mente aquello que comprendiste.
Sólo podrás definirlo con metáforas.
Él será un recuerdo borroso, buenmozo, comprensivo, cálido, lisonjero.
Una semana, un mes, un año.
De golpe, no estará todo por detrás sino en un presente estático.
Como con los ancianos, la tristeza se irá entregando a la apatía. No tendrás prisa. No tendrás miedo. Reirás cuando algo sea gracioso y jamás llorarás. Cuando eso suceda, habrás estado suficiente tiempo en el mundo.

Agradecimientos

A Gabriela Bomchil A Rolando Bompadre A Julio Fuks

Índice

CHICAS BIEN
Dedicatoria
Citas
Cama sin sábanas*
El 08*
Noche de búhos
El gato en la caldera
Hubo un tiempo que fue hermoso
El mal de ojo
El sótano
Ta vo
El ministro
Miedo a volar
Leo, de Los Caimanes
Dos chicos
Caída libre
Reina
La noche del Ritz
Señora
Agradecimientos
Índice
Créditos

Arteta, Inés
Chicas bien / Inés Arteta; edición literaria a
cargo de: Analía N. Martínez - 1ª ed. Buenos Aires:
Deldragón, 2007.
234 p.; 22x14 cm. (Novela Del Dragón)

ISBN 978-950-9015-40-1
1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I.Título CDD A863

Diseño de cubierta: Estudio Tango.
Armado: Cutral Ediciones | Aymará Petrabissi. cutral@cutralediciones.com.ar

1ª edición en la Argentina
ISBN 978-950-9015-40-1
Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723. Impreso en la Argentina.